

LARA BELI

Un plan
~~IM~~PERFECTO



UN PLAN IMPERFECTO

LARA BELI

Título original: Un plan imperfecto.

@ Lara Beli

Febrero 2019

Esta obra tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra los derechos de la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Todos los personajes y escenarios de esta obra son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad o con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

Para mi J, mi S y mi L.

SINOPSIS

UN DEDO HACIENDO UN GESTO OBSCENO

JAMÁS LE RECOMIENDO A MI MADRE LAS TÍAS QUE PASAN POR
MI CAMA

NOSOTROS, LOS AFORTUNADOS

LA NIÑA DEL CAPARAZÓN

WALT WHITMAN AL OÍDO

LA ÚNICA PECA DE SU CUERPO

PODRÍAMOS HABERLO HECHO

DESDE LAS TRIPAS

MENTIRAS POCO CONVINCENTES

COMO MATA HARI

DOS AMIGOS FELICES Y CANSADOS

UNA TREGUA MUDA

COSQUILLAS EN LOS DEDOS

YO NO ERA SUFICIENTE

SUS HUELLAS

MÁS ENIGMAS, MÁS SECRETOS

EL PARIA

CONQUISTAR UNA ESTRELLA

CARNE CONTRA CARNE

SOLO UNA PALABRA

LA NOCHE DE LOS MILAGROS

LAS MANOS DE CAESAR

LA VERDAD

O FORTUNA

TRAICIÓN

MONTAÑAS DE BASURA

LAS MANOS DE UNA MADRE

SANGRE Y NIEVE

EL CAPARAZON ROTO

EPILOGO

SINOPSIS

Fiona Archer tiene un objetivo: convertirse en una periodista seria y

respetada y se ha esforzado mucho para conseguirlo. Por eso no está nada satisfecha cuando el único empleo que consigue es de redactora de sociedad en la revista Madame, entrevistando a los ricos y famosos que tanto desprecia. Como Blake Swanson, por ejemplo, heredero de uno de los ranchos ganaderos más importantes del país y que, por si fuera poco, se las arregla para dejarla desnuda y temblando durante su primer encuentro... literalmente.

Una semana. Es el tiempo que Fiona tiene para escribir un gran reportaje sobre Blake; tiempo que ella piensa emplear en desentrañar los oscuros secretos tras el éxito de los Swanson y sacar a la luz todos sus trapos sucios.

Pero, ¿y si en su afán por indagar en el pasado de la familia acaba encontrándose con algo muy distinto a lo que esperaba descubrir? ¿Y si nada es lo que parece? ¿Y si el amor se interpone?

Fiona tiene un plan perfecto.... hasta que deja de serlo.

UN DEDO HACIENDO UN GESTO OBSCENO

Fiona

El edificio Walsh se alzaba ante mí, erguido y afilado como un enorme dedo. Un dedo feo. Un dedo que parecía estar haciéndome un gesto obsceno: un “jódete, Fiona” en toda regla. Me paré en la acera, respiré hondo y traté de no tambalearme sobre mis nuevos tacones de cien dólares. Casi se me saltaron las lágrimas cuando tuve que pagarlos, pero como decía mi madre: “la cabeza y los tacones, siempre altos”. Lástima que para lo único que ella ha levantado la cabeza en su vida ha sido para apurar la botella de turno: whisky o ron a palo seco.

Saqué un espejito del bolsillo, me pinté los labios- el carmín era de los baratos, al contrario que los zapatos- y eché a andar como una jirafa coja hacia mi nuevo empleo, con tanto entusiasmo como si me dirigiese a mi propio fusilamiento.

No me interpretes mal: estaba contenta de tener un empleo. Muy contenta, si pensamos que la alternativa era la vuelta a mis orígenes y la miseria absoluta. Incluso estaba agradecida de que el empleo fuese de lo mío: escribir; aunque fuera sobre divorcios escandalosos, bodas cursis u operaciones de bótox. Si quieres que te sea sincera, no era esto lo que esperaba cuando entré hace años por la puerta de la facultad de periodismo. No, yo quería escribir de verdad. Analizar el mundo, esbozarlo a través de mis palabras. Quería ser una periodista seria, respetada. Y quería hacer fotografías, buenas fotografías, de esas que captan la esencia de un instante, de una noticia. Dicen que soy buena con las palabras, pero sin duda mi lugar favorito se encuentra detrás del objetivo de una cámara.

Durante un tiempo creí que mi sueño se haría realidad: cuando mi nombre aparecía en todos los cuadros de honor de la Facultad de Periodismo, cuando los profesores alababan mi estilo y mi ojo crítico, cuando ganaba todos los concursos de fotografía. Algunos llegaron a asegurarme que las puertas de los

principales periódicos, siempre ávidos de nuevos y voraces reporteros, se abrirían con facilidad ante mí. Fiona Archer, la nueva estrella del periodismo norteamericano.

Qué ingenua, ¿verdad?

La burbuja estalló justo al terminar la carrera, cuando las oportunidades que teóricamente iban a presentarse ante mí desaparecieron como plumas arrasadas por el viento. La opción más jugosa, un puesto de redactora en la sección de economía del *San Francisco Chronicle*, se esfumó de la forma más absurda. Todavía recuerdo el rostro tenso de Evan Gordon, el responsable de la oficina de orientación al empleo de la Universidad, cuando me dio la noticia.

—Lo siento, Fiona. No van a contratarte.

—¿Cómo? ¡Prácticamente me lo prometieron cuando estuve allí!—. Había trabajado en el *Chronicle* con una beca de seis meses y habían quedado encantados conmigo.

—Lo siento. —Evan bajó la mirada—. Recursos Humanos quiere a una persona joven para ese puesto. Al fin y al cabo es un puesto de redactor junior. Y tú estás ya cerca de los treinta.

—Solo tengo veintisiete años —murmuré derrotada. Aquello fue como la guinda de la larga serie de reveses que había ido sorteando para llegar a ese punto. Sí, de acuerdo, era “mayor” para ser una recién licenciada pero ¿qué queréis?, me había pasado la mayor parte de mi juventud demasiado ocupada tratando de impedir que mi madre se ahogase en su propio vómito y llevando comida a la mesa. Prioridades, le llaman.

—Venga, no te desanimes —me dijo Evan dándome unas palmaditas torpes en el brazo—. Seguro que aparecerá algo. Cuando menos te lo esperes, encontrarás el trabajo de tu vida

Me pasé los siguientes dos meses pululando por la ciudad como un alma en pena, repasándome los anuncios de los periódicos hasta que las letras comenzaban a bailar ante mis ojos como hormigas furiosas. Y cuando ya me

veía con el agua al cuello apareció de la nada esa oferta como redactora en la sección de Sociedad de *Madame*. Sí, así se llama la revista: *Madame*, como las de los prostíbulos. Pero no os engaños: la publicación viene pisando fuerte en el panorama social y la mitad de los personajillos ávidos de fama de la Costa Oeste se pegan por salir en ella. Aunque ese dato no convertía el puesto en el trabajo de mis sueños, al menos, era algo. La entrevista fue rápida y fácil, y la persona de Recursos Humanos pareció bastante impresionada con mis credenciales. Días después recibí la llamada: el puesto era mío. Mi amiga Miranda se quedó con la boca abierta cuando se lo conté y creo que incluso sintió un poco de envidia. Estudiamos la carrera juntas, pero ella siempre ha querido convertirse en una de esas periodistas glamurosas, que escriben sobre bodas y divorcios y corren de aquí para allá con la agenda llena de contactos de futbolistas. Sin embargo, por ironías del destino, ella había acabado trabajando en *Live*, una conocida revista sobre salud y vida saludable.

Así que, como os decía, allí estaba yo frente al edificio Walsh, tratando de tomar impulso para enfrentarme a mi primer día de trabajo. El cuartel general de *Madame* estaba en el último piso —justo en la uña del dedo—, así que tuve que coger un ascensor de esos enormes y silenciosos, mientras luchaba contra los nervios e intentaba ensayar en el espejo mi mejor sonrisa profesional.

Las oficinas tenían el aspecto que uno esperaría encontrar en una revista frívola y exitosa: muebles blancos y lacados, portadas a gran escala de números anteriores decorando las paredes —vi los torsos desnudos de varios actores y modelos— y un ambiente de dinamismo y despreocupación en el que inmediatamente me sentí fuera de lugar. Mis zapatos de cien dólares enrojecieron en comparación con los botines de diseño de la secretaria que me recibió, y mi bolso de mercadillo sintió tal vergüenza que estuvieron a punto de salirle patas para que pudiera huir. Era como llevar un cartel de neón: mi ropa barata, mis zapatos rígidos, mi cara de hambre. Sentí envidia de Miranda, que estaría escribiendo sobre ejercicios para aliviar el dolor de espalda o los nuevos avances en medicina holística.

La secretaria me dedicó una mirada de indiferencia entre pompas de chicle y me indicó un perchero para que pudiera colgar mi abrigo.

—Sígueme —me indicó—. Tracy quiere verte.

Aquello me dejó descolocada. Tracy Swanson era la directora (y la dueña) de *Madame*, y lo último que esperaba era que quisiera verme en persona el primer día, en lugar de dejarme en manos de algún otro periodista para que me diese orientaciones. Seguí a la chica por los pasillos mientras trataba de recordar todo lo que sabía de la mujer que, con un pasado de chica pobre en algún pueblo perdido de Montana, había logrado camelarse a Caesar Swanson, el dueño de uno de los imperios ganaderos más importantes del país y el principal accionista de *Bones*, la cadena de restaurantes especializados en chuletones que estaban causando furor por todo el país; incluso en California, la tierra de las ensaladas y los batidos verdes. Cuando Caesar falleció, a su viuda le dio por entrar en la industria de los medios de comunicación y así fue cómo surgió *Madame*. Esos eran los datos que yo tenía de ella por aquel entonces, pocos pero suficientes para hacerme una opinión: mujer florero jugando a los negocios.

Su despacho era diáfano, tan blanco que me dio la sensación de haber entrado en otra dimensión. Reconozco que me quedé impresionada al verla. Tracy Swanson pasaba de los cincuenta, pero todavía era espectacular: pelo negro, nariz recta, labios tan gruesos que se podría descorchar con ellos una botella de cerveza. Sus ojos, sobre todo, me impresionaron: eran grises y astutos y me recorrieron de arriba abajo con tanta insistencia que me sentí desnuda. A pesar de los círculos en los que se movía no parecía haber sucumbido a la moda de las operaciones de estética, y su mirada estaba enmarcada por un haz de finas arrugas que se entrecruzaban creando un laberinto. En realidad no tenía pinta de mujer florero; parecía dinámica, capaz. Un águila.

—Siéntate, Fiona. —Su voz era suave, en contraste con su aspecto enérgico — Bueno, tu currículum es excelente. La segunda de tu promoción, una media de sobresaliente. Una alumna modelo, ¿eh?

—Eso parece, sí —dije con voz tensa. Para lo que me había servido.

Tracy me miró fijamente, casi sin pestañear. Si yo fuera un insecto, notaría el crujido de mis alitas al quebrarse bajo su escrutinio. Fui la primera en bajar los ojos.

—Ajá —dijo—. De modo que eres una de esas chicas serias y juiciosas que

se creen por encima de todo. Crees que revistas como *Madame* le hacen un flaco favor al periodismo, ¿no es así? Crees que somos un subproducto, una revista para mentes vacías y personas ociosas, que profanamos la profesión. ¿Tengo razón?

Por supuesto, la tenía. Muy a mi pesar me quedé impresionada por lo rápido que me había calado. Escribir para *Madame* no era ni de lejos mi empleo soñado, pero tenía que hacer de tripas corazón. Necesitaba trabajar. Tenía que pagar las facturas y mi madre necesitaba llevarse a la boca algo más que botellas de *Beefeater*. Obsequié a Tracy con una amplia sonrisa, más falsa que un dólar de madera.

—Simplemente no estoy familiarizada con las revistas de sociedad.

—Sociedad, querida. Tú misma lo has dicho. Aquí hacemos una labor social, azucaramos las vidas de la gente, les damos una ventana por la que respirar cuando quieren olvidarse por un rato de sus problemas. No deberías despreciar este tipo de periodismo.

—No lo hago —mentí.

Tracy sacó una revista de un cajón- el número más reciente de *Madame*- y lo esgrimió ante mí como un escudo. Me quedé mirando la portada: el anuncio del divorcio de una conocida pareja de *socialités*, la escandalosa fiesta de cumpleaños de una presentadora de TV, el presunto “bombazo” de alguna oportunista que aseguraba ser la amante de un futbolista casado. Mi cara era un poema. Labor social, sí seguro.

“Venga, Fiona, di algo”, me insté a mí misma. Tracy seguía observándome como un aguilucho, tratando de leer mi expresión, y meforcé a sonar lo más entusiasta posible.

—Estoy deseando comenzar a trabajar aquí —dije con un tono de voz falsamente alegre.

Por supuesto, ella no me creyó.

—Bien —dijo dedicándome una sonrisa tensa—. De momento, y como estoy

segura de que tienes un montón de prejuicios sobre el sector y sobre las jefas pijas y estiradas como yo, trataré de no decepcionarte. Tomo el café sin azúcar, doble y con una nube de leche todas las mañanas a las ocho. Tú serás la encargada de traérmelo, hasta que bajes del pedestal y puedas empezar a escribir sobre cotilleos y escándalos.

Eso fue todo. Salí de su despacho con la sensación de que me había puesto en mi sitio sin despeinarse y con la certeza de que mis sueños se habían resquebrajado un poco más. La realidad se imponía y las ilusiones no tenían lugar en ella. Sobre todo cuando una se llamaba Fiona Archer y no tenía más posesiones en este mundo que una madre alcohólica y un pasado que olvidar.

A partir de ahí, los días en *Madame* comenzaron a sucederse con una cadencia predecible: cafés matutinos para Tracy, repaso de las redes sociales de la revista, conversaciones insustanciales con los otros periodistas, casi todos ellos tan estirados y frívolos como la propia directora. Al final de la primera semana Tracy consideró que ya estaba en condiciones de redactar mis primeras notas de prensa: columnas fatuas sobre temas y personas que no me interesaban en absoluto.

Me conformé, lo cual no significa que me sintiera satisfecha. Mi vida era monótona y mi estado de ánimo tan gris, que temía que en cualquier momento iba a confundirme con las paredes, como un fantasma desdibujado.

Hasta que todo cambió.

JAMÁS LE RECOMIENDO A MI MADRE LAS TÍAS QUE PASAN POR MI CAMA

Blake

—Ha estado bien.

Me giré hacia la chica que acababa de hablar, pero mi mirada estaba tan desenfocada que no conseguí verla bien, como si tuviera delante un televisor estropeado. Parpadeé varias veces, hasta que la imagen se hizo más clara: morena, ojos azules, labios carnosos hinchados tras el sueño y también por todo el uso que les había dado durante la noche. Piernas larguísimas, un tatuaje corriendo por su espalda hasta desembocar en la nalga derecha. Desnuda.

Los recuerdos de la noche anterior comenzaron a asaltarme: las copas en *Petty's*, la chica con el impresionante vestido dorado que se me había acercado sonriente y, más tarde, ella y yo montándonoslo en el lavabo y después en mi casa y en mi cama. Seguí mirándola mientras trataba de recordar su nombre... un nombre ligeramente exótico que me recordaba a *croissants*...Paris, eso era.

Ella carraspeó, preocupada ante mi silencio.

—Ha estado bien —repitió, esta vez con cierto tono de duda.

—Sí, desde luego que sí —aseguré. Mis despertares son horribles, pero no había motivos para ser maleducado con ella, sobre todo teniendo en cuenta que todavía no me había preguntado ni una sola vez por mi madre ni por *Madame*. Ya era algo.

Salí de la cama del mismo modo que llevaba haciéndolo desde que había vuelto a San Francisco, desorientado, con la cabeza a punto de estallar pidiendo a gritos su café diario y la lengua convertida en un trozo de cartón. Lo de despertarme al lado de una mujer que no conocía y a la que no tenía el menor interés en volver a ver tampoco era nuevo. Como siempre, imaginé lo

que hubiera dicho Caesar de verme así, su cara de decepción y su ceño fruncido, pero aparté rápidamente el pensamiento como quien espanta un mosquito. No era un tema apropiado para esas horas de la mañana.

A todo esto, la tal Paris seguía mirándome desde la cama con expresión de gata perezosa, sin ninguna prisa por levantarse, que era precisamente lo que yo estaba deseando que hiciera: salir de la cama y marcharse cuanto antes, dejándome a solas con mis pensamientos. Sin embargo, una vez más, decidí ser cortés.

—¿Quieres un café? —le pregunté mientras me dirigía a la cocina. Ella se levantó de un salto y asintió siguiéndome fuera del dormitorio, todavía desnuda, con la actitud segura de sí misma de quien tiene muy claro que sigue siendo espectacular incluso en pelotas y con aliento mañanero. Y, objetivamente, así era: un cuerpo de formas perfectas, dos tetas como dos montañas que pedían ser escaladas y un estómago tan plano que se podría jugar sobre él una partida de ajedrez. Una belleza que en este momento no me inspiraba nada, aunque estaba claro que la noche anterior no pensaba igual.

—¡Ohhh, tienes una Slayer! —ronroneó acariciando mi cafetera como si fuese un cachorrito—. Son carísimas... —añadió como revelándome un secreto que yo no supiera.

Como no sabía qué decir, me limité a tenderle una taza de *expresso* que ella sorbió poniendo morritos.

—Casi nunca bebo café pero hoy haré una excepción —me contó como si me importase—. Trato de evitarlo porque pone los dientes negros y después salen fatal en las fotos.

Fotos. La palabra hizo que se me disparasen todas las alarmas. Ella me dedicó una sonrisa lobuna y yo me puse tenso inmediatamente. Por un momento, había albergado la esperanza de que esta chica no supiese que Tracy Swanson era mi madre, pero estaba claro que me había equivocado.

—Siempre me dicen que soy muy fotogénica —continuó ella—. ¿Tú qué crees?

—Supongo —dije evasivo. Sabía lo que venía a continuación y me hacía sentir muy incómodo. Me preparé mentalmente para la batalla.

—¿Crees que tu madre podría hacerme un hueco en alguno de los especiales de moda de *Madame*? —Ya estaba. Ya se había lanzado—. Siempre he querido ser modelo. Quizá en un anuncio de la portadilla... ¿No crees que quedaría genial?

Sus ojos se achinaron mientras se acercaba a mí en toda su gloriosa desnudez y me recorría la nuca con un dedo. Estaba claro que había decidido sacar a pasear la artillería pesada. Retrocedí dos pasos.

—No —dije de forma rotunda, tratando de poner esa cara de cabrón que tan mal me sale. Estaba seguro de que esa chica hubiera quedado de maravilla en cualquiera de los anuncios de *Madame* porque tenía la belleza estándar y algo descarada de todas las aspirantes a actrices y modelos que pululan por la ciudad; pero no pensaba hablarle de ella a mi madre. Saber que se había acercado a mí la noche anterior en *Petty's* con ese plan preconcebido en su cabeza me parecía muy triste, pero no tanto como que estuviese dispuesta a venderse por unas cuantas fotos. No sería yo el que facilitase ese tipo de transacción—. No.

—¿No? —repitió ella incrédula, con voz chillona.

Meneé la cabeza.

—Jamás le recomiendo a mi madre las tías que pasan por mi cama —dije con indiferencia, tratando de mostrarme arrogante. Cuanto antes lo entendiera, mejor. Se habían acabado las cortesías mañaneras.

Sus pupilas comenzaron a dilatarse al tiempo que asimilaba mis palabras. He pasado más de una vez por este tipo de situación y sé que suele haber dos tipos de reacciones: las dignas, las que se van con la cabeza alta y el paso firme; y las viscerales que dejan salir a la gata salvaje que llevan dentro. Sin duda, Paris era de las segundas, ya que estampó la taza de café en el suelo con todas sus fuerzas y soltó un bufido que hubiera hecho arredrarse al mismísimo Garfield. Me quedé mirando los trocitos minúsculos de porcelana esparcidos por el suelo mientras ella se metía corriendo al dormitorio para volver a salir

cinco minutos después, vestida y con cara de furia.

—Lamentarás esto, Swanson —dijo con una voz que ya no se parecía en nada a un ronroneo—. Y que sepas que el sexo fue una porquería.

Me quedé mirándola sin decir nada hasta que salió del apartamento,-con portazo incluido, por supuesto- y después me agaché para recoger los trozos de porcelana rota. Se me estaba formando un enorme dolor de cabeza y el día había comenzado de la peor forma posible. Siempre era lo mismo cada vez que volvía a San Francisco, reuniones interminables con los representantes de las franquicias o con la junta de accionistas, unas copas en *Petty's* para soltar fuelle y, de cuando en cuando, sexo rápido y apresurado con alguna chica anónima como Paris. Todo se resumía en una ciudad que se empeñaba en devorarme, cuando lo que yo deseaba era quedarme en Trenton para siempre.

El teléfono comenzó a sonar en ese momento, como un recordatorio del arduo día que tenía por delante. Cuando respondí la llamada tuve el buen sentido de separarlo un poco de mi oreja, a la espera del alarido que sabía que iba a escuchar.

—¿SE PUEDE SABER DÓNDE COÑO ESTÁS? —bramó tío Carl

—Buenos días a ti también.

—No juegues conmigo, Blake. Hace media hora que te esperamos y los de la junta están a punto de llegar. Me da igual que estés machacado por la juerga que te habrás corrido anoche: te quiero aquí en diez minutos, ¿lo has entendido? Tu primo Foster...

—Sí, ya sé que mi primo Foster es un modelo de virtudes, no me lo recuerdes. Llegaré a tiempo, no te preocupes.

—Más te vale.

Esperé a que colgase -Carl era de los que siempre tenían que tener la última palabra- y me dirigí a mi habitación arrastrando los pies para vestirme. El teléfono sonó de nuevo cuando estaba ajustándome la incómoda corbata.

—Estoy ya saliendo por la puerta, Carl, no me presiones...

—Blake —me interrumpió una voz ruda y algo oxidada. Sentí un escalofrío. Él no era de los que llamaban por teléfono sin que hubiera un motivo importante.

—¿Chip? ¿Qué ha pasado?

—Parece que ha habido un nuevo brote en las granjas. He querido que fueras el primero en enterarte. Carl todavía no lo sabe, pero el veterinario está a punto de llamarle para decírselo.

Me mesé los cabellos. La mala salud de los novillos y los inexplicables brotes de enfermedad en los últimos meses me traían de cabeza. Ningún veterinario parecía dar con la tecla adecuada.

—¿Más terneros? ¿Cuántas bajas?

—No, Blake. —Oí el pesado suspiro de Chip y supe que era algo peor, mucho peor—. Esta vez ha afectado a los caballos.

Las sienes se me perlaron de sudor. No podía ser.

—¿*Fossey*?— pregunté con un hilo de voz. “*No, por favor, dime que no*”.

—No es *Fossey*, se trata de *Autumn*. Las palpitaciones empezaron poco antes de ponerse de parto y ni ella ni el potro han sobrevivido. Ha igual que con las vacas la primavera pasada, los mismos síntomas.

—Está bien. Encárgate de llamar a Jefferson y que examine los cuerpos. —Tomé aliento, intentando pensar a toda velocidad—. Tengo toda la semana repleta de reuniones, pero intentaré volar a casa lo antes posible, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —El tono de Chip era lúgubre, tan lúgubre como mi estado de ánimo.

Me llevé las manos a las sienes en cuanto colgué. El ligero dolor de cabeza se había transformado en una jaqueca de proporciones cósmicas. *Autumn* era uno de los mejores ejemplares de los establos y solo tenía cuatro años. Pensé

en el potrillo que había muerto con ella y me pregunté si habría heredado el color gris acero y las espesas crines de su madre. Para ahuyentar esa imagen me puse a recoger los últimos restos de la taza rota que seguían desperdigados en el suelo y una arista se me clavó en la mano, haciendo brotar un pequeño chorro rojo.

Me observé el corte, oscuro y profundo, y la vista se me nubló. El color y el olor de la sangre me hicieron recordarlo todo de nuevo.

Nieve. Pájaros. Caesar.

El día había comenzado torcido pero acababa de comprobar una cosa. Todavía podía empeorar.

NOSOTROS, LOS AFORTUNADOS

Fiona

—... Y el asesino lo había enterrado en el jardín. ¿Te lo imaginas, Fiona? Allí mismo, bajo los parterres de peonías. Lo primero que encontraron cuando empezaron a cavar fue su mano, con los dedos agarrotados como si estuviera saludando. Lo que hubiera dado por estar allí para cubrir la noticia en primera línea...

Di un mordisco a mi sándwich y asentí a las palabras de Nicole mientras trataba de evitar que la imagen mental de esqueletos saludando me quitase el apetito. Nicole era una de las redactoras de *Madame*, pero lo que en realidad le hubiera gustado sería cubrir la sección de sucesos en algún periódico amarillista, analizando crímenes y aportando detalles escabrosos. Con su aspecto de chica tímida y dulce, su pelo crespo siempre recogido con una pinza y sus chaquetas de angora, lo último que esperarías de ella es que fuese aficionada a temas tan macabros, pero tampoco el ambiente frívolo y fatuo de *Madame* era para ella. Quizá ese fuera el motivo de que en las semanas que llevaba trabajando en la revista nos hubiésemos hecho amigas: ambas destacábamos como patitos en un estanque lleno de cisnes.

—Es apasionante. Digno de figurar en los anales negros de la historia, ¿no crees?

Tragué un trozo de pan mientras buscaba el modo más diplomático de decirle que “apasionante” no era exactamente la palabra que yo hubiera escogido, pero un alboroto proveniente del pasillo ahogó mi respuesta.

—¡La portada! ¡Tengo la portada! —Alguien gritaba a pleno pulmón, gritos agudos como los de un cerdo camino del matadero. Nicole y yo pegamos un salto en nuestras sillas y las rodajas de tomate de mi sándwich se escurrieron hasta aterrizar sobre mis vaqueros. Perfecto; ahora parecía que ostentaba una mancha de sangre típica de las historias truculentas de mi compañera. Ambas

giramos el cuello en dirección a los gritos y vimos aparecer a Madison y Amber, que corrían a toda velocidad por el pasillo recién fregado, sus tobillos retorciéndose como trozos de regaliz dentro de sus *Manolos*. Estaban agitadas y sin aliento, y si no hubieran sido de esas que esconden cada mañana su humanidad tras capas y capas de desodorante y perfume, estoy segura de que hubiésemos podido oler su sudor desde nuestros puestos. Su excitación no nos hacía falta olerla; era evidente y palpable.

Madison y Amber eran dos de las redactoras más veteranas de *Madame* y estaban tan impregnadas del espíritu de la revista que daba miedo. Por si fuera poco, eran casi idénticas entre sí: morritos recauchutados, ojos ocultos tras pestañas larguísimas, pechos tan turgentes que apuesto a que con sus pezones se podrían cascar nueces. Hasta tenían el mismo tono de voz. Esa vez, los gritos provenían de Madison.

—¡Tengo la portada de este mes! ¡Mi artículo sobre el mejor culo del verano lo ha conseguido!

Todas la miramos con asombro excepto Amber, que la miró con envidia. En las semanas que llevaba trabajando en *Madame* me había dado cuenta de que el tema de las portadas traía cola: la mayoría de los redactores luchaban cada mes entre sí, con la fiereza propia de un tributo de los *Juegos del Hambre*, por conseguir que sus artículos llegasen a figurar en la portada: el colmo de la gloria periodística para esta gente.

Por supuesto, Madison y Amber eran las que combatían con más saña por tal honor, las que (estoy segura) serían capaces de vender la dentadura de su abuela por verse plasmadas en los titulares rosa fucsia que eran el sello característico de *Madame*. Casi siempre lo lograban.

—Bueno, enhorabuena —dije cuando llegaron a nuestra mesa.

—Gracias. —Madison batió las pestañas a tal velocidad que hizo correr el aire—. Ya lo verás, Fiona, cuando consigas tu primera portada... es una sensación maravillosa, indescriptible.

Me guardé mucho de decirle que aparecer en portada con un artículo sobre culos distaba mucho de mis objetivos profesionales.

—Es cierto —corroboró Amber. Nos miró a todas achinando mucho los ojos — ¿Sabías que yo la conseguí tres meses seguidos, con mi serie sobre antiguas conejitas de Playboy reconvertidas en amas de casa? Quizá Tracy haya pensado que ya era hora de darle una oportunidad a alguien más...

Madison encajó el envite sin pestañear. Ambas se midieron como dos tigresas a punto de embestir hasta que Nicole decidió mediar entre ellas.

—Pues ninguno de mis artículos ha salido jamás en portada —anunció alegremente—. Aunque creo que el que escribí sobre el pasado delictivo de varias estrellas de Hollywood tenía posibilidades... ¿no te parece, Fiona?

Un vigoroso taconeo que provenía del pasillo me libró de tener que contestar a eso. Madison y Amber se apresuraron a volver a sus puestos y todas nos inclinamos sobre nuestras pantallas, fingiendo estar muy concentradas. Esa forma de pisar era inconfundible. Tracy entró en la oficina de la forma en que lo hacía siempre, proyectada hacia adelante, como si su cabeza y su cuello fuesen los primeros en presentarse y el cuerpo les siguiese. Empezó a hablar incluso antes de que pudiésemos verla.

—Espero que todas estéis al día con las notas de prensa de esta semana, porque tenemos muchísimo que hacer. El próximo número de *Madame* va a ser un bombazo. Fiona, ven conmigo.

Lo dijo todo de carrerilla, sin detenerse, y yo me apresuré a seguirla por el largo pasillo hasta su despacho; donde ella se sentó tras el escritorio, encendió el portátil, se quitó la chaqueta y sacó una carpeta de un cajón; todo ello en un único y elegante movimiento. Tracy, la reina de la eficacia.

—Aquí está —dijo tendiéndome la carpeta—. El protagonista de nuestra siguiente portada.

Bajé la mirada y unos ojos azules e inocentes me la devolvieron desde el papel. Eran los ojos de un niño de unos cinco años, muy rubio, con el pelo cortado como un casco siguiendo aquella moda de los noventa en la que todos los niños y adolescentes se convertían en pequeños clones de Nick Carter. Era adorable, desde el pelo hasta la punta de los pies calzados con unas zapatillas con dibujos de Superman, y pintaba tanto en la portada de *Madame* como un

reportaje sobre el antiguo Egipto.

—¿Un niño? —pregunté incrédula.

—Ya no es un niño. Ahora tiene veintiocho años. Es mi hijo, Blake.

La miré sorprendida. Sabía que Tracy tenía un hijo porque Nicole me lo había contado un día entre susurros, asegurándome que era guapísimo, que su magnetismo sexual brotaba a chorros como las cataratas del Niágara y que sus artes de seducción no le iban a la zaga. Hubiera pensado que exageraba, si no fuese porque incluso Madison y Amber parecían ahogarse en un mar de babas lujuriosas cada vez que su nombre salía a colación. Como no podía ser menos, el tal Blake había heredado el rancho de su padre y también era uno de los principales accionistas de los restaurantes *Bones*. Sin conocerlo, yo ya me había formado mi opinión sobre él: una cascara vacía, un niño de papá que jamás había tenido que pelear por nada en su vida.

—¿Quieres entrevistar a tu propio hijo? —le pregunté a Tracy. Era el colmo, un reportaje en primera plana pagado por mamá sin necesidad de mover un dedo para conseguirlo. Imaginé que ella querría presentarlo como la reencarnación del espíritu del Viejo Oeste, el modelo de trabajo duro e integridad que sin duda no era.

Tracy apretó los labios. No me había molestado en disimular mi tono de desdén y ella lo había captado al vuelo.

—Ya estamos de nuevo —murmuró.

—¿Cómo?

—Mira, Fiona. —Me observó con las manos cruzadas sobre su escritorio—. Llevas semanas con nosotros y a pesar de que tus artículos y tus notas de prensa son impecables, sigue faltándoles algo. Les falta carne, intensidad. Les falta chispa ¿Comprendes? La esencia de *Madame*.

Me encogí de hombros. Tenía razón: la “esencia” de *Madame*, revestida de banalidad y falso entusiasmo, era ajena para mí. Me resistía a impregnarme de ella, la rechazaba porque representaba todo aquello que yo jamás había tenido

ocasión de disfrutar: ocio, lujo, despreocupación. En realidad la odiaba.

—Trataré de esforzarme más —dije entre dientes.

Tracy suspiró.

—Sabes que la mayoría de tus compañeras estarían encantadas de hacer esta entrevista, ¿verdad?

Por supuesto que lo sabía. Más bien estarían frenéticas, locas de delirio, tratando de conseguir un dos por uno: la portada y un revolcón entre las sábanas de Blake Swanson.

—Lo sé —dije—. ¿Por qué me la encargas a mí entonces? —añadí antes de poder contenerme.

—¿Sabes por qué te hemos contratado? —Tracy sonrió un poco—. Evan Gordon, de la oficina de orientación al empleo de tu universidad, nos envió unas muestras de artículos tuyos antes de que tomáramos la decisión. Hay algo ahí, Fiona. Tienes garra para el periodismo, un toque propio que es difícil de encontrar. Y tus fotografías son magníficas también. Quizá tú pienses que tu talento estaría mejor aprovechado en una gran publicación seria, pero creo que también puedes aportarle mucho a *Madame*, empezando por esta entrevista a Blake. Quiero algo con jugo, con esencia, que lo muestre de un modo que los lectores no tengan más remedio que quererle, ¿comprendes? Está asumiendo cada vez más responsabilidades en el rancho y la publicidad positiva siempre ayuda, tanto de cara a la junta de accionistas como frente a los clientes habituales de *Bones*.

Asentí. Justo lo que había imaginado: un lavado de cara gratis para el tal Blake. Seguro que necesitaría dosis masivas de agua y jabón para ello. Quizá incluso lejía.

Tracy volvió a mirarme como si tuviera delante un acertijo.

—¿Puedo preguntarte por qué tienes tantos prejuicios hacia nosotros?

“*Nosotros*”. Ella misma se encargaba de dejar clara la diferencia, de trazar

una línea. “*Nosotros los ricos, los poderosos. Los afortunados*”.

Meneé la cabeza y decidí ser sincera. Quería la verdad, pues iba a tenerla.

—Cuando una se ha criado sin nada, entre hogares de acogida y pisos con manchas de humedad rezumando de las paredes, es difícil sentir empatía por los que lo tienen todo tan fácil.

Tracy no contestó. Años después, cuando ya éramos capaces de sentarnos frente a frente y mirar hacia el pasado con ojos amables, me confesaría que en ese momento se había sentido reflejada en mí: en mi gesto obstinado y en mis ojos que habían visto demasiadas cosas, demasiado pronto. Se había recordado a sí misma, años atrás, mucho antes de conocer a Caesar Swanson: una chica terca deseosa de salir de la nada que le había tocado en suerte. Era algo que ambas teníamos en común: las ansias por mantenernos a flote.

Pero eso no lo supe hasta mucho tiempo después.

En ese momento, en su oficina, Tracy se limitó a mirarme con ojos fríos y adoptar de nuevo un tono neutro y profesional.

—Bien. Sea como sea, quiero que te encargues de esta entrevista. Como sabrás, la industria cárnica ha estado en el punto de mira en los últimos tiempos, con todas esas noticias sobre la contaminación ambiental y el maltrato en las granjas. Queremos situar a Blake, y por lo tanto a *Bones*, por encima de todos esos rumores. ¿Queda claro?

—Queda claro —dije levantándome. Quería salir de allí cuanto antes.

—Lo dejo en tus manos —añadió ella cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta—. Encárgate de él.

Volví a asentir antes de cerrar la puerta a mis espaldas. Recuerdo que en aquel momento me llamó mucho la atención la expresión que Tracy había utilizado: “encárgate de él”. Por supuesto ella se refería al reportaje, pero por un momento me visualicé a mí misma como a una institutriz hastiada vigilando a un pequeño lord consentido y caprichoso.

“Encargarme de Blake Swanson”, pensé. Eso era exactamente lo que iba a hacer.

No imaginaba hasta qué punto.

LA NIÑA DEL CAPARAZÓN

Fiona

Desde hacía un par de meses mi madre y yo vivíamos a las afueras, en una casa de una sola planta rodeada por un diminuto jardín en el que solo crecían malas hierbas. Era pequeña y oscura y las cañerías chirriaban sin parar con una especie de ronquido asmático que me ponía los pelos de punta, pero al menos el alquiler era barato y habíamos conseguido salir del Tenderloin, el barrio de San Francisco donde habíamos vivido hasta entonces, y en el que cada mañana te podías encontrar cualquier cosa en las aceras, desde restos de sangre de la última pelea nocturna hasta yonkis de ojos lustrosos como diamantes, agarrados como náufragos a sus piedras de crack.

Entré en el salón y lo primero que hice fue olisquear el ambiente: olía a café, a cerrado y a algún frito cocinado horas atrás. Perfecto, nada de whisky. Cuando se convive con un adicto puedes olerlo sin asomo de duda: el alcohol se queda pegado a las paredes como un gusano viscoso, desprendiendo un hedor acerado del que es imposible desprenderse.

Mi madre dormía recostada en el sofá, con la respiración rítmica y tranquila y su larga melena extendida sobre el respaldo. Me quedé mirándola, experimentando la mezcla de emociones que ella siempre me producía: lástima, enfado, recelo. Mi madre y yo somos físicamente muy parecidas: el mismo pelo fino y rojo, idénticas barbillas puntiagudas y ojos grandes y marrones, aunque los suyos siempre estaban apagados, como ventanas con las cortinas corridas, y los míos solían brillar de ira. Sobre todo al mirarla a ella.

No siempre había sido así. Si me esfuerzo mucho, puedo recordar leves retazos de cómo era la vida antes de que mi padre nos dejase: cenas calientes, ropa limpia, incluso besos de buenas noches que todavía puedo sentir en mi mejilla si cierro los ojos. Dos padres y una hija, una familia de clase media-baja, de esas que siempre viven en el filo de la pobreza sin llegar nunca a ahogarse con las deudas. Una familia normal, como tantas otras. Hasta que

todo se derrumbó.

Recuerdo poco del día del accidente. Yo tenía cuatro años. Sí me acuerdo de la pareja de policías en la puerta y de palabras pronunciadas a media voz: “rotonda”, “accidente”, “ebrio”. La bicicleta de mi padre, una Fuji color óxido a la que tenía especial cariño, había acabado convertida en un amasijo de hierros bajo las ruedas de un camión, cuyo conductor superaba con creces los límites de alcohol permitidos. Él no había quedado en mucho mejor estado, su cuerpo roto y retorcido en la cuneta hasta que llegaron los servicios de emergencia.

Ese día, la casa se llenó de gente, las paredes resonaron con el eco de los llantos y el rostro de mi madre fue hundiéndose y desmoronándose en una especie de máscara de desolación, como un presagio de lo que iba a ser su vida a partir de ese momento. El día del funeral, las vecinas acudieron entre murmullos apenados, llenando el comedor de guisos caseros, un gesto banal y piadoso que se suponía que iba a ayudarnos a superar el mal trago. Todas me miraban de reojo, y se turnaban para llevarle tazas de té a mi madre, en un vano intento por rescatarla del pozo en el que ya había empezado a caer. Cuando todo el mundo se marchó me quedé en la cocina, aspirando la mezcla de olores apetitosos que procedían de las fiambreras alineadas en la encimera. Olía a hogar y recuerdo que me sentí aterrorizada. De algún modo impreciso, mi mente infantil intuía que iba a pasar tiempo, mucho tiempo, antes de que esa palabra volviese a formar parte de mi vocabulario.

Esa misma noche mi madre se marchó.

Los días siguientes transcurrieron en una nebulosa: deambulé por la casa como un fantasma diminuto, sola y asustada, llamándolos a ellos en voz baja pero sabiendo a la vez que nadie iba a contestarme. No lloré, como hubiese hecho cualquier niña en esas circunstancias; tampoco salí de la casa, como si tratase de aferrarme a los últimos fragmentos de lo que hasta entonces había sido mi vida. El agua del grifo y las fiambreras llenas de guisos me mantuvieron viva durante esa semana. La terquedad y una especie de coraje que nacía de la desolación, dos cualidades que no sabía que poseía y que a partir de entonces jamás me abandonaron, me mantuvieron cuerda.

Y sobre mi espalda, muy poco a poco, como una flor que se abre camino a

través de la tierra más árida, fueron brotando las primeras lascas de un caparazón duro y compacto; el que me acompañaría siempre a partir de entonces: mi coraza contra el infortunio.

Cuando toda la comida se terminó salí al jardín y me senté en el columpio que él me había construido con un neumático viejo. Todavía puedo verme a mí misma, bajo la luz de la luna, con mi vestido azul y mis ojos aterrados, escuchando el cantar nocturno de los grillos que en cierto modo era reconfortante tras una semana de completo silencio. Pude haber sido presa fácil para cualquier desalmado que pasase por aquella calle oscura y poco transitada, pero tuve suerte y quien me encontró fue la señora Kincaid, de dos casas más abajo, que había tenido la bendita idea de salir a pasear con su revoltoso caniche.

Mi madre regresó dos semanas después, pero ya era tarde. Para entonces, yo ya era habitante oficial del centro de acogida de menores Hillsborough, en Brisbane.

—Fiona, ¿Qué tal ha ido el día?

Mi madre habló sin abrir los ojos, con esa voz arrastrada que parecía gotear whisky con cada palabra incluso aunque no hubiera bebido. Me sobresalté. Había estado mirándola durante un buen rato, perdida en mis pensamientos, y no me había dado cuenta de que su respiración se había hecho más rápida y su rostro había perdido su expresión plácida, señal de que se había despertado. Le di la espalda, como siempre. Nunca la había perdonado y no creía que jamás fuera a hacerlo.

En realidad, ella nunca llegó a recuperar del todo mi custodia. No es que se esforzase mucho por hacerlo, la verdad sea dicha. La madre dulce y algo voluble que yo había conocido se convirtió en un huracán de autodestrucción, siempre borracha o metiéndose en líos por ahí. Desaparecía durante largas temporadas, en vertiginosos periplos a lo largo del país que la dejaban exhausta y aún más hundida que antes. Cuando volvía a San Francisco me visitaba en Hillsborough, visitas tensas en las que mi recelo y mi furia hacia

ella iban creciendo más y más. Después ella volvía a marcharse durante un mes o dos y reaparecía más flaca y más triste, mirándome con ojos de cordero degollado. *“Te quiero, Fiona. No lo olvides”*. Por supuesto, yo no la creía. Para entonces, mi caparazón ya era duro y rasposo y se había instalado sobre mí como una nueva parte de mi cuerpo.

Cuando cumplí la mayoría de edad las cosas mejoraron. Trabajé en varios restaurantes de comida rápida y además, gracias a un programa de becas que tenían en Hillsborough para estudiantes destacados, pude acceder a la Facultad de Periodismo. Mi madre ingresó en Alcohólicos Anónimos, consiguió un minúsculo apartamento en el Tenderloin y me propuso tímidamente que me fuese a vivir con ella. ¿Por qué acepté? No tengo una respuesta para eso. Al principio éramos como dos extrañas, tropezándonos torpemente en el pasillo una contra la otra como si el espacio fuese demasiado pequeño para las dos. Comencé a ocuparme de ella: de que comiera, de tirar las botellas medio llenas cuando entraba en una de sus muchas recaídas. Cuando ahorré lo suficiente para pagar el alquiler de esta casa y salir del Tenderloin, me la traje conmigo. Jamás dejé de sentir resentimiento hacia ella, pero la convivencia se convirtió en una rutina, en algo tolerable. Quizá porque los que no tenemos mucho insistimos en aferrarnos como sea a aquello que nos pertenece, aunque sea una madre rota.

—¿Qué tal el día? —volvió a preguntar con cautela. Trataba por todos los medios de acercarse a mí, estrellándose contra el muro una y otra vez.

—Bien —dije secamente—¿Has bebido?

—No, Fiona, no he bebido nada, te lo prometo —respondió con humildad bajando la cabeza. Su última recaída había ocurrido un par de mese atrás y había sido bastante desagradable. La habían pillado conduciendo borracha- al parecer hacía eses en su desvencijado Toyota como una serpiente desmadejada- y la habían condenado a tres meses de servicios comunitarios, además de instarla a acometer un “compromiso firme” con un programa de desintoxicación, algo que yo aún no tenía muy claro que fuera a cumplir. Cuando lo descubrí me puse tan furiosa que la eché de casa, y estuvo tres horas en el jardín bajo la lluvia, aferrada a su pequeña maleta hasta que le permití volver. No había vuelto a beber desde ese día, lo sabía porque la vigilaba como un halcón. Confiaba en que el episodio hubiera sido la traca

final, su canto del cisne.

—Bien —dije. Eso era lo único que iba a obtener por mi parte: un intercambio de palabras frío y cortés. Me aislé de ella y me senté ante mi ordenador, dispuesta a averiguar todo lo que pudiese sobre Blake Swanson. Tracy me había dado su número de teléfono y de camino a casa le había enviado un mensaje al pequeño príncipe, presentándome y preguntándole cuando le iría bien que quedásemos para la entrevista.

La información comenzó a desfilarse ante mí en la pantalla. Los Swanson parecían poseer un auténtico imperio: la cadena de restaurantes *Bones*, cuyo slogan: “*Bones, el sabor de lo natural*” resonaba en la televisión y adornaba las marquesinas de los autobuses, el enorme rancho ganadero... Los reyes de Montana, nada menos.

Teclé rápidamente, buscando una fotografía actual del Blake, pero el tío debía huir de las cámaras como de la peste, porque no encontré ninguna. Sí había muchas, en cambio, de los otros socios del imperio: Carl Swanson, hermano del fallecido Caesar, y su hijo Foster, que aparentaba unos treinta años y tenía toda la cara de un lord decimonónico recién salido de Eton. Costaba imaginarlo administrando un rancho. Encontré el obituario de Caesar Swanson y me detuve a leerlo con cuidado. Había fallecido trece años atrás—cuando Blake tenía quince, me recordé mentalmente— en un desafortunado accidente durante una jornada de caza. Al parecer había caído a un lago de montaña y a pesar de que era buen nadador, la hipotermia no había tardado en hacer efecto, costándole la vida. La nota necrológica se esmeraba en alabanzas a su “compromiso con la comunidad” y “respeto por los valores del Viejo Oeste”, lo que fuera que eso significase. También mencionaba a su “compungida viuda”, Tracy Swanson, y a su desconsolado hijo Blake. Acompañaba al texto una fotografía de Caesar y tuve que admitir que su nombre le pegaba un montón: con su aspecto imponente y su mirada aguileña parecía un emperador romano que hubiera viajado en el tiempo para vestirse con una camisa de cuadros.

Fruncí el ceño. Era la primera noticia que tenía de que la muerte de Caesar no había sido por causas naturales. Tracy jamás había mencionado el accidente y en su día, si los periódicos se habían hecho eco de la noticia, yo no me había enterado. Por aquel entonces todavía era una niña tratando de

sobrevivir en Hillsborough, y mi mente transcurría por derroteros que nada tenían que ver con los sucesos de la prensa nacional.

Seguí buscando fotos actuales de Blake. Nada. Me detuve en una muy reciente de su tío y su primo, posando en una feria de ganado al lado de una vaca que por tamaño parecía más bien un dinosaurio. “*Carl Swanson y su hijo Foster, orgullosos propietarios de Bessie, galardonada con la cinta azul*”, rezaba el pie de página. El tío Carl era alto y delgado, como un chicle demasiado estirado, y Foster tenía una pinta ridícula con su sombrero *Stenton*. Vaya familia.

Mi teléfono vibró con un mensaje. Era de Blake.

“Una entrevista con una de las chicas de mi madre no es algo que entrase en mis planes de hoy, pero supongo que puedo hacerte un hueco. Estaré en Petty’s a partir de las diez. Hablo muy deprisa así que espero que tengas una grabadora o que estés dispuesta a cansarte la mano escribiendo. Ven preparada”

Al mensaje adjuntaba un mapa con la dirección de *Petty’s*, que parecía ser una especie de pub en la parte cara de la ciudad. Parpadeé sorprendida, cada vez más segura de que mi intuición no me había engañado. El tío era un arrogante y un cretino.

“Ven preparada”. El muy idiota...

“Por supuesto que estoy preparada, Blake Swanson”, pensé. “¿Lo estás tú?”

WALT WHITMAN AL OÍDO

Fiona

Dicen que desde el cielo al infierno se llega en pocos minutos. Desde las afueras a Pacific Heights, el barrio más exclusivo de San Francisco, se tarda un poco más, dependiendo de los horarios de los autobuses. Es curioso como el paisaje cambia al entrar en las zonas buenas de la ciudad, como si la Cenicienta se despojase de sus andrajos para acabar envuelta en ropajes esplendorosos. Pacific Heights está lleno de casas enormes, jardines muy cuidados y unas aceras tan limpias que se podría comer sobre ellas.

Esos eran los dominios de Blake Swanson y yo acababa de entrar en ellos, pero no para quedarme.

Había oscurecido ya y el aire frío hacía que las ramas de los setos de los jardines se agitasen y crujiesen. Me subí las solapas del abrigo mientras trataba de orientarme y me enfadé por enésima vez con Blake Swanson por citarme a una hora tan tardía. A esas horas, las buenas gentes de Pacific Heights ya habrían engullido sus cenas de hojas de kale y salmón noruego y se dispondrían a pasar una noche más en el paraíso; los niños bien arropados en sus camas y los adultos contemplando el reflejo de su bonanza en sus televisores de doscientas pulgadas. En aquellos jardines no había niñas solas y abandonadas.

Petty's era un local que parecía una extraña mezcla entre un salón refinado y un oscuro pub irlandés. Caro, por supuesto; se notaba en el mármol de las barras, en las butacas tapizadas que parecían recién salidas de Versalles, en los camareros dignos de un catálogo de modelos que se movían silenciosamente vestidos de esmoquin. La clientela vestía de punta en blanco: ejecutivos jóvenes y despreocupados que sostenían sus chaquetas sobre un solo hombro, mujeres delgadísimas enfundadas en vestidos de lentejuelas que brillaban como bolas de navidad. Los odiaba a unos y otras por igual.

Avancé hacia la barra, aferrada a mi libreta de notas, -la mayoría de las chicas a mi alrededor aferraban diminutos bolsos Fendi- y miré a ambos lados. ¿Cómo se suponía que Blake y yo íbamos a reconocernos con todo este gentío? En mi respuesta a su mensaje le había dicho que era pelirroja y que llevaría una libreta, datos que suponía serían suficientes para distinguirme del resto de féminas del local. Él no me había dado pistas y yo lo imaginaba como una versión crecida del niño de la foto: un rubiales con pinta de pijo. ¿Seguiría llevando el pelo a lo Nick Carter? Seguro que no. Seguro que ahora se lo peinaba hacia atrás y abusando de la gomina.

—¿Qué va a ser? —Un camarero guapísimo me obsequió con una sonrisa que brillaba tanto como el diamante que lucía en la oreja izquierda. Dudé; ¿qué se pedía en un lugar así? Alcohol no, por supuesto. Jamás bebía, mi madre ya lo hacía por las dos.

—Eh... ¿agua? —dije insegura.

—¿Qué tipo de agua? ¿Mineral? ¿Con o sin hielo? Tenemos de todo; desde Evian hasta Svalbardi, que procede de los icebergs de Noruega, como sin duda sabrás.

Sin duda, no tenía ni idea de eso.

—Solo agua normal —dije desconcertada.

—Agua normal. —Frunció el ceño, como si le hubiese planteado un complicado acertijo—. Veré que puedo hacer.

Mientras él se alejaba para cumplir con el difícil encargo volví a buscar a Blake. ¿Dónde demonios estaba? A mi derecha, un joven rubio conversaba con una chica monísima. ¿Podría ser? Lo miré detenidamente: camisa hecha a medida, pelo engominado recogido en una coleta diminuta, ojos que se adivinaban claros bajo la luz de los focos. Podría ser. Le di unos golpecitos en el hombro.

—¿Blake?

Me miró de arriba abajo con una sonrisa que yo conocía bien: la mueca

torcida y difusa de quien ya ha tomado demasiadas copas.

—No, preciosa, pero a ti te dejo llamarme así —dijo arrastrando las palabras. Lo que me faltaba, otro borracho. La cruz de mi vida.

La chica que lo acompañaba me miró mal, como si yo tuviese la culpa de la salida de tono de su novio y se lo llevó tironeándole del brazo. Consulté la hora. El idiota se retrasaba más de diez minutos y yo estaba empezando a enfadarme mucho.

El camarero me trajo el agua en una copa tan ornamental que parecía el Santo Grial. Me fijé en las rodajas de lima recortadas en espiral que trepaban artísticamente por el vidrio. Para ser “agua normal” intuía que me iba a costar cara la broma. Saqué mi teléfono y me puse a redactar un mensaje para Blake, tratando de encontrar el tono adecuado.

“Tú, cretino engreído, llevo media hora esperando y cada vez tengo más claro que eres un irresponsable...”

Mejor no.

“Señor Swanson, le ruego tenga a bien comunicarme si finalmente va a acudir a nuestra cita...”

Tampoco.

Frustrada, me dediqué a beberme el agua a sorbitos mientras contemplaba a la gente que me rodeaba. A donde quiera que mirase solo veía Armanis, bíceps de gimnasio enfundados en esmóquines carísimos, *Manolos* repiqueteando en el suelo, naricitas idénticas recortadas a juego por el mismo cirujano, pechos turgentes como balones de playa. ¿Era desprecio lo que sentía? ¿Envidia, por estar contemplando un mundo que a mí me resultaba tan ajeno como Marte? En momentos así me daba cuenta de que a la llama del odio que ardía en mi interior no le hacía falta mucho para avivarse y crecer; cualquier cosa le servía de alimento: los pijos ociosos, mi madre, Tracy, el impuntual de su hijo...

—Son odiosos, ¿verdad?

La voz sonó un poco por encima de mi hombro y me volví hacia ella automáticamente, como un marinero atraído por un canto de sirena. Era ronca, velada y profunda e incluso antes de verlo a él intuí que no pertenecía a uno de los pijos del local. Él me miraba con una ceja un poco levantada y me quedé sin aliento: era casi la reencarnación de un dios nórdico: pelo castaño claro casi rubio, mandíbula cuadrada, tapizada por una sombra de barba. Sonrisa de canalla adorable, de tío que ha vivido lo suyo y lo de los demás. Llevaba una camiseta negra con el logotipo de un grupo de música que encajaba tanto en aquel local como mi camisa de mercadillo, y alcancé a ver un rastro de tinta ascendiendo por su clavícula derecha, el inicio (o el fin) de algún tatuaje que de repente tuve muchas ganas por descubrir. Sus ojos eran grises y un poco rasgados, veteados por hebras más oscuras que se entrelazaban como diminutos relámpagos en un cielo invernal.

En definitiva, estaba para comérselo.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—Míralos. —Abarcó con un amplio gesto de la mano a las personas a nuestro alrededor.

—Parecen... —comenzó.

—...Irreales —completé yo la frase. Era cierto. Eran todos tan idénticos y perfectos como maniqués que hubiesen cobrado vida.

—Son como máscaras. Máscaras tristes —añadí. No podía creérmelo, allí estaba yo, en un bar pijo, entablado una conversación filosófica con un tío que parecía la reencarnación de un Highlander. Ese tipo de cosas solo me pasaban a mí.

—“Vuestra alegría es vuestra tristeza sin máscara” —recitó él.

Khalil Gibran. Me sentí impresionada. Así que además de todo un bombón el tío era culto. Lo miré más atentamente y se me hizo la boca agua. Todo en él rezumaba sexo: su sonrisa canalla, los hoyuelos que se le formaban al sonreír, sus ojos de tormenta.

—Si tan poco te gusta este sitio, ¿por qué vienes? —le pregunté.

—Costumbre, quizá. ¿Y tú?

—Estaba esperando a un idiota que no ha aparecido —expliqué escuetamente. Dicho así, parecía que me había dejado plantada algún ligue, pero no me molesté en añadir más detalles.

Sus ojos brillaron de diversión y su sonrisa se acentuó un poco más.

—Debe de ser un completo imbécil para dejarte plantada —dijo. Era una frase tópica, como salida de un manual para ligar, pero dicha por él sonaba bien, sonaba adecuada, y me encontré correspondiendo a su sonrisa.

—¿Cómo te llamas?

—Fiona, ¿y tú?

—Bennet. ¿Puedo invitarte a otra... —echó un vistazo intrigado a mi copa — ... a otra agua?

—Solo si tú me acompañas —contraataqué. De repente me sentía juguetona, con ganas de flirtear. Las prisas por ver a Blake Swanson entrar por la puerta se desvanecieron como por arte de magia. De hecho, podía retrasarse todo lo que le diera la gana porque mis instintos más básicos, esos que solo se activaban muy de cuando en cuando, acababan de ponerse a dar volteretas. Con todo lo que tenía encima, muy rara vez me permitía momentos de desenfreno, de olvidarme del mundo, aunque a veces sí. Miranda y yo las llamábamos las *noches en blanco*, esas en las que la vida dejaba de ser para nosotras una lista de tareas pendientes para convertirse en un libro vacío en el que podíamos escribir lo que quisiésemos. Noches en las que salíamos, bailábamos y de vez en cuando terminábamos en la cama con algún tío que no volveríamos a ver jamás. No dábamos nuestro teléfono si nos lo pedían, jamás hablábamos de nosotras mismas. Parecíamos dos zorros entrando en un gallinero para robar huevos al amparo de la oscuridad: cogíamos lo que podíamos y después nos marchábamos lo más rápido posible, sin mirar atrás.

Bennet se pidió un *gin tonic* y los dos nos alejamos un poco de la barra con

nuestras bebidas en la mano, espiándonos por encima del borde de los vasos.

—¿A qué te dedicas, Fiona? —. De nuevo una pregunta tópica. Y de nuevo, en sus labios, no sonaba forzada. Sonaba bien. Casi siempre en estos casos me invento algo, no me gusta dar datos de mi vida privada. Pero en ese momento, sin entender muy bien por qué, decidí ser sincera.

—Soy periodista.

Asintió, esgrimiendo de nuevo esa sonrisa misteriosa.

—Y tú... —Le eché un vistazo, fijándome en su cintura estrecha, en su torso musculoso pero no en exceso. Tenía pinta de trabajar con las manos y al aire libre, aunque por la cita de Gibrán también podría ser profesor de literatura—. No tengo ni idea —confesé.

Sonrió de nuevo, con la mirada fija en mis labios. Resistí la tentación de lamérmelos.

—Trabajo con animales —dijo.

Ajá. Veterinario. Sí, eso también le pegaba bastante.

Él dejó su vaso vacío en la barra y me tendió una mano.

—¿Quieres bailar?

—¿Aquí? —pregunté sorprendida—. Quiero decir, ¿con esta música? No parece muy...bailable.

La música era extraña, una mezcla entre *house*, *chill out* e instrumental que resultaba en cierto modo atractiva pero que no invitaba a bailar precisamente. Era música para ser escuchada, una sinfonía de fondo tan decadente y elegante como el ambiente que nos rodeaba.

—¿Estás segura? —dijo acentuando su sonrisa traviesa—. Escucha.

Fruncí el ceño, insegura. Él empezó a llevar el ritmo con el brazo, moviéndolo arriba y abajo como un director de orquesta. Al principio no supe

a qué se refería; sus dedos parecían bailar en el aire sin un sentido aparente.

Entonces lo noté, como una vibración subterránea. Había un ritmo ahí, una percusión que se repetía una y otra vez, como el murmullo de un río subterráneo que no oyes si alguien no te informa de su existencia. Bennet volvió a tenderme la mano y yo me dejé conducir por él hacia el centro del local, donde empezamos a mecernos a la vez. El tacto de su mano en mi cintura fue como un fogonazo, mis dedos trazaron dibujos en su nuca. La atracción que sentíamos el uno hacia el otro era tan evidente que casi quemaba.

Él empezó a cantar bajito en mi oído:

“Quienquiera que seas, sospecho con temor que caminas por los senderos de los sueños...”

—Espera —dije separándome un poco para mirarlo—. ¿Esta música tan rara tiene letra?

—No, pero nadie nos impide ponérsela —dijo él volviendo a acercarse.

*“Quienquiera que seas, pongo sobre ti mis manos para que seas mi poema,
te murmuro al oído...”*

Los versos despertaron en mí un recuerdo no demasiado lejano.

—¿Walt Whitman? —Sonreí sin esperar confirmación. Bennet estaba resultando ser toda una caja de sorpresas.

Él asintió y me acarició la espalda. Siguió cantando- recitando- en mi oído, su aliento haciéndome cosquillas. Por el rabillo del ojo vi que algunos de los maniqués nos miraban extrañados, pero no me importó.

*“...el escarnio no te pertenece, debajo de él y dentro de él te veo en acecho,
te he seguido hasta donde nadie te ha seguido...”*

Alguien pasó bruscamente a nuestro lado, dándome un fuerte codazo en la

espalda que me hubiera hecho caer si los brazos de Bennet no hubiesen estado rodeándome como una cálida manta. Abrí los ojos justo a tiempo de ver a una chica morena de piernas kilométricas que nos dedicó una mirada de desprecio antes de volver la atención a su iPhone. La ignoré. Por mí podía mirar todo lo que quisiera.

Ajeno a lo que pasaba a nuestro alrededor, Bennet me miró. Estábamos tan cerca que nuestros alientos parecían acariciarse entre sí, como un preámbulo de lo que ambos estábamos deseando que pasase. Podía ver perfectamente todos los detalles de su cara: la diminuta cicatriz de su mejilla, el lunar bajo su ceja derecha, las vetas de sus ojos. Era el chico más sexi que había conocido en mi vida y jamás había tenido tantas ganas de besar a alguien.

Así que lo hice.

LA ÚNICA PECA DE SU CUERPO

Blake

La acerqué a mí, sujetándola por las caderas al tiempo que hundía la nariz en esa melena suya tan roja, tan peculiar. La trenza que llevaba se le había deshecho en algún momento- quizá cuando nos devorábamos el uno al otro mientras subíamos en el ascensor- y su pelo olía de maravilla, a una mezcla extraña pero apetecible entre flores y azúcar. Me entraron ganas de averiguar si su piel olería igual de bien y si sabría aún mejor y comencé a quitarle capas y capas de ropa como un lunático en pleno paroxismo; imaginaos: botones volando por todas partes, manos enredadas en las costuras, alientos entremezclados por la prisa y la urgencia de dos locos en celo, que era ni más ni menos en lo que nos habíamos convertido en ese momento. Ella gimió contra mi boca, un sonido ronco y gutural muy distinto de su voz habitual y yo me puse durísimo de inmediato; quiero decir, más aún de lo que ya estaba. En ese momento todavía no sabía- aunque pronto iba a averiguarlo- que la voz de Fiona Archer tendría la capacidad de llevarme al límite, de sacarme de mi piel y hacer que mi mundo se tambalease.

Avanzamos a trompicones por el apartamento mientras los enormes espejos nos devolvían imágenes rotas de nosotros mismos: carne hecha un nudo, devorándonos mutuamente. A los dos segundos la tenía desnuda ante mí, con esa piel blanca y rosada, mirándome con una mezcla de deseo y curiosidad que me volvía loco. Cuando por fin probé su piel -y constaté que sí, que sabía tan bien como parecía- me sentí por un momento como ese tío chiflado de *El Perfume*, atesorando con mis cinco sentidos el olor de Fiona. Con el tiempo me convertiría en un verdadero adicto a su sabor y a su aroma.

Ella cubrió mis labios con los suyos, y nuestros gemidos se unieron en un único estertor. Nuestras lenguas se entrelazaron, nuestras manos se mezclaron como tentáculos que no dejaban de buscar, de acariciar, y pronto dejamos de ser nosotros mismos para convertirnos en una explosión: fuego, saliva, dientes y piel. Calor, sobre todo mucho calor. Después de minutos (o de horas, no lo tengo claro) se separó de mí y se puso a hurgar en el bolso que había dejado

tirado por el suelo. Me tendió un preservativo en su envoltorio de plástico. Chica preparada.

Nos tumbamos sobre la cama y ella se subió a horcajadas sobre mí, con su melena cayendo salvaje sobre nosotros y haciéndome cosquillas en la cara. La vi inclinarse sobre mí, abrirse. A esas alturas estaba tan excitado que casi me dolía. La sujeté por las caderas y entré en ella con una rápida embestida, a la que ella respondió moviéndose con un ritmo creciente. La sujeté por la nuca para besarla de nuevo y se meció sobre mí como una experta amazona.

—Eh, vas rápido... —le susurré.

—Me gusta rápido —jadeó.

Los contornos de la habitación se difuminaron mientras ambos nos recreábamos en esa intensidad, en ese fuego, hasta que quedamos saciados. Y aquel día, el de nuestro primer encuentro, descubrí muchas cosas sobre Fiona. Algunas saltaban a la vista, como que era preciosa, que su pelo la hacía única y especial y que sus manos eran pequeñas y un poco ásperas, como las de alguien que no se preocupa mucho por usar cremas hidratantes. La piel de su cuerpo, por el contrario, era puro plumón. Otras cosas estaban más ocultas y las intuí más que descubrirlas: que era valiente y tenía las ideas claras y que llevaba en su interior una especie de furia oculta, una rabia contenida contra el mundo. Tan dura como una capa de hielo e igual de frágil, aunque esto último yo no lo aprendería hasta mucho más tarde.

Cuando terminamos nos quedamos muy quietos durante un rato, enroscados el uno en el otro. Sus pezones estaban húmedos e hinchados, brillantes después de todos mis lametones y su corazón resonaba en mi oreja como un pájaro descontrolado.

Como un pájaro. Sin pensarlo, me apreté un poco más contra ella, en un gesto íntimo que estaba un poco fuera de lugar teniendo en cuenta que nos habíamos conocido hacía unas horas, y Fiona reaccionó de inmediato, tensándose y separándose un poco. No suelo sentirme apocado en ese tipo de situaciones, pero creo que en aquel momento los dos sentimos timidez.

—Debería irme ya —dijo incorporándose un poco.

—¿Seguro? Puedes quedarte, si quieres. —Me sorprendí nada más decirlo. Habitualmente yo era el primero en asentir con complacencia cuando mis ligues de una noche decían que se querían marchar, aunque la mayoría de ellas hacían lo contrario; insistían en quedarse a dormir. Sin embargo, por algún extraño motivo, no quería que Fiona se marchase aún. Me fijé en su cara: había adoptado esa expresión obstinada que más tarde aprendería que era tan suya.

—Nunca duermo con los tíos que... —empezó a decir.

—Yo tampoco —le aseguré—. Pero no hay motivo para que salgas a la calle a estas horas y con este tiempo—. Hice un ademán hacia la ventana; en el exterior habían comenzado a formarse unas nubes oscuras y pesadas, se avecinaba una de esas tormentas que de cuando en cuando sacuden la bahía de San Francisco—. No creo que esos zapatos sobrevivan a un baño de barro —añadí señalando el par que había dejado en la alfombra. Unos tacones afilados con pinta de incómodos que no le pegaban nada.

La vi dudar. Los ojos se le cerraban de sueño.

—Venga, di que sí. Prometo que no te despertaré con un anillo de compromiso —bromeé.

Curvó la boca en una pequeña sonrisa. Bostezó.

—Está bien, solo unas horas —murmuró. Ni se molestó en pedirme una camiseta mía, como solían hacer las Paris de este mundo. Se dio la vuelta y a los dos minutos su respiración se había convertido en una cadencia rítmica y acompasada.

Yo tardé más en dormirme. Me fijé en la curva de su espalda, en su piel lechosa y en la expresión relajada de su cara. En ese momento la vi. Justo en su mentón, bien visible, mucho más oscura que la piel que la rodeaba. No entendía cómo no la había visto antes, probablemente porque había estado demasiado perdido en el frenesí de nuestros cuerpos.

Ahora no podía dejar de mirarla, parecía brillar como una moneda.

Me quedé dormido con los ojos fijos en aquella única peca de su cuerpo.

PODRÍAMOS HABERLO HECHO

Fiona

Abrí los ojos lentamente con esa sensación de bienestar difuso que uno experimenta cuando el anterior ha sido un buen día, o tras hacer algo placentero, como dormirse viendo una maratón de *Juego de Tronos* mientras devoras palomitas. O tras una sesión maratoniana de sexo.

¡Sexo! Abrí los ojos y me senté en la cama. Las articulaciones me cosquilleaban por todo el “ejercicio” de la noche anterior y tenía la piel enrojecida, caliente por el efecto de todos sus besos. Bennet me miraba con expresión impenetrable desde los pies de la cama, duchado, afeitado, vestido con bóxers y una camiseta blanca que ocultaba el tatuaje que, según había descubierto la noche anterior, representaba una jaula vacía con la puerta entreabierta.

Tenía un aspecto de lo más apetecible.

—¿Qué hora es? —pregunté confusa. Aún estando sobria, mis despertares suelen estar envueltos en neblina, me cuesta separar el sueño de la realidad. No quiero ni imaginarme lo que sería si bebiese. No sé como mi madre era capaz de aguantarlo.

—Las once. Has dormido como un lirón. —Me tendió una taza de café humeante que olía de maravilla y me quedé mirándola con extrañeza. No es por nada, pero una no está acostumbrada a despertarse con café arábigo de cultivo ecológico o lo que fuera aquel mejunje que me estaba diciendo “bébeme”, servido nada menos que por un tío tan comestible que daban ganas de mojarlo a él en el café antes de darle un bocado. Como siempre hago cuando me siento desconcertada, le dediqué una mirada ceñuda. Él se rió.

—Eh, tranquila. Es solo un café. Prometo que no te encontrarás el anillo de compromiso bajo la servilleta.

—Trae aquí —dije siguiéndole la broma—. Espero que tampoco lo hayas escondido dentro de la taza, o moriré atragantada.

—En ese caso te haría el boca a boca de mil amores —susurró acercándose a mí peligrosamente. Dios, qué bien olía. A recién duchado, a *after shave*, a él. Esos ojos grises- que a la luz de la mañana eran más bien azules, de un azul plumizo- me recorrieron con una mirada que no daba lugar a confusión. ¿Puede a una ponerse la piel de gallina bajo una simple mirada? Puede, yo era la viva prueba de ello. La idea de un polvo mañanero con Bennet era tentadora, muy tentadora... a pesar de las mil cosas que debería estar haciendo, como asegurarme de que mi madre no se hubiese salido del redil, limpiar la casa o llamar a Tracy para decirle que el irresponsable de su hijo me había dejado plantada la noche anterior.

Él se acercó y me acarició la cara. Su dedo índice trazó el perfil de mi mejilla y bajó hasta mi mentón, que frotó con la yema del dedo como si quisiera quitarme una mancha.

—Tienes una peca aquí —dijo con expresión reconcentrada.

Asentí. *La peca*. Suele creerse que las pelirrojas tenemos muchas pecas en la cara, concretamente en los mofletes o sobre la nariz, como si todas tuviésemos la obligación de ser clones de Pippi Longstocking. Ni yo ni mi madre somos pecosas, pero en mi caso tengo una mancha de nacimiento en el mentón, un lunar rojizo de gran tamaño y contorno deforme. En Hillsborough me llamaban “unipeca” en una variación poco sagaz de “uniceja”. Además de “zanahoria”, claro.

—Lo sé —dije algo incómoda, sin entender por qué se empeñaba en mirarla tan fijamente.

—Se parece a un corazón de paloma —dijo entre dientes.

¿Cómo? Fruncí el ceño y lo miré atentamente. ¿Se estaba burlando?

—En serio, la forma es idéntica. Incluso el modo en que está un poco inclinado hacia la izquierda.

—¿Sueles analizar palomas destripadas? —Le miré alzando las cejas—. ¿Algún tipo de filia macabra que debas confesar?

—Ninguna, pero me crié en el campo. Uno se acostumbra a ver de todo, incluso animales muertos. Tú eres de ciudad, ¿verdad?

—Sí —dije—. Las ratas de los suburbios son los únicos animales con los que he convivido y por fortuna nunca le he visto el corazón a ninguna.

Bennet sonrió un poco y reanudó sus caricias sobre mi rostro, trazando círculos. Posé mi mano sobre la suya: estaba caliente.

—¿De dónde eres? —pregunté. Por norma general me interesaba entre poco y nada la vida de los tíos con los que me iba a la cama; pero me sentía intrigada por aquel chico tan peculiar, que citaba a Gibran y a Whitman, tenía pintas de modelo y veía corazones en mi cara.

—De más al norte. —Su mano descendió hacia mi pecho. Los pezones se me pusieron duros al instante, como si reconociesen en la yema de sus dedos todo lo que había hecho con ellos la noche anterior y clamasen a gritos un bis.

Me incliné hacia adelante para apresar sus labios con los míos. Qué hambre teníamos uno del otro. Al diablo con la entrevista fallida a Blake Swanson, al diablo con todo. Íbamos a hacerlo de nuevo...

Y podríamos haberlo hecho. Podríamos habernos perdido de nuevo en el magnetismo animal que tanto nos había sorprendido a los dos y después me habría vestido y me habría ido a casa. Sí, si me hubiera despertado una hora antes, la cosa habría sido así. O si ella fuese menos silenciosa y la hubiésemos oído mientras subía las escaleras, o mientras se deslizaba en el apartamento con su llave de repuesto.

Podría haber ocurrido de esa manera. Sin embargo los astros se confabularon para que no fuese así y de ese modo, de un modo que se inició con una situación incómoda y ridícula, nuestros destinos quedaron enlazados para siempre.

No la vimos venir. Estaba a punto de sacarle a él la camiseta por encima de

la cabeza para perderme en el bronce de su piel cuando la oímos. Una voz siseante y a la vez enérgica. Una voz que yo ya conocía bien.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Los dos nos quedamos congelados en el aire antes de separarnos como si nuestra piel quemase y cubrirnos con las sábanas. Una escena digna de una película para adolescentes hormonados.

Tracy avanzó por la habitación sin amilanarse, fulminándonos con ojos que echaban chispas. En ese momento debí haber averiguado la verdad, pero no lo hice. Es más, al principio por mi mente pasaron todas las otras opciones posibles, incluso las más absurdas, como que mi jefa me estuviese siguiendo o, peor aún, que ella y Bennet fuesen pareja. Pero el verdadero engaño, el hecho de que el hombre que tenía al lado fuese en realidad Blake Swanson, no se me ocurrió. No hasta que Tracy volvió a hablar, dirigiéndose solo a él como si yo no existiese.

—Blake, ¿es que te has vuelto loco?

Blake. Giré el cuello hacia él como la muñeca del exorcista al tiempo que reculaba sobre la cama para poner entre nosotros la máxima distancia posible. *Blake.* Era él, Blake Swanson. El heredero insufrible. El ex clon de Nick Carter. Con el pelo más oscuro, los ojos más grises, pero él. En carne y hueso. En exquisita y comestible carne y hueso, maldito fuera. Mis dientes rechinaron con un sonido de persiana oxidada, si pudiera le hubiera mordido esa cara de sinvergüenza hasta desgarrársela.

Ví en los ojos de Tracy que ella también se había dado cuenta en ese preciso instante de que yo *no sabía* con quien había pasado la noche. Me miró con una mezcla de enfado y exasperación, como preguntándose cómo podía ser tan inepta, y luego centró su atención de nuevo en su hijo.

Lejos de achicarse ante los cuatro ojos furiosos que lo contemplaban, *Bennet-Blake* el de las mil caras se encogió de hombros.

—Ponte cómoda, madre, si quieres te sirvo un té.

—¿Cuándo vas a madurar de una vez? —preguntó ella taconeando en el suelo con sus botines de diseño.

—¿Cuándo vas a dejar de intentar controlar mi vida? —contraatacó él.

—Cuando dejes de intentar tirarla por la boda. Mira. —Tracy alzó su teléfono para que ambos viésemos la pantalla y a mí se me cayó el alma a los pies. En una conocida red social aparecíamos Blake y yo; fotografías tomadas la noche anterior de los dos bailando abrazados en *Petty's* y después abandonando el local cogidos de la mano. Tracy deslizó su dedo índice por la pantalla y las fotografías cambiaron: Blake dormido en la cama- la misma cama en la que habíamos pasado la noche- mientras una morena despampanante ponía morritos a su lado, en un *selfie* obviamente pensado para lucirse. “*Hemos pasado una noche maravillosa*”, decía claramente la expresión traviesa de sus ojos.

La reconocí. Era la misma chica que nos había mirado con odio en *Petty's* cuando bailábamos. Recordé que la había visto sacar su teléfono móvil pero no me había dado ni cuenta de que nos estaba fotografiando. La ira seguía subiéndome por la garganta en oleadas tan bruscas que podría haberme puesto a vomitar fuego como un dragón.

Blake soltó un bufido de exasperación.

—Esa chica, Paris o algo así, no es nadie, absolutamente nadie —aclaró—. Por algún motivo parece haberla tomado conmigo.

—Para no ser nadie parece estar muy cómoda en tu cama —dije sin poder contenerme. Sus ojos me cubrieron como un manto helado. No contestó.

—Pues esa tal Paris tiene miles de seguidores en sus redes sociales—terció Tracy agitando el teléfono ante nosotros—. Y es toda una reina del drama. Ha lanzado una perorata sobre lo desolada que está después de haberte pillado con otra y está recibiendo cientos de mensajes de condolencia en los que te llaman de todo menos bonito.

—¿Y? —Blake se encogió de hombros. Su mirada seguía fija en la mía—. Todo eso es mentira. ¿Qué importa?

—Sí importa, Blake. —Tracy lo miró con los brazos en jarras—. Puede que aquí en San Francisco nadie te conozca, pero en Trenton los Swanson no somos precisamente anónimos. Este tipo de chiquilladas no te benefician. ¿Qué pretendías acostándote con una de mis periodistas? ¿Demostrarme lo poco que te gusta la idea de salir en *Madame*?

Las últimas palabras de Tracy fueron como un bofetón que me sacó de mi parálisis y me puso por fin en movimiento. El engaño en sí era malo pero si lo que Tracy decía era cierto y lo había hecho para demostrarle algo a su madre... eso era todavía peor. Mucho peor.

Quizá en ese momento debí haberme retirado con dignidad, pero no lo hice. Los restos de café de mi taza estaban ya fríos, pero no me hubiera importado que estuviesen ardiendo cuando se los lancé a Blake a la cara. Los posos se deslizaron por su mejilla, dejando un rastro negro como de rimel corrido. Tracy emitió un sonido extraño, entre la risa y el respingo.

—Oye, Fiona —dijo él—.No es...

—No. No quiero escuchar nada de lo que digas —le corté mientras me dirigía al cuarto de baño envuelta en la sábana.

Cinco minutos después estaba ya vestida y en la puerta de salida. Cuando me disponía a cerrarla detrás de mí, oí de nuevo la voz de Tracy.

—Ya hablaremos tú y yo...

Y no supe si se dirigía a Blake o a mí

DESDE LAS TRIPAS

Fiona

Tracy tamborileaba sobre la mesa con un bolígrafo color chicle con el logotipo de un conocido diseñador. Un *tap tap* frenético y nervioso que contrastaba con la expresión inescrutable de su rostro. Yo no era capaz de discernir qué estaba pensando, ni qué iba a decirme. Nada bueno, por supuesto.

Me revolví en mi asiento. Siempre trataba de ir por el mundo con la cabeza alta, sin dejarme amilanar; cuando una pasa gran parte de su vida sin figuras de apoyo la piel acaba endureciéndose. Pero en aquel momento, allí en el despacho de Tracy, me sentía nerviosa. Habían desaparecido todas mis agallas, el puntito de condescendencia con el que siempre le había hablado, como dejándole claro que yo, con mi currículum intachable, era demasiado buena para *Madame*. Quizá sí, pero por lo visto no lo suficientemente lista como para no dejarme engañar por el sinvergüenza de su hijo.

A mi derecha, Madison y Amber parecían la viva imagen de dos *traders* de Bolsa cerrando operaciones muy importantes, ambas con gesto de concentración y rodeadas de pantallas que mostraban las consecuencias de la noche anterior: *tuits*, publicaciones de Instagram, comentarios en foros donde la gente debatía las fotos de marras: la mitad de ellos salivando por lo bueno que estaba Blake y por lo apetecible que les parecía incluso dormido y la otra mitad llevándose las manos a la cabeza, escandalizados ante lo vil de su comportamiento.

—Se está haciendo viral, Tracy. Estamos en crisis —dijo Amber con la voz de quien pide ayuda desde el fondo de un barranco. A mí no me engañaba. En el fondo, tanto ella como Madison me miraban con un puntito de envidia. O un puntazo, más bien.

Ví como las fosas nasales de Tracy se esponjaban y su mirada se estrechaba como la de un aguilucho. Abrió la boca y me preparé para saborear la palabra

“despido”.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Fiona? —preguntó con un tono suave que me sonó a amenaza.

—Recogeré mis cosas —dije tratando de ponérselo fácil.

Madison y Amber asintieron con vigor pero, para mi sorpresa, Tracy negó con la cabeza.

—¿Pretendes huir del barco justo cuando se hunde, como una rata? Nada de eso, Fiona. Tienes que arreglar lo que has estropeado.

¿Cómo? Sentí que la sangre me hervía de ira. La desfachatez de aquella mujer era increíble. Abrí la boca. Al diablo con el comedimiento.

—Primero, yo no he estropeado nada —le dije—. Si quieres culpar a alguien, hazlo con el malcriado de tu hijo, que parece tener afición por los juegucitos psicológicos dignos de *Dinastía*. Segundo, dudo mucho que vuestro barco esté a punto de hundirse. Sois ricos, tenéis influencias, aunque por lo que veo, no vergüenza. Sea como sea, yo no tengo nada que arreglar aquí.

Amber y Madison dejaron escapar al unísono un grito de horror. Creo que a ambas les explotó alguna neurona a la vez.

Tracy me dirigió una sonrisa sin pizca de humor.

—Está bien, Fiona, te lo voy a explicar. Mi difunto marido era un peso pesado en la industria cárnica pero sus raíces están en Trenton, un pequeño pueblo del estado de Montana. Caesar empezó de la nada y no solo erigió un rancho y una empresa, sino también un símbolo para la comunidad. Aquello no es California, es una zona de rancheros, gentes sencillas y conservadoras que aprecian valores como la integridad, el respeto por la familia y la esencia del Viejo Oeste.

—Bueno, es una pena que Blake esté tan alejado de esos valores —dije con sorna. Ella me ignoró.

—Blake tiene la costumbre de tomar malas decisiones —dijo. De repente se le había puesto cara de madre preocupada y todo—. Era menor de edad cuando Caesar falleció, pero él ha heredado la mitad del negocio: tanto el rancho como las franquicias. La otra mitad la gestionan mi cuñado, el hermano de Caesar, y mi sobrino. Los accionistas de la junta todavía no confían tanto en Blake como confiaban en Caesar y, debido a que ha estado fuera muchos años, en la Universidad, en Trenton tampoco lo conocen tan bien como a su padre. Numeritos como el que ha montado esa tal Paris no le benefician en absoluto.

Me encogí de hombros. No imaginaba lo que era vivir en un mundo en el que la gente que pasaba por mi cama tuviese que someterse al escrutinio público. Sonaba agotador. Los contras de no tener que preocuparse por pagar un alquiler a fin de mes, supongo.

—Blake no es tan superficial como parece—dijo Tracy como hablando para sí misma—. Él es... él lleva el rancho en las venas, a pesar de que no es hijo biológico de Caesar. ¿Sabías eso?

Negué con la cabeza. Primera noticia que tenía.

—Es hijo de mi primer marido, un perdedor que se desentendió de nosotros. —Suspiró y por un momento volvió a parecer la niña pobre que había sido muchos años atrás. La semejanza solo duró unos instantes—. Caesar lo adoptó cuando nos casamos y su relación siempre estuvo plagada de altibajos. Pero no hay nada en el mundo que Blake ame más que ese rancho, eso puedo asegurártelo. Algún día será un gran rancho, estoy segura.

Fruncí el ceño. Las palabras de *Bennet-Blake* el traidor, las que habían pronunciado en el pub, resonaron de nuevo en mi mente. “*Trabajo con animales*”. Lo había dicho con cariño, casi con nostalgia, con la voz que uno pone cuando habla de temas que le apasionan. Quizá fuera cierto o tal vez una más de sus muchas mentiras. De todos modos, ya no era de mi incumbencia.

—Quiero que hagas un reportaje. —Tracy habló con voz firme y yo di un respingo.

—¿Perdona?

—La entrevista que te encargué ya es agua pasada. Ahora necesitamos algo grande. Algo novedoso. Algo que haga olvidar toda esta... —hizo un gesto de desdén con la mano hacia la pantalla del ordenador—... toda esta basura. Necesitamos algo más. Un reportaje especial. ¿Cómo vive Blake Swanson? ¿Cómo es el hombre tras la fachada? Un reportaje extenso acompañado de fotografías. Será nuestro plato estrella del próximo número.

Me quedé mirándola como si le hubiesen crecido tres cabezas.

—No creo que... —empecé, pero ella alzó una mano para hacerme callar. Tenía la mirada reconcentrada, como si estuviese planeando un plan muy retorcido.

—Trenton —dijo al fin.

—¿Cómo?

—Blake volverá a Trenton en cuanto terminen las reuniones con los accionistas de *Bones* aquí en San Francisco. Tú irás con él. Pasarás una semana en el rancho y harás el que espero que sea el mejor reportaje de tu carrera. El Blake auténtico. Un retrato suyo de sus raíces. Un reportaje desde las tripas, captando la esencia, no la cáscara. ¿Comprendes? Con fotografías, por supuesto.

Si alguien me hubiera pinchado en ese momento no hubiera encontrado una gota de sangre. Aquella mujer se había vuelto loca. Y qué manera tan extraña de hablar: “desde las tripas”. Las tripas son algo feo, un gusano lleno de excrementos. Nada que la honorable Tracy quisiera relacionar con su honorable retoño.

—Ni de coña —dije dispuesta a cortar toda aquella locura de raíz.

—¿Cómo has dicho? —Tracy me miró con severidad.

—He dicho que no. No pienso irme a un pueblo perdido de Montana para lavar lo que él solito ha ensuciado. Me engañó, por si no lo sabes; me ocultó su identidad. Y no quiero hacerle fotos, no me gusta hacer retratos de personas. Tampoco quiero hacer un reportaje honesto y sincero sobre él

porque entonces, Tracy, estoy segura de que no te gustaría lo que tendría que escribir. Y estoy más que dispuesta a salir ahora mismo por esta puerta y no volver jamás a *Madame*, aunque me muera de hambre mientras no encuentre otro empleo.

Ya estaba. Lo había hecho, me había enfrentado a la reina. Pude sentir como el aire se espesaba a mi alrededor y como mis dos compañeras me miraban como si acabase de cometer un sacrilegio. Pero lejos de molestarse, Tracy me dedicó una sonrisa fría y torcida.

—Amber, Madison, ¿podéis salir un momento? —dijo con una voz tan suave que me provocó escalofríos. Cuando la puerta se cerró detrás de ellas tuve la desagradable sensación de ser un corderito enfrentándome al matarife.

—Irás a Trenton, Fiona Archer, por supuesto que irás —dijo Tracy—. O de lo contrario cosas malas, muy malas, van a comenzar a pasarle a tu madre, la señora Kelly Archer.

—¿Qué has dicho? —Sentí un par de gotas de sudor escurriéndose por mi nuca. El nombre de mi madre en boca de Tracy sonaba muy mal, sonaba a desastre. Ella abrió un cajón y sacó un puñado de fotografías que lanzó ante mí como quien lanza un hueso ante un perro. La piel se me erizó: eran fotos de mi madre. Mi madre en la calle, frente a una licorería cuyo rótulo era bien visible, llevándose a la boca una bolsa de papel marrón cuyo contenido no me era difícil adivinar. Parpadeé para ahuyentar las lágrimas. Incluso sin verla en movimiento podía percibir en su postura ese ansia que llevaba viendo toda mi vida, el brillo en los ojos al llevarse el licor a la boca, esa miseria tan conocida. Dejé de nuevo las fotos sobre la mesa mientras la tristeza y la decepción se instalaban en mí. También ellas eran viejas conocidas.

—Si mis fuentes no me fallan, tu madre todavía está en libertad condicional tras haber sido detenida por conducir bajo los efectos del alcohol. Si estas fotografías llegan a manos de su agente de la condicional, estoy segura de que la próxima cama en la que duerma será una de las duras literas de San Quentin.

Era una amenaza. Alcé la mirada hacia Tracy, que me miraba como una gata satisfecha.

—Has estado espiando a mi madre —dije, constatando una obviedad. Ella se encogió de hombros, como si fuese la cosa más lógica del mundo.

—Cuando contrato a alguien nuevo siempre hago que lo investiguen a fondo. Me gusta conocer bien a la gente con la que trabajo. Tú, Fiona, me intrigabas especialmente, con esos aires de arrogancia y esa cara de estar de vuelta de todo. Eres un espécimen peculiar con un pasado digno de *Les Misérables*.

—Vete a la mierda —le solté.

—Irás a Trenton, Fiona —repitió ella—. O de lo contrario estas fotos terminarán en la mesa del agente de la condicional de tu madre. ¿Has entendido?

Me di por vencida. La miré como se mira a un gusano, con asco y desagrado.

—¿Por qué yo, Tracy? ¿De verdad te merece la pena hacer todo esto para obligarme a escribir un reportaje que me asquea? Tienes decenas de chicas que estarían felices de hacer este encargo.

Ella no pasó por alto el modo despectivo en que había pronunciado la palabra “chicas”. Me hizo un gesto en dirección a la puerta, invitándome a marcharme.

—Ninguna de ellas es carne de Pulitzer, querida —fue lo último que le oí decir antes de salir.

MENTIRAS POCO CONVINCENTES

Blake

El barrio era más destartado de lo que había imaginado en un principio, un compendio de casas desiguales, picudas, jardines descuidados de esos en los que puedes encontrar de todo, desde coches viejos que se oxidan entre los matojos hasta plantaciones clandestinas de marihuana. La casa de Fiona era gris y triste, una mole de paredes desconchadas que de algún modo parecía impropia de esa chica vibrante y llena de vida.

Me paré en la entrada del jardín y removí la tierra con las puntas de los pies. Necesitaba un buen regado, pero aún así era tierra mala y dura, de la que no sirve para plantar nada. Tierra fría, como habría dicho Caesar.

Respiré un par de veces para tranquilizarme. Horas antes había llamado a Nicole- quizá la más cabal de las redactoras de Madame- para pedirle la dirección de Fiona. Eso había sido tras una discusión a voces con mi madre que terminó con ella marchándose con un portazo, no sin antes dirigirme una de esas miradas que yo tanto detestaba; no de enfado, sino de lástima mezclada con condescendencia. Tracy me quiere, no lo dudo; pero su amor es tan estrecho que a veces me asfixia.

¿Por qué había decidido ir a hablar con Fiona? No sabría decirlo. Quizá porque me dolió que ella tuviera que escuchar las palabras de mi madre insinuando que no había sido para mí más que un juguete, una pieza en un tablero de ajedrez. En realidad no había sido así. Para nada. Quizá lo fue al principio, cuando me acerqué a ella en *Petty's*. Quizá empezó como un juego, pero el fuego que vino después fue real. Y vaya si ardimos los dos. Tanto ardimos que me daba rabia que todo quedara reducido a eso, a cenizas. Quizá por eso estaba allí.

Pulsé el timbre y un sonido ronco retumbó por las paredes. Al momento oí pasos rápidos al otro lado de la puerta y preparé mi mejor sonrisa de disculpa,

pero no fue Fiona quien abrió, sino su futuro. Mejor dicho, un futuro en el que ella hubiese envejecido mal y se hubiese metido de todo; se reconocer a un alcohólico cuando lo veo. La mujer que tenía delante de mí compartía con Fiona su melena pelirroja y sus ojos castaños, la misma nariz algo respingona, pero su actitud era muy distinta: tenía la mirada turbia y los hombros caídos en un gesto de agotamiento o desánimo.

—Hola, ¿está Fiona? Necesito hablar con ella —dije.

Silencio.

—Es por un tema de la revista... de *Madame* —añadí, tratando de provocar alguna reacción en aquel rostro vacuo.

Ella pestañeó, como si despertase de un sueño.

—¡Ah! Sí, sí por supuesto —farfulló apartándose para dejarme pasar. El recibidor era oscuro y sombrío, lleno de muebles que no hacían juego entre sí.

—¿Eres un compañero de trabajo? ¡Qué amable por tu parte el venir hasta aquí! El barrio está tan apartado... ¿Puedo ofrecerte algo? Me refiero a un refresco, por supuesto. Quizá un té... —La mujer hablaba atropelladamente y se humedecía las comisuras de los labios sin parar. Parecía nerviosa.

—No, muchas gracias. Solo he venido a hablar con Fiona. No me llevará mucho tiempo —dije ostentando mi mejor sonrisa tranquilizadora.

—¿Blake? —Su voz resonó como un látigo desde las escaleras, sorprendida e iracunda a la vez. Fiona apareció con unos vaqueros, una sudadera y el pelo recogido en una coleta que la hacía parecer casi una niña. Una niña enérgica y mandona, porque estaba claro quien estaba a cargo en aquella casa. Le sonreí sin darme cuenta de lo que hacía. Me encantaba toda ella.

—Ya me ocupo yo, madre —dijo con el tono severo de quien despacha a un niño molesto. La madre desapareció obediente hacia el pasillo.

—Derrochas amabilidad —le dije. Ella se colocó las manos en las caderas y me dedicó su mejor mirada fulminante.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves? Ya te estás largando.

—Eh, tranquila. —Le enseñé las palmas de las manos—. Vengo en son de paz, así que no me comas—. “O mejor dicho, cómeme”, pensé. Esa chica me ponía a mil, furiosa y todo.

—Que te largues.

—Vengo a pedirte disculpas —insistí—. Sé que lo que hice estuvo mal. Estuvo fatal.

—¿Por qué lo hiciste? —me preguntó a bocajarro.

Dudé. No sabía qué decirle. Quizá porque me sentí extrañamente cautivado al verla sola en el pub, tan fuera de lugar, afirmando que estaba esperando a un idiota que se retrasaba. Quizá me pareció buena idea fingir durante un tiempo que no era yo, que era *mejor*, ante aquella chica de ojos furiosos que escupía corazones de pájaro.

—No lo sé —dije al fin.

—Claro que no. —Me miró con odio—. Para ti todo es muy fácil, todo es un juego porque tienes la vida solucionada. Pero tus estúpidas decisiones afectan a los demás, ¿sabes? Por tu culpa ahora tengo que hacer la maleta y enterrarme durante una semana en un pueblo perdido de Montana para hacerte fotos como una de tus fans babeantes.

—¿Qué dices? —Aquello me había pillado con la guardia baja.

—Tu madre me ha encargado un reportaje especial. Sobre ti. En Trenton —dijo separando mucho las palabras como si se dirigiera a alguien corto de entendederas.

Abrí los ojos con incredulidad. Mi madre suele tener ideas raras, pero aquello era demasiado. Al mismo tiempo, la idea de tenerla en Trenton durante una semana entera encendió algo dentro de mí. Una pequeña llamita.

—Siempre puedes negarte —tanteé. “*No, por favor, no lo hagas. No te niegues*”

—No puedo negarme —dijo—. Parecía furiosa. Su mirada se desvió hacia el pasillo por donde su madre acababa de desaparecer.

—Entonces nos veremos allí, supongo.

—Pero tú si puedes negarte —dijo de repente. La mirada se le iluminó con una chispa de esperanza. Estaba claro que detestaba la idea de ir—. Puedes decirle a tu madre que te niegas a salir en un reportaje.

Pensé rápidamente. No me entusiasmaba la idea de aparecer en la portada de *Madame*, eso era cierto, pero tal y como estaba la cosa en Trenton y sobre todo teniendo en cuenta mis planes con los caballos a corto plazo, tenía que admitir que la publicidad positiva me vendría bien. Y por otra parte, el hecho de tener a Fiona bajo mi techo durante toda una semana era tentador, muy tentador.

Ella me miraba, esperando mi respuesta. Lo justo, después de lo que le había hecho, hubiera sido complacerla. Sin embargo mis instintos fueron más fuertes. Quizá también mi egoísmo.

—Lo siento —dije negando con la cabeza.

Ella suspiró con cansancio.

—Entonces no tenemos nada más que decirnos. Vete de aquí —siseó señalándome la puerta.

Su mirada era implacable y supe que no merecía la pena discutir. Al menos, no en ese momento. Me dirigí cabizbajo a la salida y sus últimas palabras me congelaron en el umbral de la puerta.

—Que sepas que no va a volver a pasar nada entre nosotros. Jamás —dijo con desprecio—. Te lo digo por si acaso estabas pensando en montar otro de tus numeritos de seducción cuando estemos viviendo en la misma casa.

Giré la cabeza a medias, con la mano en el pomo de la puerta.

—No tenía pensado hacerlo —susurré.

Jamás una mentira había sonado tan poco convincente.

COMO MATA HARI

Fiona

Cuando Blake se marchó subí las escaleras a toda velocidad, con el corazón latiendo en mi pecho como un ratón furioso. Me había impactado el verlo ahí, en nuestro recibidor oscuro, en nuestro barrio de casi pobres. Me cabreaba y me avergonzaba que hubiese conocido a mi madre, con sus manos temblorosas y su mirada de estar de vuelta de todo. Blake no pertenecía a este mundo nuestro, tan en el margen. Maldita sea, tampoco yo pertenecía a él: salir a la superficie era mi principal objetivo, el que esperaba conseguir poco a poco si mi carrera periodística no se iba al garete por culpa de malas decisiones y estúpidos como él.

Entré en mi habitación echando humo y mi amiga Miranda me miró con las cejas alzadas desde la silla en la que se había repantigado. Conociéndola, estaba segura de que nos había estado espiando desde la escalera y se había enterado de todo.

—¡Está para hacerle un favor! —dijo confirmando mis sospechas—¿Qué digo? ¡Está para hacerlo padre! No me extraña que te hayas dejado llevar, Fiona.

Le había contado todo lo sucedido hacía menos de dos horas, después de una llamada telefónica bastante histérica en la que yo chillé y despotiqué contra Tracy, Blake y mi madre y Miranda trató de calmarme sin saber muy bien aún de qué iba la cosa. Se presentó en mi casa enseguida, como siempre hacíamos cuando una de las dos necesitaba consuelo; y para cuando llegó ya me había dado tiempo a dedicarle a mi madre una mirada de las que matan y de lanzar las fotografías al suelo, ante sus pies. Esta vez no le grité, comenzaba a estar harta de ser un recogedor con patas, siempre barriendo su porquería, siempre escondiéndola bajo la alfombra. Creo que mi mirada de desprecio le dolió más que cualquier grito; eso y el hecho de saber que me había fallado otra vez. De todas formas me daba igual.

—Ni me lo menciones —le dije a mi amiga.

Miranda me contempló con interés mientras se metía en la boca un puñado de patatas fritas de bolsa y las masticaba como un hámster hambriento. Cualquiera que la hubiese visto, con su cutis inmaculado, su larga melena rubia y sus piernas aún más largas, jamás sospecharía la cantidad de comida basura que podía llegar a devorar de una sentada. Ella decía que su sentido del gusto jamás se recuperó después del rancho precocinado que nos daban en Hillsborough.

La nuestra no era una amistad común. Nos conocimos en el centro de acogida al que las dos llegamos más o menos al mismo tiempo, dos niñas asustadas que no entendían nada de lo que sucedía a su alrededor. Nuestras circunstancias eran distintas: yo tenía una madre que no podía ni sabía atenderme y ella estaba sola en el mundo después del fallecimiento de sus padres en un accidente. Su caso era uno de esos que abultan las estadísticas: un niño que entra en el sistema de adopciones a una edad incómoda, lejos del radar de las familias que buscan bebés. Ella acabó teniendo suerte y, aunque tarde, acabó encontrando una familia de adopción: los Sullivan, un matrimonio amable y algo despistado.

Nuestra amistad había evolucionado con los años y me gustaba pensar que las dos éramos unas supervivientes: ambas conseguimos salir de los muros de Hillsborough casi indemnes, dispuestas a comernos el mundo. Ambas éramos duras a nuestra manera: yo de un modo árido y seco y ella de una forma más sutil, ocultando su fortaleza bajo su voz de campanillas y sus modales dulces. Era como una muñeca de porcelana, encantadora, pero tan dura que podría romperte la crisma.

Las dos estudiamos periodismo, aunque nuestros gustos eran diferentes. A ella le hubiera encantado trabajar en *Madame* en lugar de en *Live*, la revista sobre salud que la había contratado, y estoy segura de que habría sabido mantener a Tracy a raya mucho mejor que yo. Por eso no me pareció extraño que me mirase un poco exasperada cuando terminé de contarle todo lo que había pasado. Si ella hubiera estado en mi lugar habría agarrado la oportunidad al vuelo, habría escrito un reportaje presentando a Blake como el nuevo *sex symbol* del siglo y se hubiera hecho un hueco en el periodismo rosa.

Pero yo no era ella y ambas lo sabíamos.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—¿Tú qué crees?

Ella asintió en silencio. Ambas sabíamos que no podía negarme; por mucho que mi madre necesitase un escarmiento, por mucho que no mereciese mi ayuda, no iba a dejarla en la estacada. A pesar de los años pasados en Hillsborough, a pesar de las hileras de botellas como bolos esperando a ser derribados, yo seguía protegiéndola. Por supuesto que iría a Trenton. No consideraba ninguna otra opción.

—Quizá ese viaje a Montana sea exactamente lo que necesites —dijo Miranda de forma críptica.

—¿A qué te refieres?

Ella tragó un enorme puñado de patatas y se me quedó mirando con cara de astucia.

—Cuando el otro día me contaste que ibas a entrevistar a Blake Swanson, de *Bones*, recordé algo. Me sonaba el apellido y no por algo bueno, precisamente; así que me puse a rebuscar en los antiguos archivos de la revista. Ya sabes, me pasé horas y horas entre papeles polvorientos y llenos de termitas.

—¿No están informatizados los archivos de *Live*? —pregunté extrañada.

—Lo están. Solo estaba intentando darle un toque más dramático a la historia —dijo ella sin inmutarse—. El caso es que si rascas en la capa de aparente integridad de los Swanson, ya sabes, todo ese rollo del “espíritu del Viejo Oeste”... acabas encontrando algo más turbio y oscuro.

—Cuéntame. —Había conseguido captar mi atención.

—Como sabes, la cadena de restaurantes *Bones* es su niña bonita. Según ellos, se especializan en carne de primera calidad con un toque rústico y precios desorbitados.

Asentí. “*Bones, el sabor de lo natural*”, era un slogan que uno no olvidaba fácilmente.

—Pues no es oro todo lo que reluce. Hace unos años un gran escándalo estuvo a punto de llegar a la prensa, pero lo acallaron. Un caso de intoxicación alimentaria que tuvo consecuencias fatales. Se dijo que alguien había muerto tras comer uno de sus chuletones.

—¿Qué dices? ¡Cuéntamelo!

—Los restaurantes *Bones* están por todo el país, pero el primero de ellos, el más antiguo, estaba en Helena. Y digo estaba, porque hace quince años tuvo que cerrar, pocos meses después de su inauguración.

Quince años. Hice un cálculo mental. Eso había sido un par de años antes de la muerte de Caesar.

—Di con el tema por pura casualidad. Al parecer hubo varios casos de personas que se encontraron mal después de comer en ese restaurante. Vómitos, palpitaciones... Hubo rumores, pero parecía que la cosa iba a quedar así hasta que alguien acabó en urgencias después de cenar en *Bones*. No pasó de esa noche. Al parecer, la familia culpó a la comida del restaurante, pero no pudo demostrarse nada.

—¿Estamos hablando de un caso de intoxicación por *E-Coli*? —pregunté.

—No, no se trataba de eso. En su día hubo inspecciones en el rancho de los Swanson y no se encontró ni rastro de bacterias. Pero hubo algo raro, eso seguro. Al parecer, Barry Brown, el gerente del restaurante se mostró dispuesto a hablar con la prensa. Incluso llamó a *Live*, ofreciéndose a dar datos sobre el tema. Sin embargo, fue rechazado en todas partes.

—¿Y eso por qué? —No me cabía en la cabeza que un periodista rechazase una jugosa exclusiva.

Miranda se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Dinero, influencias... Los Swanson tienen mucho poder en

el estado de Montana. Estoy segura de que, llegado el momento, serían capaces de comprar a cualquier inspector de Agricultura o incluso a uno o dos policías.

—Eso es vomitivo —dije con asco.

Miranda se inclinó hacia mí. Sus ojos brillaban de excitación, una mirada que yo conocía muy bien.

—¿Qué tienes en mente?—le dije.

—Gracias a mi trabajo en *Live* he hecho algunos contactos en el sector. Al parecer, en los últimos meses ha habido más brotes de enfermedades inexplicables entre el ganado de los Swanson. Decenas de sus vacas han muerto por causa desconocida. Todo se está llevando con mucha discreción. Pero si una periodista avispada como tú logra introducirse en el rancho... ¿quién sabe lo que podrías descubrir?

—¿Quieres que me convierta en topo? —La idea me provocó un escalofrío de adrenalina.

—Piénsalo. Es una oportunidad de oro. De paso que haces ese reportaje edulcorado para callarle la boca a Tracy Swanson, podrías olisquear un poco... hacer un par de preguntas aquí y allá... Imagina que descubres algo grande. Tu nombre jamás volvería a pasar desapercibido.

Me puse a dar vueltas por la habitación, meditando en sus palabras. En parte tenía razón: si los Swanson ocultaban algo gordo, descubrirlo y publicarlo pondría mi nombre directamente en la palestra. Era una oportunidad.

Miré por la ventana. Estaba anocheciendo y los rastrojos del jardín estaban bañados en la penumbra. Una figura más allá de la verja llamó mi atención: era Blake. ¿Qué hacía allí todavía? Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y miraba hacia el cielo, como un loco contando nubes o estrellas. Estuve a punto de abrir la ventana para gritarle que se largase de una vez, pero antes de que pudiera hacerlo echó a andar por la calle desierta, con las manos en los bolsillos. Me embargó una extraña sensación de ternura mientras lo miraba

alejarse. ¿Cómo era posible? Yo odiaba a ese tío...

—Y de paso te vengarías de esa zorra de Tracy Swanson, que cree que puede salirse con la suya chantajeándote con lo de tu madre...—dijo Miranda a mis espaldas.

Sus palabras me devolvieron a la realidad, me recordaron cual era mi sitio. Me recordaron que las chicas como yo no pueden permitirse ser débiles ni vulnerables. Las chicas como yo deben tomar lo que puedan y huir.

—Voy a hacerlo —dije ante la flamante sonrisa de mi amiga.

Y así fue como decidí convertirme en un topo en el rancho de los Swanson, en una Mata Hari del periodismo.

DOS AMIGOS FELICES Y CANSADOS

Fiona

El aeropuerto de Great Falls, Montana, era de tamaño mediano y no estaba demasiado concurrido. Me recibió con un laberinto de pasillos inmensos y unos amplios ventanales que dejaban ver un cielo mucho más azul que el que yo estaba acostumbrada a contemplar. Había pasado una semana y las cosas en *Madame* no habían mejorado para mí. Tracy me trataba con condescendencia y yo le correspondía con miradas cargadas de odio, sin olvidar ni por un momento las fotografías de mi madre que se escondían en los cajones de su escritorio, como escorpiones a punto de saltar y morder. Yo también me había convertido en una especie de escorpión, dispuesta a clavar mi aguijón en los jugosos secretos que, según Miranda, se escondían en el rancho Swanson.

Había intentado contactar en varias ocasiones con Barry Brown, el antiguo gerente de *Bones*, a través del número de teléfono que Miranda había conseguido en los archivos de *Live*. No había tenido éxito; quizá el hombre había cambiado de número o de ciudad. Era lo que en periodismo llamábamos un cabo suelto, una pista antigua que no llevaba a ninguna parte. De todos modos todavía no había perdido la esperanza.

Me había pasado días recopilando toda la información posible sobre Trenton, el origen de Caesar; un pueblo de apenas mil habitantes que, según la página de turismo del condado, conservaba “todo el espíritu del Viejo Oeste”. Los Swanson eran allí los peces más gordos del estanque: además del rancho parecían poseer media comarca... y todo ello erigido de la nada por Caesar Swanson, ese granjero con nombre de emperador.

El único transporte fiable desde Great Falls hasta Trenton era un autobús enorme y desvencijado que olía a una mezcla extraña entre suela de zapatos y café de gasolinera. Circulamos a través de carreteras de líneas rectas, bordeadas por hileras de álamos y matas de artemisa. Las montañas se perfilaban a lo lejos, describiendo curvas suaves, como enormes vientres hinchados espolvoreados de nieve. A pesar del frío, el cielo estaba

completamente despejado. Era un paisaje impresionante. A mi pesar, me sentí sobrecogida e intimidada.

—Es la primera vez que vienes a Montana, ¿verdad? —dijo una voz a mi lado.

Me volví hacia él. En los asientos contiguos viajaba un chico de unos veinticinco años, muy rubio, con el rostro lleno de pecas de las que salen cuando pasas mucho tiempo al sol. Tenía una sonrisa amplia y simpática y me encontré correspondiendo a ella automáticamente.

—Sí, ¿cómo lo has adivinado?

—Por la expresión de tu cara cuando han aparecido las montañas al doblar la curva —dijo—. Le pasa a todo el mundo la primera vez que viene.

—La verdad es que son impresionantes —admití.

Él asintió complacido.

—¿Estás de vacaciones? ¿Vas a quedarte en algún rancho? Algunos ofrecen cabañas para turistas.

—Vengo a trabajar, pero sí, me quedaré en un rancho. En el de los Swanson, concretamente. Voy a escribir un reportaje sobre Blake Swanson.

La sonrisa del joven flaqueó y me miró con expresión asombrada.

—¿En serio? ¿Y lo sabe él?

—Más le vale, porque la idea fue de su madre. Trabajo en su revista —le aclaré.

La sonrisa del chico se esfumó totalmente y me miró con desconfianza.

—Me extraña que Blake haya aceptado. No le gusta ser el centro de atención.

Fue mi turno de mostrarme sorprendida. Eso no cuadraba con la idea que yo

me había formado de él: perezoso, mimado y viviendo de la fama de su familia.

—¿Le conoces bien? —pregunté.

—Es mi mejor amigo. Desde que teníamos ocho años —dijo con orgullo, como si tener al pequeño príncipe de las mil caras como amigo fuese un gran mérito. Lo miré de arriba abajo, calibrando su aspecto. Llevaba botas de trabajo, una camisa de cuadros y nada en su apariencia gritaba arrogancia ni chulería. No pegaba ni con cola con Blake Swanson. En fin, cosas más raras se habían visto en el mundo. Le tendí una mano por encima del pasillo del autobús.

—Me llamo Fiona Archer.

—Lewis Trotter —dijo estrechándome la mano. Las suyas eran ásperas y estaban frías—. Ya nos veremos por aquí, supongo.

Un brusco frenazo del autobús me libró de contestar con cualquier frase hecha. El vehículo se detuvo en una de las dársenas de la minúscula estación de Trenton y yo me apresuré a coger mi maleta, deseosa de aire puro. Lo primero que vi al bajar fue el cielo más espectacular que uno pudiera imaginarse. Estaba empezando a anochecer y las primeras estrellas comenzaban a despuntar, tan brillantes y cercanas que daba la impresión de que uno podría tocarlas solo con estirar la mano. Parecía un paisaje pintado sobre un lienzo y, al mismo tiempo, era más real que cualquier otra cosa que hubiera visto en mi vida. Un recuerdo apareció en mi mente: Blake parado en la puerta del jardín el día que vino a nuestra casa, con la mirada fija en el cielo que allí siempre parecía tener un tono gris. ¿Estaría buscando las estrellas de Trenton? Deseché la idea; seguramente tendría tortícolis.

Un hombre corpulento de mediana edad se acercó a mí sin aliento.

—¿Fiona Archer? —Me tendió una mano. A pesar de las bajas temperaturas su frente estaba perlada de gotas de sudor—. Me han enviado a recogerte. Soy Al, el capataz de los Swanson.

—Encantada, Al. —Hice ademán de recoger mi maleta del suelo pero él me

lo impidió con un gesto.

—Llámame Chip, aquí todos lo hacen —añadió. Pensé que el nombre le pegaba un montón; con su expresión bonachona y su nariz colorada por el frío, se parecía mucho a la ardilla de Disney.

—Espero que hayas tenido un buen viaje —dijo mientras empezábamos a caminar por la estación casi desierta. Miré a mi alrededor, pero Lewis parecía haberse esfumado.

—Me lo he pasado admirando el paisaje. Las montañas son espectaculares.

—Así es. —Chip me miró de reojo—. A pesar de que estamos casi en marzo, todavía es temporada de aludes por aquí. Faltan meses para el deshielo.

Se detuvo frente a una destartada ranchera con las ruedas sucias de barro y los asientos traseros lleno de un batiburrillo de objetos diversos, tales como gorros de lana, guantes de trabajo y una pila de cartillas de vacunación de ganado. Durante el trayecto me dediqué a mirar por la ventana. Los caminos estaban cuajados de gravilla helada que crujía bajo las ruedas, y los pastos parecían parches cosidos en la ladera por alguien poco hábil con la aguja. Los árboles del camino estaban desnudos y tiesos, como vigilantes sombríos.

—Mira, ahí empiezan los terrenos de los Swanson —me dijo Chip.

—Tienen muchas tierras, ¿verdad?

Chip asintió.

—Casi diez mil hectáreas de pastos y bosque, nada menos. El rancho de los Swanson es el mejor de esta región y sus vacas dan la mejor carne. Hace años, el viejo Caesar se propuso convertir en motivo de orgullo la S de su hierro de marcar. ¡Y vaya si lo consiguió!

—¿Todo el ganado de los Swanson está aquí, en estos establos? —pregunté.

—¡Qué va! —Hizo un amplio gesto con la mano—. Son cientos y cientos de reses. La mayoría están en una explotación a varios kilómetros. Todas ellas

alimentadas con heno y granos naturales hasta que les llega su momento —añadió con una pizca de orgullo.

—Seguro que usted ha contribuido a todo ese éxito —dije para animarle a seguir hablando—. No debe ser fácil ser capataz de un rancho tan grande.

—La verdad es que es bastante trabajo —dijo él rascándose la coronilla—. Sobre todo últimamente, ya que algunas vacas y caballos han caído enfermos...

—¿De veras? —Agucé el oído. “Por favor, dame algún hilo del que pueda tirar”, pensé.

Chip se mostró evasivo.

—Seguramente les han sentado mal los fríos invernales —explicó—. La mayoría de las vacas son Black Angus, y en esa raza algunas cepas salen delicadas... Mira, ahí está la casa principal—añadió mientras detenía el vehículo.

Recorrí con la mirada el enorme edificio que tenía delante. La puerta era de roble macizo, decorada con el logotipo familiar: una S que se retorció como una serpiente. Más allá de los campos había una hilera de edificios rojizos que parecían establos. Sacudí los pies en el porche mientras Chip sacaba mi maleta y noté que el corazón me latía a toda velocidad ante la idea de encontrarme de nuevo con Blake.

—Eh... creo que Blake no ha llegado todavía. Tenía cosas que hacer abajo, en el pueblo —dijo Chip con aire azorado, como si me hubiera leído el pensamiento—. Pero puedes ir instalándote con calma. Tu habitación está en el piso de arriba, la primera a la derecha.

Se despidió con un gesto y yo me enfrenté a la casa que parecía vacía. ¿Qué clase de anfitrión era Blake, que ni siquiera recibía a sus huéspedes? Traté de ignorar la extraña sensación de desilusión que me subía por la boca del estómago. Había venido a trabajar, no a jugar al escondite con el canalla de los ojos cautivadores.

El interior de la casa era muy acogedor, con parquet de cedro y una chimenea de piedra en el salón que invitaba a noches de lectura y confidencias. La afición de los Swanson por la caza quedaba patente en las cabezas de alce y de ciervo que adornaban las paredes, montadas sobre bases de madera. La escalera que daba al piso de arriba era una monstruosidad de caracol digna de *Lo que el viento se llevó*. Me alegré de haber metido poco equipaje.

Abrí la puerta que Chip me había indicado. La habitación era amplia y estaba bien caldeada, por supuesto era mucho más confortable que la de mi propia casa. Me di cuenta de que estaba hambrienta y decidí que no me vendría mal echar otro vistazo al piso de abajo.

Encontré la cocina más por el olor que por mi sentido de la orientación. Olía a galletas de canela, un aroma delicioso que se coló en mis fosas nasales y me hizo salivar como un perrillo en una charcutería. La estancia era enorme y de estilo rústico y su principal protagonista- y sin duda artífice de las galletas- era una mujer corpulenta y muy rubia, parapetada tras un enorme delantal de cuadros, que me estrechó la mano con vigor una vez que me hube presentado.

—Ah, Fiona. Sí. Blake me avisó de que llegarías hoy. Seguramente estarás hambrienta después del viaje, ¿verdad? Siéntate y te serviré algo. Antes aquí se cenaba a la mesa y todos juntos, como es debido, pero desde que falta el señor Swanson cada uno hace lo que le da la gana...

Chasquéo la lengua con desagrado y se me quedó mirando con los brazos en jarras.

—¿No viene Blake contigo?

—Eh... no, no lo he visto desde que llegué. —Por lo visto, no era mi compañía la única que rehuía.

Ella meneó la cabeza con una media sonrisa, como quien rememora las travesuras de un niño díscolo pero simpático y me puso delante un plato a rebosar de judías estofadas.

—Yo soy Lorene, pero puedes llamarme Lori —dijo sonriente.

Me gustó desde el primer momento. Quizá contribuyó aquella cocina tan hogareña, o quizá fueron sus ojos azules y francos. Me recordó a las mujeres pioneras del Oeste de las que hablan las viejas historias: duras y tiernas a la vez. Parecía capaz de alimentar a todo un regimiento y a la vez de acertar de un disparo a un coyote a varios metros de distancia. Se sentó frente a mí con una taza de té humeante entre las manos mientras yo devoraba el delicioso estofado.

—Las galletas ya casi están —dijo echando una mirada al horno—. Son sus preferidas. Las de los chicos, digo. Cuando eran niños me ayudaban a hacerlas.

Intuí que “los chicos” eran Blake y Foster, su primo. Por algún motivo me costaba imaginarlos entregados a una tarea tan mundana: Blake era un enigma y su primo, a juzgar por las fotos que había visto en Internet, tenía pinta de ser de los que se beben la leche en copas de balón desde su más tierna infancia. Aunque a veces las apariencias engañan. Que me lo digan a mí.

—¿Llevas mucho tiempo con los Swanson? —le pregunté a Lori. Con un poco de suerte, la buena mujer sería una fuente a la que recurrir para descubrir un poco más sobre la familia.

—Mucho, sí. Desde que los niños eran unos bebés.

—¿Siempre está tan vacía la casa? —insistí llevándome la cuchara a la boca—. Con lo grande que es...

Ella se encogió de hombros.

—Chip y yo siempre estamos por aquí, pero es cierto que hace años la casa estaba mucho más llena: Caesar y Tracy, Carl y su mujer, los niños... Después todo cambió. Carl y su esposa se divorciaron, los niños crecieron, Caesar falleció... Tracy pasa todo el tiempo en San Francisco, con su revista, y Carl se ha mudado a una casa nueva, al otro extremo de la propiedad. Blake siempre está yendo y viniendo de un lado a otro, desde que se licenció en la Universidad. El rancho sigue funcionando, pero no es lo mismo. Sí, la verdad

es que las cosas han cambiado mucho —añadió con un suspiro de tristeza.

Nos quedamos un rato en silencio, ella con la mirada fija en las volutas de humo que salían de su taza de té y yo pensando en cómo sonsacarle más información.

—Parece que los Swanson han sabido crear un negocio muy fructífero. Blake puede sentirse satisfecho —dije con cautela.

—Se le dan muy bien los animales. No levantaba un palmo del suelo y todos los animales del rancho se acercaban a él antes que a nadie. Los perros, los novillos, los gatos... Todo bicho viviente —comentó con una sonrisa—. Aunque los caballos siempre han sido sus favoritos.

—¿De verdad? —Esa información era nueva. Hice una nota mental para incluirla en el reportaje.

—Quiere montar un centro de entrenamiento de caballos con un amigo suyo, Lewis Trotter —me contó con tono confidencial—. Su tío Carl no lo ve con muy buenos ojos, pero ellos están entusiasmados con la idea.

—Conocí a Lewis en el autobús —dije sorprendida—. No tenía ni idea de que Blake y él fueran a dedicarse a la doma de caballos.

—Ellos lo llaman *entrenamiento* —recalcó Lori—. Es algo distinto, mucho más sutil. Blake tiene muy buena mano para eso, al igual que la tenía Caesar.

—Supongo que Blake lo echa mucho de menos —dije insegura. “Ahora”, pensé. “Ahora nos adentramos en terrenos pantanosos”.

La mirada de Lori se oscureció.

—Para él fue terrible. ¿Sabes que el día que Caesar murió Blake estaba con él? Se ahogó en el lago durante una jornada de caza y Blake lo presencié todo. Desde entonces no ha vuelto a ser el mismo. Solo tenía quince años.

Tragué saliva. La cuchara llena de estofado a medio camino hacia mi boca tembló e inició el descenso de nuevo hacia el plato. De repente había perdido el apetito. Me imaginé a un Blake más joven y quizá más inocente mirando a la

muerte a los ojos. Enfrentándola y diciéndole: “tú ganas”. Conocía bien esa sensación, el desamparo que queda tras la desaparición de un ser querido, y saber que compartíamos eso me acercó un poco más a él. No fue en ese momento cuando lo perdoné, pero casi. La llama furiosa de mi interior tembló y se debilitó un poco más.

De repente me sentí muy cansada. En mi mente, la información se agolpaba: ideas y palabras girando ante mí como pelotas en manos de un malabarista.

—Será mejor que me vaya a dormir ya —aventuré—. Estoy bastante cansada del viaje.

Subí de nuevo por la intrincada escalera de caracol, sintiéndome un poco deprimida. Mi habitación estaba oscura y me apresuré a encender la lamparita de noche. Odiaba la oscuridad. Me asomé a la ventana. Hacía muchísimo frío y olía a limpio, a aire despejado y a la nieve que seguía acumulada mucho más arriba, en las montañas. Aspiré como si llevara horas bajo el agua y necesitase llenarme los pulmones, me empapé de aquel aire crujiente, de aquella calma. Un ruido llamó mi atención y percibí un movimiento en el patio justo bajo mi ventana. Era un caballo. No podía verlo bien pero su forma se adivinaba enorme y musculosa. Resoplaba. Sobre el caballo había un jinete y a pesar de la oscuridad lo reconocí de inmediato. Blake. Allí me quedé, mirando como guiaba al animal en un trote suave y elegante a la vez. De un modo extraño, apenas se podía discernir donde terminaba el cuerpo de Blake y donde empezaba el del caballo. ¿Qué demonios hacía allí, en plena noche, como un caballero medieval que se dispone a asistir a un duelo? Me sentí como una Rapunzel en lo alto de una torre y por un momento deseé que me mirase y me dedicase una de sus sonrisas ladeadas. Después me enfadé conmigo misma y espanté el pensamiento como quien persigue a un mosquito. ¿Cuándo me había convertido en una princesita deseosa de atenciones?

Tragué saliva mientras observaba como Blake se inclinaba sobre el cuello del animal y lo acariciaba con suavidad, susurrándole al oído. “Hora de dormir, Fiona”, me dije mientras agarraba el pomo de la ventana para cerrarla.

Pero no lo hice.

Porque en ese momento, ellos empezaron a bailar.

Fue increíble. El caballo comenzó a vibrar, a mecerse al ritmo de una música imaginaria y Blake se meció con él. Aquello no era trote ni galope, era algo distinto, algo mágico. Los cascos repiqueteaban sobre el suelo siguiendo un ritmo oculto que solo ellos podían oír. Me quedé mirándoles fascinada hasta que finalmente Blake descabalgó con elegancia y acercó su frente a la del animal. Por un momento ambos permanecieron así, testa contra testa, como contándose un secreto. Después Blake empezó a andar y el caballo lo siguió mansamente hasta un abrevadero. Él apoyaba una mano en su cuello y ambos me parecieron dos amigos felices y cansados que se retiran a descansar.

Y durante un instante muy breve y muy loco, deseé estar allí abajo con ellos.

UNA TREGUA MUDA

Blake

Fossey estaba nerviosa. Podía notarlo. Tenía los ojos más brillantes que de costumbre, casi fuera de las órbitas, y resollaba sin parar. Hicieron falta más de diez vueltas alrededor del patio para que se tranquilizase y aún así había algo en su mirada, algo oscuro, que me indicaba que no estaba al cien por cien. Busqué su corazón bajo la pata izquierda. Latía rápidamente, mucho más de lo que me hubiera gustado. Parecía un motor bajo mi mano, solo separado por las capas de piel y músculo.

—Mierda —mascullé.

Me preocupaba que *Fossey* estuviese enfermando también. La pasada primavera había sido mala para las vacas: unas veinte afectadas y casi la mitad habían fallecido. Incluso Brent Jefferson, el veterinario local, parecía muy desconcertado ante aquella extraña enfermedad que no parecía presentar síntomas: las vacas simplemente se desplomaban y morían, como alcanzadas por un rayo.

—Lo más probable es que sea un mal gen —había dicho Jefferson. Mi tío pareció quedarse satisfecho con la explicación; al fin y al cabo en las ventregadas de las vacas Swanson no predominaba la diversidad genética. Mi tío se encargaba de seleccionar a los mejores ejemplares para la cría, descartando a las vacas de pequeño tamaño y escogiendo solo a aquellas que tenían probabilidades de parir terneros enormes y musculosos.

¿Sería posible que esa extraña enfermedad estuviese afectando también a los caballos? Esperaba que no, pero no tenía forma de saberlo a ciencia cierta.

Miré de nuevo a la yegua. *Fossey* parecía haberse tranquilizado un poco. “Vamos, chica, solo un poco más”. La sujeté por las riendas y me concentré en reproducir en mi mente los pasos de la danza, tratando de transmitírselos a

ella.

“Los animales no toleran bien los gritos, Blake. El suyo es un lenguaje de ritmos y de pulsos, de miradas cruzadas con el hombre. Tendrás que aprenderlo si quieres llegar a ser un buen ranchero”.

Las palabras de Caesar resonaban en mi mente mientras *Fossey* y yo nos comunicábamos en silencio y ella empezaba a corcovear y a mecerse, siguiendo el ritmo de la música que solo sonaba en mi cabeza. Más adelante, durante los rodeos, la música sería real y todos podrían escucharla, pero ahora bastaba con un ligero tirón de las riendas, una inclinación de cuello, un giro de los cuartos traseros. *Fossey* era una alumna excelente. Como siempre, su plena confianza en mí me resultaba abrumadora.

Terminamos media hora después, los dos sudorosos. Mientras la guiaba hasta el abrevadero eché un vistazo a mi alrededor: el patio estaba envuelto en sombras, silencioso salvo las llamadas puntuales de los animales nocturnos: mugidos en los establos cercanos, el ulular de algún búho que salía de caza. A veces, en primavera, se podía escuchar el aullido lejano de algún lobo, pues algunos ejemplares llegaban a atravesar las Rocosas buscando ampliar sus territorios de caza, pero ese día la noche era fría y oscura y el silencio más espeso que otras veces.

Un movimiento en una ventana de la casa llamó mi atención. Cuando alcé la mirada la vi a ella, vestida con un pijama de dibujos animados, su silueta recortada contra la penumbra. Fiona. Incluso a esa distancia pude distinguir que me miraba fijamente, con esa expresión de concentración en sus ojos que ya empezaba a conocerle. ¿Qué estaría pensando? ¿Cuánto tiempo llevaba observándome? Chip me había informado de su llegada horas antes, pero todavía no habíamos hablado y, para ser sinceros, yo temía ese momento. Ya me había dejado claro que preferiría estar viviendo en una cloaca que aquí en Trenton, haciéndome fotos como a uno de los malditos modelos ortonóxicos de *Madame*.

Estaba a punto de darme la vuelta cuando ella levantó la mano, en una especie de gesto de saludo. Me pareció, aunque no hubiera podido jurarlo, que su mirada se había ablandado un poco y me miraba con curiosidad, como quien tiene delante un acertijo muy complicado.

Entonces lo comprendí. El baile de *Fossey*. Lo había visto todo.

Sonreí un poco mientras acariciaba el cuello de la yegua. Si lo hubiera planeado para impresionarla seguro que hubiera fracasado estrepitosamente pero al haberme visto ella sin yo sospecharlo, había despertado su curiosidad. O su instinto periodístico. Algo.

Le devolví el saludo y ella sonrió también, un gesto muy distinto a la mueca de desprecio que me había dedicado días atrás.

Y allí, en aquel patio oscuro, separados por el cristal de la ventana manchada de vaho, Fiona y yo firmamos un pacto de paz, una especie de tregua muda.

Aquella noche, entre nosotros surgió de la nada un puente minúsculo y frágil; tembloroso, de cimientos poco fiables, pero un puente al fin y al cabo.

Y todo el mundo sabe que los puentes están para cruzarlos.

COSQUILLAS EN LOS DEDOS

Fiona

Dormía acurrucada en mi cama y las ratas me roían los dedos de los pies.

Siempre había ratas en el Tenderloin. También cucarachas, por supuesto, que subían y bajaban por las paredes con un *clic clic* de patitas insoportable; pero las ratas eran lo peor. Las ratas de ciudad son realmente aterradoras, nada que ver con Ratatouille que es suave y adorable y tiene cara de simpático. Las ratas del Tenderloin eran enormes y pálidas, con ojos enrojecidos y dientes afilados. Podías verlas en las calles por la noche, deslizándose entre los contenedores repletos, correteando por las cunetas rumbo a sus alcantarillas. Lo peor era cuando se colaban dentro de casa. Había algo en la cocina que parecía encantarles porque venían como si tuviéramos al flautista de Hammelin encerrado en la nevera. Miranda y yo bromeábamos- si es que se puede bromear con algo así- diciendo que serían ratas alcohólicas que acudían al olor de las botellas abiertas de mi madre. Una vez ella le tiró un vaso vacío a una rata enorme que sorprendimos tratando de colarse en el salón y el animal se escabulló hacia las profundidades del sótano con dos aristas de cristal clavadas en el lomo, como un puercoespín reluciente.

Me removí entre sueños, presa de una sensación de desagrado y a la vez reacia a despertarme del todo. ¿Se habrían atrevido las ratas a entrar en mi cuarto? Me envolví en el capullo que formaba mi colcha, que parecía menos áspera que de costumbre, y traté de evadirme de la realidad. Ahora tendría que levantarme y despertar a mi madre, que seguramente estaría durmiendo la mona en el sofá, y luego pelearme con la casera por los dólares que tampoco podríamos pagarle ese mes. Sentí un fuerte tirón en el dedo gordo y lancé una patada al aire. La rata se rió entre dientes. Eso acabó por sacarme de mi sopor y me incorporé en la cama, frotándome los ojos. La realidad comenzó de nuevo a tomar forma: hacía años que ya no vivíamos en el Tenderloin y yo estaba en Trenton, Montana; en el rancho de los Swanson. Y Blake me

tironeaba de los dedos de los pies mientras se reía como un demente.

—¿Qué demonios haces? —le espeté mientras ponía mis extremidades fuera de su alcance y me sentaba en la cama.

—Despertarte. Que sepas que roncas como un bulldog. Y tu gusto en esmaltes de uñas es horrible. En serio... ¿amarillo limón?

—Soy miope. Es el único que puedo aplicar sin salirme por los bordes.

—También eres todo dulzura.

Nos miramos el uno al otro durante un rato muy largo, por encima de mis uñas fluorescentes. Todo estaba ahí, flotando entre los dos: nuestro tórrido encuentro, su engaño, mi furia, la tregua silenciosa que habíamos firmado durante nuestro cruce de miradas la noche anterior. También había algo más, algo que solo yo sabía: que estaba allí para desenmascarar a los Swanson, para exponer los turbios secretos que, según Miranda, se escondían tras las paredes del rancho.

De pronto, no fui capaz de seguir sosteniéndole la mirada.

—Gracias por venir, pero no hacía falta. Tengo uno de esos artilugios tan útiles. Ya sabes, un despertador —dije con sorna mientras salía de la cama y buscaba mis zapatillas. Él seguía sonriendo de esa forma torcida, recorriendo con la mirada mi pijama con dibujitos de Minnie Mouse. La verdad es que tenía una sonrisa tremendamente sexi y por un momento me sentí cohibida. ¿Por qué no me había puesto uno de esos camisones satinados y sensuales a los que Miranda es tan aficionada? Como hago siempre que me siento abrumada, recurrí a la rudeza como arma.

—¿Qué haces ahí parado? ¿Querías algo? Porque si no es así... —señalé la puerta con un ademán del brazo.

Él no respondió; se limitó a afilar esa sonrisa suya de canalla y a encogerse de hombros como diciendo *“estoy aquí porque se me ha ocurrido, simplemente porque me apetece”*; como un niño que de repente decide apartarse de su camino para saltar en un charco, sin ningún motivo especial.

Sentí que me flaqueaban un poco las rodillas. La verdad es que estaba tremendo, ahí parado, con un brazo apoyado en el quicio de la puerta y esos ojos que parecían glaciares mirándome con diversión. Mi mente, que a veces es de lo más inoportuna, decidió jugármela en ese momento y comenzó a emitir flashes de todo lo que habíamos hecho en su casa la noche que nos conocimos. Llevaba unos simples vaqueros azules y una camiseta verde hoja que se ceñía del modo más apropiado a sus músculos, esos que yo había creído que se trabajaba a base de gimnasio pero que estaba empezando a sospechar que se debían al trabajo en el rancho. Daban ganas de darle un mordisco.

—Bueno —dije cuando ya me fue imposible seguir mirándolo sin ponerme a parpadear como una loca—. Ya que estás aquí podemos empezar a preparar nuestro plan de acción. Cuánto antes empecemos, mejor.

—¿Qué plan de acción? —preguntó distraído. Seguía repasando los dibujitos de mi pijama.

—Para el reportaje, por supuesto —dije cruzándome de brazos—. Tracy ha insistido en que debe ser amplio; va a ocupar las páginas centrales de la revista. Tendremos que hacer muchas fotografías y, por supuesto, una entrevista. Quiero abordarlo desde distintos puntos de vista: tu trabajo en el rancho, tu paso por la universidad de Bozeman, el modo en que combinas tu faceta de empresario con la de ranchero... Ayer te vi con el caballo en el patio —admití sintiendo como se me subían los colores—. Y Lori me contó que quieres dedicarte a entrenar caballos con tu amigo Lewis.

—¿Ah sí? Veo que te has enterado de muchas cosas en solo una noche —dijo él. De repente parecía un poco alicaído—. Está bien, podemos comenzar con la operación “devolvamos su reputación a Blake Swanson”. Te espero abajo, en el patio —añadió antes de salir.

Observé como cerraba la puerta tras de sí. Ahí estaba de nuevo, el hombre misterioso que podía pasar de mostrarse afable a esquivo e cuestión de segundos. “¿Quién eres, Blake Swanson?”, me pregunté por enésima vez.

Estaba dispuesta a descubrirlo, aunque me quemase por el camino.

Salí al exterior después de pasar por la cocina, que parecía desangelada sin

la presencia de Lori, para servirme una taza de café. Casi nunca desayunaba y las lascas de tocino que todavía humeaban en una sartén recién apagada tampoco me llamaban demasiado la atención.

Si ya el paisaje me había resultado extraordinario al atardecer; en ese momento, bañado por el sol pálido de la mañana, me pareció increíble. La luz, sobre todo, era espectacular, casi sólida, y hacía que todo adquiriese un prisma diferente: la hierba -quién iba a imaginar que existían tantos matices de verde-, la casa elevándose al fondo como un vigía y, mucho más arriba, las montañas: esas gigantes que dan nombre al estado de Montana y lo dominaban todo de un modo tranquilizador, como pilares firmes.

Por un momento me sentí poseída por el espíritu de Heidi y me entraron ganas de ponerme a dar brincos y cantar alabanzas del aire puro y la vida rural. En lugar de eso, saqué la cámara e hice unas primeras instantáneas: una hilera de pájaros posados sobre la verja, las hojas duras y afiladas de un cedro, la espectacular entrada del rancho, con la verja que ostentaba el logotipo de los Swanson brillando como un escudo nobiliario. No sé cuánto tiempo estuve captando esos retazos, disparando sin cesar, hasta que escuche pasos detrás de mí.

—Veo que no pierdes el tiempo.

Era Lewis. Sonreía con amabilidad y los hoyuelos de sus mejillas se notaban tanto que daban ganas de hurgar con el dedo en ellos, como si su rostro fuese de plastilina. Llevaba botas de trabajo, una camisa tosca y su pelo rubio brillaba al sol. Parecía la imagen arquetípica de un cowboy de novela: noble, afable y atractivo.

—Eso intento. Y tú, ¿qué haces aquí tan temprano? —pregunté.

—Ayudo a Chip unas horas al día —dijo mirándose las manos—. En esta época hay bastante que hacer, ya sabes, distribuir el grano en los establos y cosas así. Además, tras las nevadas invernales siempre hay cosas que reparar.

Se pasó la mano por la nuca con timidez. Era encantador y se notaba que no tenía dobleces; era transparente, una de esas personas cuya presencia parece templarte por dentro. De algún modo, su personalidad contrastaba con la de

Blake, tan llena de aristas. Me pareció curioso que Lewis tuviera que ayudar a Chip en el rancho para ganarse unos dólares; al saber que era amigo de Blake me había imaginado que era otro heredero como él, hijo de algún ranchero acomodado. Estaba claro que me había equivocado.

—Solo estoy haciendo un par de fotos —expliqué—. Se supone que debo hacérselas a Blake. Para el reportaje, ya sabes. Pero no lo encuentro por ningún sitio.

—Ya te dije que no era muy amigo de esas cosas —sonrió Lewis—. Seguramente está en los establos. Sígueme.

Caminamos bordeando el prado, hacia los establos pintados de rojo. Escuché a los caballos antes de poder verlos: relinchos y resoplidos que me recordaron a las viejas películas del Oeste. Cuando por fin los tuve delante di un paso atrás, abrumada. No estaba acostumbrada a tratar con animales y aquellos eran más grandes e intimidaban más de lo que había esperado. Los había de todos los colores: bayos, negros, alazanes... Todos tenían las crines largas y revueltas y movían sus poderosos cuellos arriba y abajo, hociqueando en el heno. Sus patas me parecieron vigas firmes, rematadas por cascos que se movían sin cesar. Daban la impresión de estar muy sanos y bien cuidados.

—Tranquila, son inofensivos —dijo Lewis acariciando el cuello moteado del que tenía más cerca.

—He oído que Blake y tú os habéis asociado para entrenarlos —comenté. A él se le iluminaron los ojos.

—Nos gustaría, con el tiempo, abrir un centro de entrenamiento. Jamás digas doma, a Blake no le gusta esa palabra —explicó con aire confidencial—. Él tiene muchos contactos pero aún así es difícil entrar en este mundillo. Queremos empezar a darnos a conocer. La próxima primavera Blake participará en los rodeos que se celebrarán tras la fiesta de la cosecha. Bailará con su yegua, *Fossey*. Quizá, si conseguimos llamar la atención de los jueces...

—¿Bailará? —interrumpí con extrañeza. Recordé lo que había visto en el patio la noche anterior. En efecto, Blake y su caballo bailaban.

—Es una disciplina dentro de los rodeos. No tan popular como las carreras o como el laceo de becerros, pero tiene su público —explicó Lewis—. Se trata de una actuación casi circense: el caballo baila al ritmo de la música guiado por el jinete, ante el público. Casi siempre canciones country, pero Blake ha pensado algo más especial. Ya lo verás.

“Ya lo he visto”, pensé. Me sentía como si la noche anterior hubiera tenido una butaca privilegiada en un teatro, asistiendo al estreno de un espectáculo mágico y extraño.

—Mira ahí está Blake —señaló Lewis.

Seguí la dirección de su dedo y lo vi. Estaba en el fondo del establo, tumbado boca arriba en el suelo entre las patas de un caballo, observando algo en su vientre.

Y no estaba solo.

Había una chica con él, una chica vestida con un largo vestido azul y una especie de bonete sobre la cabeza que apenas contenía su cascada de rizos rubios. Era guapísima, con un rostro de porcelana digno de un cuadro de Vermeer. Sentí un involuntario aguijonazo de celos y me enfadé conmigo misma. ¿Cómo era posible?

Noté como Lewis se tensaba a mi lado. Ambos observamos como ella levantaba una mano y trazaba una línea imaginaria sobre el vientre del caballo, palpando con los dedos.

—¿Lo ves? Aquí, cerca del hígado —dijo con voz cantarina—. Parece que hay una ligera inflamación. Quizá deberías llamar al veterinario.

Blake imitó los movimientos de la chica sobre el abdomen del caballo. Vi como una sombra de preocupación cruzaba su rostro, oscureciéndolo. Después se puso en pie, con esos movimientos tan suyos, ágiles y felinos, y le tendió una mano a ella para que hiciese lo mismo. A mi lado, Lewis cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra y ellos advirtieron nuestra presencia.

—Aquí estás, con cámara y todo —me dijo sonriendo—. Tu celo laboral es

encomiable. Gracias por todo, Becca —añadió dirigiéndose a la chica.

Ella asintió de forma imperceptible y se alejó, pasando por mi lado sin mirarnos. Automáticamente, Lewis comenzó a caminar tras ella, como atraído por una cuerda invisible. Miré a Blake alzando una ceja pero él se limitó a menear la cabeza, con la mirada fija en mis labios. Su mano salió disparada como un resorte y frotó el lunar de mi barbilla, con el mismo gesto que había hecho cuando nos conocimos, como si quisiera borrar un rastro. Era un toque cariñoso e imprevisto y era... suyo. Su mano estaba suave y caliente y yo no me aparté. Creo que el contacto nos sorprendió a los dos. La pesada piedra que se había instalado en mi estómago al verlo con la preciosa chica rubia se hizo añicos, como triturada por una excavadora.

—¿Es amiga tuya? —pregunté, tratando de que mi voz sonara indiferente.

—Más bien conocida. Vive en una comunidad al otro lado del río. Su familia tiene una lechería y ella tiene muy buena mano con los animales.

“Comunidad” La palabra hizo resonar algo en mi cabeza. La actitud esquiva de la joven, su pelo cubierto, su largo vestido pasado de moda...

—Espera... ¿Hay *amish* aquí en Montana?

—Becca es menonita. —Blake sonrió—. Similares a los *amish*, pero no iguales. Son una comunidad cerrada, pero se resisten menos al mundo moderno.

Volví a fijar la mirada en la chica, que se perfilaba en la lejanía, casi en el límite de los terrenos del rancho. Con su largo vestido azul parecía fuera de lugar y a la vez encajaba de un modo extraño en el frío paisaje invernal. Lewis se había acercado un poco a ella y ambos mantenían una especie de tenso y extraño contacto ocular. Intuí que había algo ahí, una historia entre ellos. El vaquero amable y la joven aislada del mundo. Parecía la semilla para el argumento de una novela romántica. Verlos allí, en el prado, conformaba una imagen peculiar y extrañamente hermosa: los dos desdibujados entre las nieblas de la mañana, diminutos en la distancia, como un salero y un pimentero sobre un mantel blanco. Sin pensarlo, saqué mi cámara y saqué un par de fotografías.

—Es lo tuyo, ¿verdad? —comentó Blake divertido—. Hacer fotos, digo. Se nota que te apasiona.

Me encogí de hombros, un poco nerviosa ante su intensa mirada.

—Preferiría hacértelas a ti —dije— Ya sabes, para el reportaje.

—Soy todo tuyo —dijo acercándose. Su sonrisa de canalla, esa que ya empezaba a conocer bien, y el modo en que alzó una ceja con un gesto travieso no contribuyeron a disipar el nudo de nervios en mi estómago. Alcé la cámara entre nosotros, como un escudo protector, y comencé a disparar. *Una, dos tres*. Blake cambió de postura, en amagos de poses poco naturales que le restaban encanto. Cabeza ladeada, mano en la barbilla, rodilla flexionada y pie sobre una piedra... No. Aquello no estaba bien. Me detuve.

—Te falta el cigarro en la boca para ser un clon del chico Marlboro —le espeté sin piedad. Él se puso un poco colorado.

—¿Qué quieres? Soy poco fotogénico.

Era cierto. Blake no se relajaba ante la cámara, la miraba de reojo, con desconfianza, como si temiese que de repente una mano implacable fuese a surgir del visor para arrancarle todos sus secretos.

—Quizá deberíamos hacer algunas dentro del establo, con los caballos. ¿Ese es el tuyo? —dije señalando a la yegua parda de aspecto majestuoso que había estado examinando con Becca.

—Se llama *Fossey* —puntualizó él como si ese dato fuera importante.

—Pues ve con *Fossey*, Blake. Hacéis una pareja estupenda.

Asintió sin mucho convencimiento. Le saqué un par de fotos más con la yegua, pero él seguía sin relajarse. Parecía tan tenso, tan poco él mismo, que acabó por sacarme de quicio. Retiré la cámara con un bufido de frustración.

—Quizá si me cuentas algo puedas dejar de pensar en que estas posando —razoné—. Háblame del baile de los caballos. Lewis me ha dicho que vais a participar en los rodeos.

Me miró enarcando las cejas. Él también estaba frustrado.

—No voy a salir mejor por mucho que lo intentes, Fiona. Y puedes buscar en Google en qué consiste esa disciplina, si quieres incluirlo en el reportaje.

¿De verdad acababa de decirme eso? Lo miré con los brazos en jarras, sintiendo como oleadas de ira sorda, esa fiel compañera mía, se agolpaban en mi paladar como una cucharada de jarabe amargo.

—¿Esas tenemos, Blake Swanson? ¿De verdad no piensas colaborar después de todo el lío en el que me has metido?

Un rayo de tristeza cruzó sus ojos, pero no se amilanó.

—He colaborado, Fiona Archer —dijo—. Acabo de posar para ti. No tengo la culpa de no cumplir con tus mínimos de calidad fotográfica.

Era inútil. ¿Cómo podía pasar de ser encantador a exasperante en cuestión de minutos?

—Está bien. Si sales en la revista como un gilipollas sin cerebro, será solo culpa tuya. Quizá eso es lo que necesites, para que se te bajen los humos —espeté antes de echar a andar hacia la casa.

“Qué te den, Blake Swanson”.

YO NO ERA SUFICIENTE

Blake

Observé a Fiona mientras se alejaba airada, con ese paso firme y ruidoso que parecía impropio de alguien tan menudo como ella. No pude evitar una media sonrisa: era como un pequeño huracán furioso, aplastando ramitas a su paso, con el bolso de la cámara balanceándose contra su cadera. Colérica y segura de sí misma.

Y también tremendamente sexi.

Tuve que contenerme para no correr tras ella y devorarle esa boca de piñón que tenía, siempre curvada en una expresión de terquedad y determinación. Ya aquel primer día en Trenton lo noté: la química que habíamos sentido durante nuestro encuentro en *Petty's*, mi hambre de ella, no habían sido flor de un día; seguían ahí, palpables y dolorosas, sobre todo en cierta parte de mi anatomía. Era curioso que ella estuviese aquí con el encargo de desgranarme y pulirme para presentarme ante los lectores de *Madame* como un producto atractivo y deseable. Era curioso sí, porque yo estaba deseando comérmela a ella, pero en otro sentido.

Se había enfadado ante mi falta de colaboración. Quizá hubiera podido posar para ella como el vaquero seguro de sí mismo que mi madre quería presentar a sus lectoras, pero no me vi capaz. No ante Fiona, que parecía ser capaz de leer en mí a niveles más profundos. Y si en algún momento iba a abrirme ante ella, no quería que el reportaje de *Madame* fuese la excusa.

Con algo de esfuerzo retiré la mirada de ella y marqué el número de Brent Jefferson, el veterinario. Él no estaba, de modo que dejé recado en su oficina tratando de ser lo más preciso posible a la hora de describir los síntomas de *Fossey*. La posibilidad de que hubiera por ahí alguna especie de virus que afectase por igual al ganado vacuno y al caballar me aterrorizaba.

Esa misma mañana, antes de colarme en la habitación de Fiona, había ido con Chip a ver a las vacas. Quería comprobar por mí mismo si era cierto que el brote estaba controlado. Por lo visto, era cierto. Todo parecía normal en las enormes cuadras, con los majestuosos ejemplares de Hereford y Black Angus rumiando el grano tranquilamente. Todos parecían normales, desde los sementales, hasta las vacas de cría, pasando por los terneros que en pocos meses partirían en un camión rumbo a la cooperativa de mataderos. Incluso sus miradas parecían limpias, sin ese velo que aparece a veces cuando un animal enferma. Carl estaba allí, dando órdenes al capataz, y me recibió con su habitual sorna.

—Así que el hijo pródigo ha vuelto. ¿Jugando de nuevo a los vaqueros, Blake? —dijo mientras me daba una palmada y bajaba el tono de voz para que los trabajadores no lo oyesen. La imagen ante todo, por supuesto.

—Chip me ha dicho que ha habido otro brote y que ha afectado a algunos caballos también

—Todo está controlado. Los animales enfermos han sido sacrificados y retirados y al resto los han examinado y están perfectamente. Puedes volverte a casa a hacer cabriolas sobre tu caballo...o a posar para esa periodista de tu madre. Ya me he enterado de su llegada.

Me encogí de hombros. Evitaba responder a los ataques de Carl porque eso todavía lo enardecía más. No podía superar que, no siendo hijo biológico de Caesar, yo tuviera a mi nombre el cincuenta por ciento del negocio. Tampoco toleraba a Tracy ni sus aires de mujer de negocios moderna. Estar cerca de nosotros parecía sacarle de quicio de un modo extraño, solo le faltaba espumear como un toro furioso.

De modo que me limité a despedirme con fingida despreocupación guiñándole un ojo —algo que le sacaba de quicio- y regresé a casa.

Eso había sucedido al alba, horas antes de colarme en la habitación de Fiona para hacerle cosquillas en los pies, horas antes de esas fotografías que estaba seguro- resultarían un fiasco. Me acerqué de nuevo a *Fossey* y le palmeé el cuello. Ella bufó, quizá un bufido más ronco y cansado que de costumbre.

—¿Qué? ¿Murmurando palabras dulces al oído de tu amada? —dijo una voz gangosa a mis espaldas.

Por lo visto me tocaba lidiar con padre e hijo en la misma mañana. Maldita mi suerte. Foster, alias mi primo el gilipollas, ese que tenía la habilidad de sacarme de quicio y de caminar sigiloso como un coyote, estaba de pie en la entrada del establo, mascando una brizna de hierba con cara de aburrimento, sin acercarse demasiado no fuera que se le pegase el olor de los caballos. Lo irónico es que Foster estudió veterinaria por imposición de su padre, que creyó que sería útil contar con alguien especializado en el rancho. A pesar de ello, a Foster jamás le han gustado los animales, los consideraba meros trozos de carne. En esa época trabajaba en *VetLabs*, unos laboratorios veterinarios de investigación farmacológica; algo que le iba con anillo al dedo porque no tenía que tratar con bichos. Una suerte para estos últimos.

—Exacto *Fester*, y nos has interrumpido en el momento más romántico, así que deja de molestar —dije fingiendo que lanzaba un beso en dirección a *Fossey*. El rostro de mi primo se contrajo en una mueca de disgusto al oírme utilizar el mote que tanto odiaba. Foster detestaba el que para él era uno de sus mayores defectos físicos: su calvicie prematura, que siempre trataba de disimular con relucientes sombreros *Stenton*. Ya de adolescente le raleaban las sienes y por ello sus compañeros de clase le pusieron el mote de *Fester*, un juego de palabras entre su nombre y el del tío bobalicón y calvo de la familia *Addams*.

Después de bufar un rato mi primo se apresuró a cambiar de tema

—¿Quién es la zanahoria que andaba antes con Lewis? Tiene un buen culo.

El idiota había visto ya a Fiona. Ahora fui yo el que bufé. Fiona tenía un culo espectacular, era cierto, pero oírsele decir a él me ponía....nervioso, como una nota discordante en una canción.

—Deja de babear, *Fester*, que manchas el suelo. Es una periodista de *Madame*.

Eso le calló la boca. Compuso una mueca de desagrado.

—¿Ahora juegas a ser Brad Pitt? Todo gracias a la influencia de mamá.

—¿Tienes envidia, Fester? ¿Te gustaría salir en portada a ti también poniendo morritos?

—Primero Caesar, acogiéndote bajo su ala a pesar de que no sirves para nada. Ahora tu madre dándote cancha... ¿Cuándo vas a crecer, Blake? ¿Sigues mojando la cama cada vez que ves una paloma?

—Cállate. —La alusión a mis pesadillas me había tomado por sorpresa y él lo advirtió. No desaproveché la ocasión.

—“¡No, papá, por favor! ¡Los pichones no!” —me imitó con voz de falsete.—. Te he oído por las noches. Llorando como una niña.

Avancé hacia él con los puños apretados. Foster levantó ambas manos con gesto de burla.

—Déjalo Blake. No saldrás nada guapo en las fotos de tu amiga si te pongo un ojo morado —escupió con sorna antes de alejarse con expresión de suficiencia.

Lo dejé marchar y en lugar de estrellar mi puño contra su cara lo estrellé contra la puerta del establo, haciéndome daño. Perfecto, ahora tendría unos nudillos como pelotas de tenis. Maldito gilipollas. Sabía cómo buscar mis puntos débiles y su mención a mis pesadillas, a las palomas, había sido un golpe de lo más bajo. Respiré profundamente, sujetándome el puño dolorido. Sobre mi cabeza, una bandada de mirlos trazaba círculos en el cielo y tuve que parpadear varias veces, porque las palabras de mi primo me hacían confundirlos con palomas blanquecinas, palomas a punto de morir.

Nieve, sangre, muerte. Las pesadillas llevaban años atormentándome, desde la muerte de Caesar. Me senté en el suelo del establo, sobre el heno sucio, y *Fossey* resopló suavemente en mi nuca. Cerré los ojos.

Caesar era mi héroe. Lo fue desde el primer día que lo conocí, con su amplia sonrisa bajo su sombrero de ala ancha, sus ojos amables y sus manos ásperas que parecían las de un gigante bonachón. Tracy me lo presentó cuando

tenía cinco años y ella llevaba casi uno saliendo con él. Recuerdo el día. Mi madre estaba nerviosa, sus instintos arácnidos activados al máximo, atenta a cualquier señal de desagrado o falta de química. Para ella era muy importante que su hijo, que era el centro de su mundo, y el hombre del que estaba enamorada se llevaran bien.

Por fortuna para todos, la química fue instantánea. Yo le adoraba y él me quería como si fuese su hijo. Hasta mi adolescencia, nuestra relación estuvo plagada de momentos únicos, de esos que conforman los buenos recuerdos: mi primera vez montando en bici, mi primera cabalgata por el campo, la primera vez que me afeité. Recuerdos en los que siempre está él: orgulloso y sonriente como un padre de verdad. Uno de los buenos.

Hay un día que jamás olvidaré. Yo tenía unos siete años y me desperté con la noticia de que mi madre se había puesto enferma. La habían llevado a Great Falls, al hospital, y permaneció allí durante dos noches, antes de regresar pálida y desanimada para recluirse en su habitación. Nunca la había visto así: aquel torbellino de actividad consumido y apagado como una sombra. Recuerdo que me asusté mucho. Lori me sorprendió intentando colarme en su habitación y me apartó suavemente.

—¿Se va a morir? —pregunté.

—Por supuesto que no. Qué tontería. Solo está un poco malita. Le duele aquí —añadió señalándose el vientre.

—Como cuando has comido demasiado.

—Exacto.

Esa misma tarde traté de colarme de nuevo en su cuarto para llevarle una infusión que sabía que era buena para el empacho y la sorprendí hablando con Caesar. Me detuve a escuchar.

—Estaba convencida de que esta vez saldría bien —dijo mi madre.

Espié por la rendija de la puerta. Él le acariciaba la cabeza con ternura.

—Tranquila. No debes pensar en eso ahora.

—Lo han dejado muy claro. —La voz de mi madre era lacrimógena—. No podemos volver a intentarlo, Caesar. Sé lo mucho que deseabas tener un hijo propio...

—Bueno, tenemos a Blake. —La sonrisa de él era un poco triste—.Sabes que le quiero como si fuera mi propio hijo.

—Lo sé.

—Y algún día será un gran ranchero. Un digno heredero de los Swanson.

Vi un brillo de duda en los ojos de mi madre.

—¿Tú crees? A veces pienso que es demasiado sensible para todo esto. Las vacas, los mataderos...

Caesar no respondió. Desde mi escondite contuve el aliento y abrí un poco más la rendija para verles mejor. Vi como la mirada de mi padre se oscurecía, como mostraba sin palabras su completo acuerdo con las palabras de Tracy. En ese momento me di cuenta: él lo sabía. Mis esfuerzos por ocultarlo no habían servido de nada. Pensé en todas las veces que había tratado de disimular mi tristeza cuando un ternero nacía muerto, las ocasiones en las que había cerrado los ojos y hecho de tripas corazón cuando me pedían que sujetase a un novillo para separarlo de su madre, horrorizado ante los bramidos de dolor y espanto del animal. Todas las veces que el olor chamuscado de la carne bajo el hierro de marcar me había revuelto las tripas y llevado al borde de las náuseas.

Me había esforzado por ocultar todo eso porque sabía que Caesar quería que fuese como él, un ranchero de los pies a la cabeza. Y había fracasado.

Y fue allí, escondido tras la puerta, la primera vez que noté que quizá, después de todo, para Caesar yo no era suficiente.

Nunca lo sería.

SUS HUELLAS

Fiona

Las fotografías eran un completo desastre.

Las volqué en mi ordenador desde la cámara y las observé una y otra vez, tratando de escoger alguna que se salvase. Nada. Había algo que fallaba, aunque no estaba muy segura de qué era, porque la luz y el ángulo eran los correctos y el modelo, por supuesto, no podría ser más atractivo ni aún habiéndolo seleccionado en un casting.

Pero faltaba vida, faltaba chispa. Parecía una puesta en escena, un montaje desganado. Incluso la yegua parecía estar posando de mala gana, con las orejas gachas y la mirada esquiva. Si Tracy quería que el reportaje mostrase el espíritu del Viejo Oeste, estaba muy lejos de conseguirlo con aquellas fotografías.

Quizá podría arreglarlo con los textos. Abrí el procesador y me puse a redactar.

“Montana, el hogar de nuestro protagonista, es un paraíso de contrastes. Desde el río Misuri hasta los acantilados White, estas tierras salvajes han visto nacer y crecer a Blake Swanson, el heredero de una de las familias rancheras más conocidas de la región...”

No. No servía.

Probé con otro enfoque.

“El día empieza muy temprano en Trenton, entre el canto de los pájaros y el relincho lejano de los caballos. Blake Swanson, con el celo y la eficiencia que lo caracterizan, se apresura a comenzar su día de trabajo...”

Tampoco. Era horrible.

Mi teléfono vibró con un mensaje de texto de Miranda.

“¿Cómo vas, Mata Hari, has descubierto ya algo escandaloso?”

Le respondí rápidamente.

“Todavía no. He hecho unas cuantas fotos de Blake pero son un desastre”

Su respuesta no se hizo esperar:

“Pues pásales un filtro y sírvelas a Tracy en bandeja. No pierdas el tiempo en minucias. Recuerda para qué estás ahí”

No contesté y a los pocos segundos el teléfono vibró de nuevo.

“Demuéstrales quien eres, Fiona. Usa tu ira”.

Me mordí el labio. La ira era el motor que me mantenía a flote y me hacía funcionar en el mundo y mi ira contra ellos (Blake tras su engaño, Tracy tras su chantaje) había sido inmensa, colosal y abrumadora. Sobre todo contra Blake, porque durante las horas que pasamos juntos en su apartamento me permití bajar la guardia y eso no era algo que yo hiciese habitualmente.

Releí el mensaje de mi amiga y busqué la ira en mi interior, tratando de alimentarme de su llama.

No la encontré.

La culpa, por supuesto, era de Blake. Me había empeñado en leer en su interior, aunque fuera a través de un reportaje azucarado. Blake era... diferente. Era guapo sí, de esos guapos que hacen que te tiemblen las pestañas al mirarlo. También tenía magnetismo y un extraño sentido del humor. Se le daban bien los caballos. Pero había algo más, algo que me fascinaba. Era adictivo. Entonces todavía no lo sabía, pero a pesar de lo mucho que me sacaba de mis casillas Blake Swanson había empezado a meterse bajo mi piel.

¿Eran los presuntos escándalos de los Swanson o los secretos de Blake Swanson lo que yo esperaba descubrir durante esa semana?

Aún no lo sabía.

Apagué el ordenador. No iba a conseguir nada allí encerrada. Si quería conseguir algo útil, más me valía salir a olfatear.

Decidí explorar el rancho. Las casa siempre cuentan la historia de sus habitantes y esta no era una excepción: las cabezas de animales disecados me hablaban de hombres rudos y curtidos, indiferentes a la sangre. Caesar y Carl. Los muebles refinados, de alta calidad, me recordaban a Tracy. También me pareció ver el toque de Lori en los cojines de ganchillo cosidos a mano, en los cuencos de fruta sobre las mesas. ¿Y Blake? ¿Dónde estaba su huella en aquella casa?

Caminé hasta su habitación y abrí la puerta con cuidado. “Bingo”, pensé. Esa no era en modo alguno una habitación fría y aséptica como la de su apartamento en San Francisco. Allí estaba su huella: una cama estrecha con una colcha azul desgastada, estanterías llenas de libros (reconocí a Jack London, a Willa Cather y sonreí al fijarme en un raído ejemplar de “Hojas de hierba” de Walt Whitman) y de un montón de objetos diversos que parecían estar todos relacionados con el mundo animal: plumas de cuervo, caballos en madera tallada, fragmentos de hueso y hasta la garra de un lince.

Esa habitación sencilla parecía contener fragmentos del alma de Blake, y me sentí conmovida. Avancé hacia la ventana: no tenía cortinas y daba a los campos de maíz de la parte de atrás, en ese momento áridos y desnudos tras los fríos invernales. Allí, un poco alejada de los surcos, vi una construcción grande y extraña, una especie de cúpula recubierta por una rejilla metálica. Estaba vacía y en su interior el suelo estaba recubierto de tierra seca y comederos vacíos. Era una estructura triste y desolada, de aspecto fantasmagórico en mitad de los campos de labor. Una aparición inesperada.

Era una pajarera vacía.

Recordé la jaula vacía tatuada en el pecho de Blake. Había algo allí; un enigma más.

Alguien se movió tras el enrejado metálico y me asomé para ver mejor. Una persona caminaba sin rumbo a través de los campos, un hombre delgado y

pálido que me resultó extrañamente familiar. Debió percibir el movimiento en la ventana porque se detuvo y alzó la cabeza con un movimiento brusco; su mirada fría me traspasó. Lo reconocí: era Foster, el primo de Blake.

Durante unos instantes nos miramos a través de los barrotes de la pajarera y después él me dedicó una sonrisa burlona y se llevó la mano al sombrero, a modo de saludo. No respondí. Aquel tío me daba muy mala espina.

Un carraspeo a mis espaldas, en la puerta de la habitación, me sobresaltó. Me giré y allí estaba Lori mirándome con expresión ceñuda. Sentí que los colores se me subían a la cara. Definitivamente la habitación de Blake era un lugar en el que yo no debería estar.

—Lo siento...yo... estaba... —titubeé sin encontrar las palabras.

Su ceño se acentuó.

—Buscaba a Blake —dije al fin, agarrándome a la primera excusa que se me ocurrió.

—Bueno, pues es evidente que no está aquí —respondió con sorna.

—Ya... Yo... Lo siento —dije al fin. Me dispuse a salir de la habitación con la cabeza gacha pero ella me detuvo con un gesto.

—Ven a la cocina. Tomaremos un té —me ordenó. Su gesto era tan imperioso que ni se me pasó por la cabeza negarme.

Esta vez la cocina olía a canela y a algún tipo de especia picante que no supe reconocer. Nos sentamos ante la mesa con dos tazas humeantes y yo intenté de nuevo una disculpa.

—Lo siento. No debería haber figoneado por ahí.

—Supongo que es tu trabajo... —Ella me miró seria, pero atisbé una chispa de simpatía en sus ojos como cristales transparentes.

—Tú no crees que este reportaje sobre Blake es una buena idea, ¿verdad?
—Había lanzado la pregunta como un dardo al vacío y, por su expresión, noté

que había dado en el clavo.

—Yo no soy quien para opinar sobre eso. Tracy es su madre al fin y al cabo —dijo muy comedida.

—Blake y yo... —empecé, pero algo se me atragantó en la garganta y no fui capaz de continuar la frase. Además, ¿qué se suponía que debía decir? Lori me miró con unos ojos que no mostraban sorpresa y asintió levemente. No tenía que decir nada más, me había comprendido.

—Blake es de los buenos. De los mejores —dijo tomando un sorbo de su taza.

—Aquí parece distinto del Blake Swanson que conocí en San Francisco —comenté, más para mí que para ella—. Parece como más... real.

—Aquí está todo lo que le importa —asintió Lori pensativa—. Sus amigos, sus sueños... Su hogar. Todo está aquí.

La palabra “amigos” me hizo pensar de nuevo en Lewis y Becca, quizá porque los ojos azules y el cabello rubio de Lori me recordaban mucho a los de la muchacha. Me lancé.

—¿Hay algo entre Lewis Trotter y esa chica menonita? —pregunté a bocajarro—. Antes, cuando los vi juntos, me pareció notar algo entre ellos, como si el aire vibrase de un modo distinto.

Lori sonrió un poco, como si no pudiera creerse que fuese tan cotilla.

—Tienes verdadero olfato para encontrar historias, ¿eh?

Me encogí de hombros, sonriendo también. Ella dudó un poco pero finalmente se decidió a hablar.

—Es cierto. Becca fue el primer gran amor de Lewis. Ya sabes que ella es menonita, su gente vive al otro lado del río y gestionan una quesería. Apenas se relacionan con nadie “del exterior”, pero Becca... —Sonrió un poco—. Becca es distinta. Su madre murió cuando ella era un bebé y su padre no tenía mucho tiempo para ella, así que solía correr en libertad por los campos de por

aquí. De un modo u otro, siempre acababa en el jardín de los Trotter, admirando los parterres de la madre de Lewis como si fueran la octava maravilla.

Sonreí, imaginándome a una Becca diminuta con su largo vestido de algodón, boquiabierta ante las flores.

—Se hicieron amigos y, con el tiempo, una cosa dio lugar a la otra. Al principio el padre de ella se negó en redondo pero con el tiempo pareció aceptar a Lewis.

—Entonces, ¿qué es lo que salió mal? —pregunté intrigada.

—Lewis se marchó a estudiar a la Universidad de Bozeman. Los Trotter tienen una granja pequeña y siempre están justos de dinero. Lewis soñaba con un futuro mejor para Becca y él, lejos del sacrificio de las tierras y de la incertidumbre de las malas cosechas. No duró ni un curso, porque su familia tuvo un año pésimo con la cosecha de maíz y no pudieron seguir pagándole la matrícula. Para cuando volvió, Becca ya era agua pasada.

—¿Por qué?

—El señor Schrader no quería un yerno con estudios. Temía que se llevase a Becca de Trenton, que la alejase de una vez por todas. Cuando Lewis volvió, su padre ya le había concertado un matrimonio con otro menonita, un hombre mayor que ella. Se casarán dentro de poco.

Meneé la cabeza, incrédula. Aquellas palabras parecían salidas de una novela ambientada en la Regencia, con matrimonios arreglados y amores imposibles por doquier.

—¿Y por qué ella no se rebela si le ama? —pregunté. Lori sonrió con tristeza.

—Algunos tipos de creencias son como jaulas y a veces es difícil dar con la cerradura —afirmó—. A veces es difícil despegarnos de lo conocido, aunque nos haga daño.

Recordé a mi madre y a su mejor amiga, la botella, esa que tanto la hería pero de la que no podía prescindir.

—Sí, quizá sea cierto.

—Los secretos de un pueblo pequeño dan para mucho, ¿eh? —dijo Lori levantándose para llevar las tazas al fregadero.

Asentí. Era como pescar en aguas turbias; uno nunca sabía qué iba a aparecer al otro extremo de la caña. Entonces recordé algo.

—Antes, cuando estaba en el cuarto de Blake, vi algo por la ventana. Una pajarera vacía.

Las manos de Lori dejaron de moverse en el agua del fregadero. Su espalda se tensó.

—¿Hubo pájaros alguna vez ahí dentro? —insistí.

—Sí. Hace un tiempo hubo palomas.

—¿Qué pasó con ellas?

Lori se giró para encararme. Su expresión dulce estaba teñida de tristeza.

—Todas murieron.

MÁS ENIGMAS, MÁS SECRETOS

Fiona

Al día siguiente me desperté inquieta, después de una noche llena de malos sueños que no pude recordar pero en los cuales Blake y una bandada de palomas furiosas eran los principales protagonistas. Lori no había añadido mucho más en nuestra última conversación, limitándose a murmurar que debía volver al trabajo y abandonando la cocina a toda prisa. Tampoco Blake había hecho acto de presencia en todo el día de modo que, tras comer a solas en la cocina, me había pasado la tarde caminando nerviosa de un lado a otro, intentando sin éxito dar forma al reportaje y tratando de contactar por enésima vez con Barry Brown, el antiguo gerente de *Bones*. No lo conseguí, pero logré hablar con una mujer que se identificó como una vecina suya y que me contó que Barry ya no vivía allí. No quiso decirme donde estaba ahora, pero tras mucho tira y afloja aceptó darle mis datos para que él decidiese si quería hablar conmigo o no.

En definitiva, un día muy poco productivo.

Bajé a la cocina y arrugué la nariz ante los huevos y el bacon recién frito que relucían bajo el plato que los mantenía calientes; todo un festín de colesterol. En la nevera encontré queso fresco y tomates y me dispuse a hacerme un sándwich para matar el gusanillo. Cinco minutos después, Blake me encontró con la boca abierta y a punto de hincarle el diente. Se me quedó mirando como si tuviese delante una gárgola.

—¿Qué pasa? —le dije a la defensiva.

—Está bien. —Se cruzó de brazos y alzó una ceja—. Primera opción: de pequeña te llamaban zanahoria... —mientras lo decía me acarició un mechón de pelo y, de algún modo, el calificativo no sonó despectivo, sino dulce y cariñoso en sus labios—...y llegaste a tomártelo tan a pecho que le has cogido especial cariño a los vegetales.

—¿Qué dices? ¡No!

—Vale. Segunda opción: tus papilas gustativas están atrofiadas.

—Estás desvariando, Swanson —dije apartándole la mano.

—Entonces... —Su mano voló de nuevo a mi mentón y me frotó el lunar, con ese gesto que ya era tan suyo, tan nuestro—. Entonces ¿cómo te explicas que detrás de ti tengas una mesa llena de delicias y tú estés ahí comiendo un bocadillo de...hierba?

—¿Hierba? ¿Estás loco? Estos tomates son de primerísima calidad —le rebatí—. En San Francisco costarían una fortuna.

—También este bacon es de primerísima calidad —dijo sirviéndose un plato. Me quedé mirando su boca mientras masticaba. Una leve pátina de grasa había quedado impresa sobre su labio superior y a pesar de lo mucho que odio el tocino, me entraron ganas de darle un lametón.

—Procuro comer lo más sano posible —murmuré desviando la mirada. Era cierto, pero solo en parte. Creo que cuando las personas viven en un mar de incertezas, como fue mi caso desde el derrumbe de mi familia, tienden a buscar un ancla para recuperar el control. Yo tendía a vigilar al milímetro todo lo que comía: batidos vegetales para contrastar la toxicidad de las botellas de mi madre, ensaladas de colores, cuanto más verdes y crujientes mejor, para olvidar la comida blanda y grasienta de Hillsborough. Era una cuestión de miedos y de mi forma de enfrentarme a ellos.

Blake no dijo nada más, como si de algún modo hubiera leído en mi expresión que ese tema era delicado para mí. Tragó un bocado y después me miró a los ojos.

—Quiero pedirte disculpas por no haber estado más accesible ayer. Ya sabes, con el tema de las fotos. Tenías razón, después de haberte obligado a venir a Trenton, lo mínimo que puedo hacer es ponértelo fácil.

Lo miré sorprendida.

—Bueno... disculpas aceptadas. Ganarás más puntos cuanto antes repitamos las fotos —dije para quitarle hierro al asunto.

—Tienes mi palabra de cowboy —bromeó alzando dos dedos—. Esta mañana tengo que ir a Denton a hablar con los proveedores de grano, y juro que no es una excusa, pero te prometo que en cuanto regrese posaré para ti de la forma que quieras.

—Te tomo la palabra, vaquero — Traté de ignorar las tórridas imágenes que su frase había evocado en mi cerebro.

—Gracias, devoradora de corazones —Me frotó de nuevo la barbilla, dejando un rastro caliente en mi piel, y se levantó para irse.

Como siempre, me dejó sin palabras y un poco más vacía.

En vista de que me esperaba otra larga mañana de inactividad decidí ir a Trenton. Los archivos de los periódicos siempre son una fuente de sabiduría si se sabe donde husmear, y yo todavía confiaba ciegamente en mi nariz. No existía un autobús propiamente dicho para ir al núcleo del pueblo, el medio de transporte oficial era una furgoneta estilo *pickup*, con la parte trasera cubierta por una lona en la que todavía se podía leer “Lechería Jones” en letras rojas y borrosas. El logotipo estaba de más, bastaba con el olor a queso rancio que se había quedado pegado a los asientos, distribuidos de forma que desafiaban todas las leyes de seguridad vial. La otra única pasajera era una joven de largo pelo rizado, que parecía tener mi edad y tenía pinta de haberse vestido para ir de compras, con un abrigo de angora raído en los bajos y una cesta de rejilla. En las siguientes paradas fueron subiendo más personas, en su mayoría granjeros que provenían de los ranchos cercanos y se encaminaban al pueblo a diversas gestiones.

Me entretuve mirando por las ventanas. Una vez más, el paisaje de Montana me sobrecogió y me provocó escalofríos. El sol todavía no había llegado a desperezarse del todo y sumía al paisaje en una luz fría y clara. El aire era seco, casi tangible. Me encantaba.

Se me debió escapar algún suspiro o quizá puse cara de turista extasiada, porque la chica de pelo rizado se giró hacia mí y me miró sonriente, con la misma expresión satisfecha que Lewis me había dedicado en el autobús. Si algo tenían en común aquellas personas era que sabían que vivían en un lugar excepcional y estaban orgullosos de mostrarlo al mundo.

—Tú eres la periodista, ¿verdad? —me preguntó con los ojos afilados de curiosidad. Asentí y ella acentuó su sonrisa. Tenía los dientes algo amarillos y mellados, pero su mirada era franca y amable.

—Soy Viola —dijo ofreciéndome una mano de uñas pintadas de rosa—. Lewis me comentó que habías venido para hacer un reportaje sobre Blake. ¡Qué emocionante! Aunque él es muy reservado para esas cosas.

Correspondí a su sonrisa. Estaba claro que allí las noticias volaban.

—¿Conoces bien a Blake? —pregunté.

—Formamos parte del mismo grupo de amigos. De pequeños siempre andábamos liándola por ahí: Blake, Lewis, Clyde, Donna y yo. Clyde es mi marido, ¿sabes? Nos casamos al salir del instituto—explicó alzando un dedo con un anillo reluciente—. Y Donna lleva el único bar que hay aquí en Trenton. ¿La conoces?

Negué con la cabeza. Aquella chica hablaba tanto que era difícil seguir el hilo.

—Por supuesto, Blake siempre ha estado a otro nivel —añadió suspirando—. Al fin y al cabo, es hijo de Tracy Swanson. ¡Debe ser muy emocionante trabajar para ella! ¡*Madame* es una revista tan *chic*!

Me miró con ojos brillantes y yo asentí sin mucho convencimiento. Si ella supiera...

—Claro que Blake no ha vuelto a ser el mismo desde lo de su padre —continuó con su parloteo—. Fue terrible para él.

—Me lo imagino.

—Siempre andaban a la greña, pero su muerte fue un palo durísimo.

Agucé el oído. Aquella chica no parecía tener reparo alguno en compartir información con una completa desconocida. Decidí tirarle un poco más de la lengua.

—Bueno, entre padres e hijos los desencuentros son normales... —tanteé.

—Lo de ellos era más que un desacuerdo. Caesar quería que Blake siguiese sus pasos en la gestión del rancho y él tenía otras ideas. No se ponían de acuerdo. Si a eso unimos que ambos tenían un carácter explosivo... Cuando ocurrió el accidente, la relación entre ellos estaba bajo mínimos, hasta tal punto que las lenguas envenenadas de Trenton dejaron caer que Blake había jugado un papel en la caída al lago de su padre. ¿Te lo puedes creer?

—¡No es posible!

—Todo mentira, por supuesto. Solo rumores maliciosos. Blake no sería capaz de matar ni a una mosca. —Los ojos de Viola brillaron de ira—. Pero entre unas cosas y otras él se alejó de Trenton cada vez más. Solo en los últimos tiempos hemos vuelto a verle por aquí, desde que tuvo esa idea de entrenar caballos con Lewis.

Nos quedamos un rato en silencio, mientras trataba de asimilar las últimas pinceladas de información que Viola acababa de darme. Más enigmas, más secretos. Empezaba a entender por qué Blake era tan cerrado a veces. Cuando uno tiene un pasado lleno de aristas y recovecos, como nos pasaba a los dos — su padre había muerto ahogado, la mía se ahogaba en alcohol— abrirse a los demás es difícil. Otra cosa más que ambos teníamos en común.

Oí a Viola murmurar por lo bajo mientras miraba por la ventana. Un grupo de personas caminaba por la cuneta, casi de puntillas sobre el hielo seco. Tenían un aspecto extraño como fantasmas surgidos de la nada y su indumentaria no ayudaba: una chica joven con un largo vestido de algodón que parecía muy inapropiado para el clima y un hombre de espesa barba con un mono de dril. La reconocí a ella de inmediato; era Becca.

Viola captó mi mirada.

—Menonitas —dijo en un susurro—. Tienen una quesería al otro lado del río y apenas se relacionan con nadie. Si quieres saber mi opinión, es una pena empeñarse en vivir tan aislados por cuestiones de fe. Hay que modernizarse —añadió raspándose el esmalte rojizo de una uña.

Asentí, dándole la razón. Un camión nos adelantó chirriando y Becca y su padre se pararon en la cuneta para dejarle pasar.

—*VetLab* ¿De qué me suena ese nombre? —pregunté señalando el logotipo del camión.

—Son unos laboratorios de investigación veterinaria. Foster trabaja ahí. Ya sabes, el primo de Blake. Nunca nos hemos llevado bien con él; es un engreído.

Asentí de nuevo. Cuando volví a mirar por la ventana el padre de Becca nos contemplaba fijamente con ojos brillantes. Ella no levantó la cabeza del suelo.

Trenton era un pueblo compacto porque la mayoría habitantes vivían más arriba, diseminados en el valle. Había una única calle principal, larga y desierta, bordeada de casas bajas, una tienda de suministros que vendía de todo, un bar y una iglesia de aspecto antiguo, ambos casi puerta con puerta. Supongo que los dos cumplían funciones parecidas: aportar alivio y olvido a las almas atribuladas de sus fieles.

La sede del *Trenton Outpost*, la gacetilla local, estaba en un edificio antiguo justo detrás de la iglesia, capitaneada por un hombrecillo con pintas de troll de las cavernas que me miró con suspicacia cuando le dije que me gustaría visitar el archivo. Se mostró más que dispuesto a echarme con cajas destempladas, pero bastó la mención del nombre de Tracy Swanson para que se deshiciera en sonrisas y parabienes. Era increíble lo mucho que su fama podía conseguir.

Me senté en una sala oscura entre recortes de prensa, fotografías en blanco y negro y carpetas llenas de polvo y me dispuse a buscar el apellido Swanson. Los hallazgos surgieron uno tras otro. La familia parecía estar en todas partes:

fiestas de la cosecha, patrocinio de actividades de caridad, ferias del ganado en las que sus vacas se llevaban todos los premios. Tras una media hora, algo llamó mi atención:

Ataque en la feria de Trenton

“La última feria de la cosecha ha sido testigo de un altercado. Un individuo ha atacado a los señores C. Swanson y C. Swanson, de Trenton, cuando ambos recogían la cinta azul otorgada por el condado al novillo más lozano. El atacante se abalanzó con un cuchillo contra los hermanos Swanson mientras pronunciaban su discurso, provocándole heridas y contusiones de diversa consideración. El hombre, identificado como Philip K. Graham, de Helena, sin antecedentes penales, ha sido detenido ya por las autoridades y pasará a disposición judicial”.

Silbé entre dientes. Aquello parecía importante. La nota de prensa estaba fechada quince años atrás e iba acompañada de una fotografía borrosa pero impactante. Los periodistas debían haber estado fotografiando a Caesar y a Carl durante su discurso, porque habían captado el ataque en toda su plenitud: la instantánea mostraba al hombre cuchillo en mano como un guerrero de las estepas, abalanzándose sobre la tarima. La mueca de furia que crispaba su rostro me provocó escalofríos.

Me conecté a Internet con mi portátil y tecleé rápidamente: *“Patrick K. Graham. Helena”*. Esperaba cualquier cosa, pero no lo que encontré en realidad:

“Obituario: Billy Jacques Graham, de Helena, falleció pacíficamente en brazos de sus padres la pasada madrugada, a los cinco años. Billy era un niño tranquilo y estudioso que adoraba la música country y los cromos de rugby. Le sobreviven sus padres Philip y Noelle Graham, sus abuelos maternos y paternos y su querido pastor alemán, Rex”

Seguían varios párrafos con los datos del sepelio y las condolencias

habituales. Me estremecí. Las fechas coincidían, el pequeño Billy había muerto dos semanas antes del ataque de su padre a los hermanos Swanson. ¿Por qué? ¿Tenían ellos algo que ver? ¿Era este niño la persona que “presuntamente había muerto” tras comer en *Bones*, según las fuentes de Miranda? ¿O era algo más simple, como que el padre se había vuelto loco de dolor y había atacado a los primeros individuos con los que se había cruzado?

Incógnitas. Secretos. Salí del archivo todavía más confusa que antes y caminé hasta llegar al bar. “*The Only Option*”; “La única opción”: un nombre muy apropiado porque no había más bares en muchos kilómetros a la redonda. Estaba vacío, a excepción de una mesa ocupada por un joven que hablaba por teléfono. Era Lewis. Le saludé con la mano mientras me dirigía a la barra y él me dedicó una sonrisa.

Era casi la hora de comer y le pedí un café y un sándwich a la camarera, que mascaba chicle sin parar y tenía el pelo rubio y muy corto. Viola me había dicho que se llamaba Donna, y parecía tan curiosa y parlanchina como su amiga.

—Eres la periodista, ¿verdad? —dijo sirviéndome el café en una taza de hojalata.

—¿Cómo lo sabes?

—Viola me comentó que eras pelirroja. ¿Cómo te va en Trenton? ¿Y con Blake? ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

Por el ritmo de sus preguntas parecía que la periodista era ella.

—Solo hasta que termine el reportaje.

—Debe ser maravilloso trabajar para Tracy. —Me miró extasiada—¡Y vivir en una gran ciudad! Yo también lo haría si pudiese. Aquí en Trenton no hay casi nada para los jóvenes de nuestra edad; o eres ranchero o te quedas sin trabajo.

—Lo que hay por aquí es mucho vago.

Una voz que arrastraba las palabras sonó a nuestras espaldas. Un joven rubio vestido con vaqueros y botas de cowboy de diseño nos miraba burlón, junto con un hombre alto y delgado al que no le hubieran venido mal varios platos de estofado. Los reconocí de inmediato. Carl y Foster Swanson.

—¿Cómo has dicho? —Donna se quedó mirándolo. Había que reconocer que tenía agallas.

—Digo que hay mucho vago por estos parajes —repitió Foster alzando la voz y mirando de reojo a Lewis, que no le hizo ni caso.

—Vamos, vamos. No perdamos las buenas maneras. —El tío Carl tenía una voz aterciopelada y modales sumamente pulidos—. ¿Nos pones dos cafés, Donna?

Los observé mientras la camarera se daba la vuelta para cumplir con el encargo. Me cayeron fatal. Sus sonrisas eran cerradas y falsas, como pintadas con tiza.

—Tú eres la chica de Tracy, ¿verdad? —preguntó Carl con un punto de desprecio.

—Me llamo Fiona.

—Soy Carl Swanson y este es mi hijo Foster —dijo al tiempo que me tendía la mano. Su apretón era frío y húmedo. El primo Foster se limitó a dedicarme un seco movimiento de cabeza.

—¿Y cómo te van las cosas en Trenton, Fiona?

—Me las apaño —respondí secamente.

—Eres toda una novedad por aquí —comentó Carl—. Y también es algo nuevo que un Swanson se avenga a salir en un reportaje de una revista rosa. Claro que, después de todo, Blake no es un verdadero Swanson.

Me enervé. Aquel hombre me sacaba de mis casillas.

—*Madame* es una publicación muy respetada. Y Blake es, a todos los

efectos, un Swanson de los pies a la cabeza —dije muy envarada. Quien lo hubiera imaginado días atrás; yo defendiendo a *Madame* y a Blake. Vivir para ver.

Caesar me dedicó una sonrisa llena de dientes amarillos. Daba grima.

—Ya veo de qué pie cojeas, guapa —dijo con arrogancia—. Al menos espero que el reportaje no sea demasiado frívolo. La nuestra es una empresa seria.

—Podréis leerlo en *Madame* el mes que viene —zanjé apurando mi café y dejando unas monedas en la barra. Había llegado la hora de decir adiós a ese par de cretinos.

Me levanté para marcharme. Lewis todavía seguía sentado en su mesa, pero ya no hablaba por teléfono. Tenía la mirada fija en un punto; en algo, mejor dicho, en alguien al otro lado de la cristalera del local. Becca. Ella y su padre caminaban por la calle frente al bar y durante un momento sus miradas se cruzaron. No solo se cruzaron, sino que se engancharon, se saludaron, se besaron y danzaron entre sí. Hay miradas que matan y las hay que hieren pero aquellas....aquellas acariciaban, destilaban unas ansias difíciles de narrar. Si el amor se pudiera describir como el color de unos ojos, sería el azul cerúleo de los de Becca Schrader. Y si se pudiera explicar con un sonido, sería el del ansioso suspiro que se escapó de la garganta de Lewis.

Hay pocos amores así, y yo estaba siendo testigo de uno de ellos.

Por supuesto, como buen aguafiestas, Foster se encargó de romper el momento.

—Como decía antes, en este pueblo hay mucho vago y mucho tonto —me susurró al oído señalando a Lewis.

—Todavía no he visto a ninguno de los primeros, pero me temo que tengo al rey de los segundos demasiado cerca para mi gusto —respondí alejándome un par de pasos de él.

Su rostro se contrajo con rabia. Echó un vistazo a su padre, que hojeaba un

periódico ajeno a nuestra conversación, y después se inclinó de nuevo hacia mí.

—Te crees lista, ¿verdad rojita? Te aconsejo que tengas cuidado con lo que haces... y con quien lo haces. Te vi antes en la ventana del cuarto de Blake.

—¿Y? —espeté con los brazos en jarras.

—Mirabas la pajarera. Queda un poco tétrica ahí tan vacía, ¿verdad? ¿No te has preguntado qué pasó con sus pequeños habitantes? ¿Con las palomas?

—No me interesa lo más mínimo —mentí.

—Pues te lo voy a explicar por si lo quieres incluir en tu reportaje. —Se inclinó de nuevo hacia mi oído—. Blake las mató.

EL PARIA

Blake

—No tiene nada. Habrá sido un momento de cansancio.

Brent Jefferson se puso en pie y se sacudió las briznas de heno que se le habían quedado pegadas en las rodillas. A nuestro lado *Fossey* movía la cola tranquilamente. Era cierto que parecía más ágil y contenta que el día anterior. El examen del veterinario no había encontrado nada raro.

—¿Tú crees? —pregunté. Él asintió con vigor.

—Ya no es una yegua joven. Quizá los entrenamientos a los que la estás sometiendo son demasiado para ella.

Negué con la cabeza. *Fossey* tenía ocho años, no era tan vieja.

—¿Sigues pensando en participar con ella en los rodeos? —me preguntó Brent entornando los ojos. Me puse en guardia. El veterinario era íntimo amigo de Carl.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Él me palmeó la espalda con familiaridad y su diente de oro brilló bajo el sol cuando me dedicó una sonrisa.

—Por nada, hijo. Sé que has pasado unos años muy duros y que estás intentando encontrar tu sitio. Tú padre era un gran hombre, pero no olvides que tu tío Carl lo es también. Sigue sus consejos, chico.

—Lo haré —dije secamente. “Ni por todo el oro del mundo”, pensé.

—Esa idea vuestra de entrenar caballos... —El veterinario chasqueó la lengua—. No digo que no vaya a tener éxito, pero la verdad es que no entiendo

tanto empeño. Tienes una mina ahí, Blake —señaló con la mano hacia el otro lado del prado, en dirección a los establos de las vacas—. El dinero está en las vacas. No lo olvides.

Se marchó con un saludo y yo me quedé atrás rechinando los dientes. Era la última estratagema de tío Carl, enviarme a sus amigos para que me diesen lecciones. A pesar de los años, las cosas no habían cambiado y para algunas personas de Trenton yo seguía siendo el Swanson postizo, el paria.

En ese momento la vi llegar. Subía por la carretera principal y parecía muy pequeña, con su pelo rojo enmarcado por el sol y las manos en los bolsillos. Sus ojos y los míos se encontraron en la distancia y me estremecí. Ahí estaba de nuevo, ese hilo invisible que parecía empeñarse en cosernos el uno al otro. Mis pies comenzaron a moverse solos, caminando a su encuentro como si ese fuera su destino final.

—Eh, cowboy —dijo Fiona señalando el sombrero *Stenton* que me había puesto. Sus ojos tenían un brillo burlón y cálido a la vez y yo sentí que me sonrojaba como un adolescente. No sé si ella era consciente de todo lo que sus ojos me transmitían. Eran como libros en los que uno quisiera sumergirse durante horas para memorizar todas sus historias.

—¿De dónde vienes, devoradora de corazones?

Ahora fue su turno de ponerse colorada. Dios, esa tensión que había entre nosotros iba a provocar un cataclismo cualquier día. Se tocó ligeramente el lunar de la barbilla y luego se encogió de hombros.

—De Trenton. He ido a dar una vuelta por el pueblo.

—¿Buscando relleno para el reportaje?

No respondió. Su expresión se hizo más dura y una sombra de duda apareció en sus ojos castaños. Avanzó hacia las profundidades del establo de Fossey y se acercó a ella. La yegua era tranquila por naturaleza pero a veces desconfiaba de los desconocidos. Sin embargo, cuando Fiona le acarició la testa con suavidad su resoplido de satisfacción fue más que evidente. “Te entiendo, amiga mía”, pensé. Yo también me había derretido bajo sus caricias.

Fiona habló de espaldas, sin mirarme.

—He ido al archivo del periódico local. Me encontré con una noticia sobre un hombre que atacó a tu padre y a tu tío hace muchos años, en una feria de ganado.

Fruncí el ceño. Conocía la historia. Carl solía contarla de vez en cuando, en diferentes versiones que siempre lo dejaban a él como a un héroe. No entendía por qué Fiona la sacaba a colación.

—Es cierto. Por lo visto el hombre perdió un hijo y enloqueció de dolor. No sabía lo que estaba haciendo. Por suerte, apenas les hizo un par de rasguños. Él ni siquiera llegó a pisar la cárcel, mi padre no quiso presentar cargos.

—¿No conocía ese hombre a tu padre o a Carl? ¿No tenía nada contra ellos? ¿Algún tipo de encontronazo o vieja rencilla?

—Que yo sepa no.

—¿De qué murió su hijo?

—Estaba enfermo del corazón. Nació con una cardiopatía y ya había pasado por varias operaciones.

—¿Estás seguro? —La mirada de Fiona era intensa, casi implorante.

—Lo estoy. Oye, ¿qué te pasa? —Me acerqué a ella y la sujeté por los hombros—¿Por qué te preocupa tanto ese tema?

—No lo sé...Yo solo... —Se interrumpió. Mi mano trazó círculos en el corazón de su barbilla y ella soltó un suspiro—.Solo me llamó la atención, nada más —dijo al fin con voz débil.

—Está bien. —Me separé un poco de ella y el hilo invisible pareció aflojarse entre nosotros. Me senté sobre una pila de heno y ella me imitó. Las diminutas agujas amarillas nos hicieron cosquillas en la nuca.

—¿Por qué decidiste empezar con el entrenamiento de caballos? —preguntó

—¿Quieres incluir esa información en el reportaje?

—Olvida eso. —Se giró hacia mí—. Solo quiero saber quién eres, Bennet..

Su alusión al nombre que le había dado cuando nos conocimos en Petty's me sorprendió. No había enfado en su mirada, solo un montón de preguntas.

—En realidad Bennet es mi segundo nombre. Blake Bennet Swanson. No fue una mentira completa —le dije. Ella me hizo un gesto, animándome a seguir hablando y yo quise hacerlo. Quise abrirme con ella, con la chica del pelo de fuego y los ojos sabios.

—Caesar... mi padre siempre quiso que yo continuase su legado. Ya sabes que erigió todo esto prácticamente desde la nada, a base de esfuerzo y tesón. Su mayor objetivo en la vida, su obsesión, era que el rancho perdurase en el tiempo y que los restaurantes *Bones* llegasen a convertirse en todo un imperio.

Fiona asintió. Me miraba fijamente, sin pestañear.

—Él decía que la intuición y la agudeza son cualidades imprescindibles para gestionar un rancho. Por aquí hay muchas explotaciones ganaderas que se van a pique: cruces desafortunados, novillos que mueren en el parto, ejemplares débiles, coyotes que se llevan a los terneros ...Caesar estaba obsesionado con evitar todo eso. Sus vacas tenían que ser las mejores, las más sanas y fuertes. Sus filetes los más sabrosos.

—“*Bones, el sabor de lo natural*” —citó Fiona en un susurro.

—Exactamente. Él y Carl se pasaban horas y horas debatiendo métodos de cría y llevaban exhaustivos registros de calidad de los ejemplares: facilidad reproductora, viabilidad de los partos, peso, talla...Era como un casting para vacas. Las que no lo pasaban, se sacrificaban sin remedio. Cualquier animal considerado imperfecto, con la más mínima carencia, era eliminado.

—Suena como una especie de eugenesia nazi —dijo Fiona con expresión reconcentrada —¿Y tú no estabas de acuerdo con eso?

—Creo que hay otras formas de gestionar el ganado. En mi opinión, cada

vez que un novillo es separado de su madre, sometido a análisis, marcado y mutilado pierde algo de sí mismo. Se convierte en menos.

Fiona volvió a asentir. Era fácil hablar con ella, sabía escuchar.

—Entonces tu padre y tú chocabais...

—Sí, y no solo por esos temas. Él opinaba que yo era demasiado blando, que me apegaba demasiado a los animales. Era extraño porque en el fondo él los entendía mejor que cualquier otra persona que haya conocido. Los animales eran la vida de Caesar pero su amor hacia ellos chocaba con su afán de mejorar como ranchero. Los veía como inversiones. —Me detuve. Imágenes de palomas ensangrentadas pasaron por mi mente y pestañee para apartarlas—. Yo estaba dispuesto a alejarme de todo esto pero tras su muerte...bueno, cambié de idea. Decidí cumplir su sueño y gestionar el rancho, aunque fuese con Carl y Foster pegados a mi espalda como dos rémoras gigantescas. También me dije a mí mismo que, ya puestos, podría dar un paso más e intentar cumplir un sueño que siempre había tenido: el entrenamiento de caballos. Por aquí suelen domarlos con métodos brutales, les quiebran el espíritu. Lewis y yo queremos abrir un centro para hacerlo de otro modo, respetándoles en todo momento.

—¿Cómo *El hombre que susurraba a los caballos*? —preguntó ella con una media sonrisa.

—Exacto, y además yo soy mucho más sexi que Robert Redford —bromeé. Ella se rió. Se acercó a mí y durante un instante sus labios quedaron a un par de centímetros de los míos.

—Gracias por contarme todo esto, Blake Bennet.

—De nada, devoradora de corazones.

Sonrió. Se puso en pie y se sacudió el heno que se le había quedado pegado a los vaqueros.

—Esta luz no es buena para repetir las fotografías. Creo que lo mejor es que las hagamos mañana por la mañana —dijo.

—De acuerdo.

Empezó a caminar hacia la casa. Recordé un detalle.

—Quiero hacerte una pregunta. ¿Por qué aceptaste este encargo? ¿Para evitar que Tracy te despidiera? Sé que no eres de las que se amilanan.

Ella tomó aliento, me miró de frente.

—Mi madre es alcohólica. Tracy amenazó con contarle su recaída a su agente de la condicional si yo no hacía esto.

Se alejó caminando a buen paso. Me quedé asimilando la información, luchando contra la oleada de tristeza que consumía. Así que era eso. Cerré los ojos y cuando las bandadas de palomas furiosas comenzaron a volar en círculos dentro mi mente no luché contra ellas.

CONQUISTAR UNA ESTRELLA

Fiona

Subí las escaleras de dos en dos, alejándome de Blake. Las piezas del puzle seguían sin encajar de todo, se arremolinaban ante mí, vibraban como uno de esos mandalas de colores que uno mira y mira sin lograr averiguar dónde está el inicio y dónde el final del trazo.

Ese era Blake Swanson, el que me cautivó en *Petty's* con un par de miradas, el que me capturó en su red y me recitó a Walt Whitman al oído. El mismo que tenía una habitación digna de un naturalista, el que hacía que los caballos bailasen a su son. El hijo de Tracy, más tierno y más valiente de lo que había imaginado al principio. El que encontraba corazones en mi barbilla y se había metido sin remedio bajo mi piel.

El mismo que, según su primo, había matado a todas las palomas de la pajarera.

Abajo, en el establo, había estado a punto de confesárselo todo: que estaba allí siguiendo una pista difusa, intentando desenterrar un escándalo que según Miranda existía. ¿Por qué no lo había hecho? Quizá por cobardía o porque mi ambición todavía era más fuerte que mis reparos. O quizá porque temía que sus ojos perdiesen el velo cálido que tenían al mirarme, que se tiñesen de desprecio.

El amor siempre había sido algo ajeno para mí. No lo había tenido de niña y tampoco lo buscaba de adulta. Pero a veces, en esos momentos tiernos en los que me permitía soñar, me imaginaba que si alguna vez me enamoraba sería de un hombre tan transparente que podría leer en él, alguien fácil, alguien que le aportase a mi vida el calor y la simpleza que le faltaba.

Y sin embargo, allí estaba, colándome hasta los huesos por Blake, tan lleno de aristas y de matices como sus ojos. En ese momento ya sabía que lo quería a él, a Blake Swanson. Quería sumergirme en él como quien se tira a un lago de cabeza, pero no quería encontrarme con sorpresas en el fondo.

Me conecté a Internet y busqué en la guía el teléfono de Patrick K. Graham. Había seis en Helena y a la tercera llamada di en el clavo.

—Los Graham ya no viven aquí —me informó una mujer mayor—. ¿Quién habla?

Me inventé una historia absurda sobre los datos que necesitaba rellenar para un censo y ella me contó que se habían mudado años atrás.

—¿Y no sabe a dónde han ido?

—A Los Ángeles, creo. No estoy segura. Supongo que querían empezar de cero. Perdieron un niño, ¿sabe? Una desgracia terrible.

Los Ángeles. Buscar a Philip allí sería como rastrear una aguja en un pajar. Otra pista que no llevaba a ninguna parte.

Frustrada, salí de nuevo al exterior. La luz crepuscular comenzaba a revestirlo todo como un sudario rojizo. Busqué a Blake con la mirada pero el patio estaba desierto y los establos cerrados. Más allá, al otro lado de la valla que delimitaba la propiedad de los Swanson, vi una figura que se acercaba a pie. Reconocí el caminar abatido de alguien sumido en una gran tristeza. Era Becca Schrader. Con sus ropas anticuadas y su melena casi blanca parecía una estampa antigua en aquel prado desierto: una doncella medieval. De repente se apoyó en la verja e inclinó la cabeza. Sus hombros se agitaron. Lloraba. Era el sonido más triste del mundo, rezumaba dolor, desesperación y frustración. También ira. Era uno de esos llantos en los que uno deja salir sentimientos guardados durante mucho tiempo. Sin pensarlo, comencé a caminar hacia ella.

Mi presencia la sobresaltó. Estaba claro que no esperaba que hubiera testigos de su desdicha. Me miró con ojos llenos de lágrimas; parecía un pájaro asustado y diminuto.

No nos dijimos nada. Me senté sobre la hierba y al rato ella hizo lo mismo al otro lado de la verja, ambas separadas por las tablas de madera barnizada. No sé cuánto tiempo estuvimos allí, con el frío de la montaña calándonos los huesos, nuestros alientos condensados en volutas. Empecé a hablarle casi sin darme cuenta. Ningún padre debe decepcionar nunca a sus hijos y eso era algo

en lo que a las dos nos habían fallado. Le conté a Becca todas las veces que mi madre me había decepcionado: el abandono, las huídas, la soledad, las borracheras. Hablé hasta que me secó la boca, compartiendo todas mis miserias con aquella chica desconocida que pertenecía a un mundo tan distinto al mío.

Ella me escuchó, al principio con el ceño un poco fruncido, luego atentamente. Fue un momento extraño que duró hasta que las dos comenzamos a tener demasiado frío para seguir allí.

—Gracias —me dijo tímidamente poniéndose en pie. Me levanté también.

—A veces huir no es de cobardes. A veces hace falta mucho coraje para empezar a mover un pie tras otro y salir corriendo —le dije.

Ella me miró un poco de reojo.

—¿Tú crees?

—Siempre llega un momento en el que hay que empezar a ser valientes —zanjé.

Regresaba hacia la casa cuando el sonido de un claxon me hizo parar en seco. Un Seat color rojo chillón se había detenido en el camino y Viola y Donna, la camarera del bar, me hacían señas por la ventanilla abierta. Iban muy maquilladas y la música country sonaba a todo volumen.

—Sube a bordo, encanto —dijo Viola guiñándome un ojo.

—¿Cómo?

—Hemos venido a aportarle algo de diversión a tu vida de investigadora. ¡Hoy hay baile en Trenton! Los viernes por la noche el bar se transforma en una sala de fiestas, así que ya estás tardando en montar tu precioso culo de Cenicienta en esta carroza.

—No sé... —dudé.

—¿No quieres conocer el verdadero espíritu del Viejo Oeste? —preguntó Donna desde el asiento de copiloto—. Pues esta es tu oportunidad. Hasta podrás ver un baile en línea, como el de los antiguos vaqueros. Todos los jóvenes de Trenton estarán allí.

—Incluso Blake —añadió Viola dirigiéndome una mirada significativa.

Noté que me ponía colorada. Viola se giró hacia su amiga y le habló en tono confidencial.

—¿Lo ves? Te lo dije. Eso mismo hizo cuando la conocí esta mañana. Al hablar de Blake se le pone la cara del mismo color que el pelo.

—¡No es verdad! —dije indignada. Ellas se limitaron a mirarme fijamente.

—Venga, sube —volvió a insistir Donna—. Que no se diga que no sabes vivir la experiencia completa de Montana.

Subí. Hay ocasiones que una debe coger al vuelo y esta era una de ellas. Viola era una conductora temeraria, que cogía las curvas con demasiada antelación y hacía que el coche se tambalease en las carreteras parcheadas de hielo. Lejos de asustarse, aquellas dos locas lo celebraban a gritos, como si aquel trayecto loco fuese un preámbulo de la fiesta que nos esperaba. Estaban chifladas pero eran divertidas.

Aparcamos a pocos metros del bar y corrimos para resguardarnos del aguanieve que comenzaba a caer. El local estaba irreconocible por dentro; las mesas de formica roja habían sido retiradas para dejar lugar a una especie de pista de baile y a través del hilo musical sonaba música a todo volumen. Estaba a rebosar de gente.

—Vamos a pedir. —Donna me tiró del brazo y las tres nos acercamos a la barra—. Tres cervezas, Dan—le dijo al camarero.

—Oye, te has colado —protestó una chica a nuestro lado.

—Tengo prioridad, guapa, que para eso me paso tras esta barra diez horas al día. Dan, ¡esas cervezas!

—Que sean dos y un agua. Yo no bebo —dije.

—¿No bebes? —preguntó el tal Dan con incredulidad.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca. Ni gota.

—Pero, ¿nada de nada?

—Estás un poco espeso, tío. Ya te ha dicho que no —dijo una voz a mis espaldas.

Sentí un escalofrío agradable, como si me hubiera tragado una cucharada de especias. Y también sentí calor, el que emanaba de él. Me di la vuelta para encararlo y me encontré con su sonrisa y con sus ojos de hielo derretido. Escuché las risitas de Viola y Donna a mi lado pero no les hice caso.

—Hola, come-corazones.

—Hola, susurrador de caballos.

Lewis estaba con él y me saludó llevándose la mano al sombrero. No era el único que no se lo había quitado; el local parecía un bosque de *Stentons*. Le sonreí y quise decirle que quizá todavía no era demasiado tarde para ellos, que siempre hay esperanza. Pero no lo hice, no en aquel momento. Mi propia historia esperaba a mi lado, enfundado en unos vaqueros que le sentaban como un guante.

Me pasé la siguiente hora conociéndoles a todos. Clyde, el marido de Viola, llegó al poco rato y resultó ser una especie de mezcla entre rockero y cowboy, con un gran sentido del humor. Me lo pasé muy bien con ellos. Formaban un grupo compacto, un nudo de risas y momentos compartidos y Blake relucía cuando estaba con ellos, brillaba más que nunca. No solo eran sus amigos, eran su pasado, sus recuerdos. Su hogar.

Me sentí un poco triste porque yo jamás había tenido eso. Por mucho que

películas como *Annie* intenten pintarnos una realidad rosa y distinta, los orfanatos no son un buen lugar para hacer amigos. Yo solo tenía a Miranda. En aquel momento me di cuenta, la soledad había tirado de mí hacia abajo durante años, haciéndome invisible. Allí, en Trenton, comenzaba a sentirme parte de algo más.

En un momento de la noche la pista de baile improvisada comenzó a llenarse. El baile en línea era un espectáculo ruidoso y alegre, decenas de botas de vaquero retumbando a la par en el suelo enlosado, giros de cadera y una música alegre que invitaba a bailar. Durante todo el rato que duró el baile, la mano de Blake descansó en mi espalda, casi como una pluma que se hubiese posado allí por casualidad. Se sentía bien. Sentía que ese era su sitio.

Cuando pusieron canciones más lentas y la pista comenzó a llenarse de parejas él me tendió una mano, como había hecho en *Petty's*.

—Vamos a bailar.

Me apretó contra sí. Podía sentir su corazón latiendo contra mi pecho.

—No he podido dejar de pensar en lo que me dijiste antes —susurró—. En lo que hizo Tracy. Lo siento mucho, Fiona. Es inadmisibile y no voy a justificarla diciéndote que es una perfeccionista y que echa mano de esos métodos poco ortodoxos sin pensar en el daño que causa. Mañana mismo la llamaré y le diré que me niego a hacer ese reportaje.

Alcé la cabeza para mirarlo. Nuestros ojos se buscaron de nuevo, se enredaron en una mirada cómplice.

—No lo hagas —dije contra su pecho—. Quiero hacer ese reportaje. Y me alegro de haber venido aquí.

—¿Lo dices en serio? —La duda y la alegría bailaban en su voz.

—Lo digo en serio.

Me dedicó una sonrisa, la más radiante del mundo. Sus ojos brillaron y yo me perdí en ese brillo.

—Qué complicados son los padres a veces, ¿verdad? —susurró contra mi oído.

—Yo dejé de considerar a la mía como tal hace mucho tiempo —dije. Él me acarició la espalda.

—Lo malo es que siempre llega el día en que necesitamos una madre —murmuró.

No respondí. No quería hablar de ella. No quería pensar en mi madre.

Seguimos balanceándonos al ritmo de la música, nuestros cuerpos buscándose y encontrándose en una fricción que nos volvía locos. Daba igual la música, ni siquiera recuerdo qué canción sonaba en ese momento. Bastaba con la vibración de nuestros alientos, con nuestras manos que se buscaban sin cesar, con la ropa que nos sobraba por todas partes.

La cabeza comenzó a darme vueltas, el pulso se me desbocó como un caballo salvaje. Las manos de Blake subían y bajaban por mis costados y su dura erección era más que evidente contra mi vientre. Parecía que éramos las únicas personas en el mundo. Y necesitábamos salir de allí.

—Me vuelves loco, Fiona —susurró con voz gutural—. Estoy a un paso de perder la cabeza... y el norte... y la razón.

—Perdámoslo todo —respondí contra sus labios.

Él se separó un poco para mirarme.

—¿Hablas en serio?

—Salgamos de aquí para que pueda demostrarte lo muy en serio que hablo —dije tirando de su brazo hacia la salida.

Él había venido en la vieja furgoneta de Chip. Corrimos hacia ella hechos un nudo de brazos y piernas, pensando solo en el deseo que nos consumía, en las ganas que teníamos de sentir la piel del otro. Antes de darnos cuenta estábamos en los asientos traseros y nuestras manos tiraban de la ropa, frotaban y acariciaban. Sus labios cayeron sobre los míos, devorándolos con

ganas. Al fin. Nuestros gemidos resonaban en la cabina vacía del vehículo y noté que un montón de objetos diversos caían al suelo en desorden cuando él me sujetó por las nalgas y me alzó un poco para colocarse entre mis piernas. Mis dedos parecían haberse vuelto locos, tirando de los botones de su pantalón y desabrochando su cremallera. Lo necesitaba ya.

Blake marcó el ritmo y tomó las riendas, adentrándose en mi interior con una cadencia brusca y a la vez lenta que me volvió loca. Desapareció el coche, desapareció la carretera desierta, desapareció hasta el mundo y solo quedamos nosotros, meciéndonos juntos hasta vi su frente perlada de sudor, noté su estertor y me dejé ir yo también, echando la cabeza hacia atrás.

A través de la ventanilla vi el cielo límpido de Trenton, plagado de estrellas que estallaban y se confundían con las que Blake y yo acabábamos de conquistar.

CARNE CONTRA CARNE

Fiona

Desperté con el olor de Blake pegado en mi piel. Su lado de la cama estaba vacío pero todavía caliente, con la huella de su cuerpo plasmada sobre las sábanas.

Sonreí. La noche anterior había supuesto un antes y un después, un paso adelante que nos llevaría a algún sitio...¿A dónde? Todavía no lo sabía, pero confiaba en que el trayecto mereciese la pena.

Me di una ducha rápida, me vestí y cogí mi cámara. Sabía exactamente dónde encontrarlo.

Hacía frío y el aguanieve de la noche anterior había dejado un rastro de charcos congelados, como parches en el prado. Me dirigí directamente al cercado más allá de los establos. No me había equivocado: los dos estaban allí.

Los observé durante un rato y, una vez más, me quedé sin aliento.

Una de las muchas familias de acogida con las que Miranda pasó temporadas de su infancia hasta su adopción fueron los Selman, un matrimonio adinerado de mediana edad cuya principal afición era viajar. Un verano, cuando tenía trece años y todavía languidecía entre las paredes de Hillsborough, me invitaron a ir durante dos semanas a España con ellos: mi primer viaje en avión que, de la mano de mi mejor amiga, me parecía una extraordinaria aventura.

Los Selman eran viajeros de lo folclórico y de lo tópico; así que durante aquel viaje nos hartamos de beber sangría y de comer paella, de visitar molinos de viento y campos de olivos. Recuerdo que en un pueblo pequeño del sur, donde habíamos parado para que el señor Selman fotografiase unas

antiguas ruinas, presenciábamos por casualidad el ensayo de una escuela taurina; en una plaza pequeña y polvorienta un joven, casi un muchacho, y un novillo entablaban un baile extraño en la arena, retándose el uno al otro con los cuerpos brillantes de sudor. Allí nos quedamos, los cuatro norteamericanos quemados del sol como cangrejos, contemplando alucinados aquel espectáculo brutal. El señor Selman se volvió loco haciendo fotografías y yo también saqué unas cuantas, pero ninguna de las mías plasmaba la escena como tal; eran simples retazos que para mí tenían significado: las pezuñas del animal hendiendo la arena, su lomo negro y liso, como una alfombra extendida, en el que brillaban unas gotas de sangre, los rostros huraños y reconcentrados de los lugareños que azuzaban por igual a bestia y muchacho.

Por algún motivo, recordé esa escena en concreto cuando vi a Blake y a *Fossey*. Ambos parecían totalmente olvidados del mundo a su alrededor, igual que el toro y el chico, pero a diferencia de aquella imagen, que rebosaba dominio y barbarie por todas partes, la que tenía ante mis ojos destilaba confianza y sincronía. Era perfecta.

Les dejé bailar un rato y después alcé una mano a modo de saludo. Blake vino inmediatamente a mi encuentro, con una sonrisa que dividía su rostro en dos mitades perfectas. A pesar de haber estado haciendo ejercicio olía de maravilla, a salvaje, a hierba mojada. Me dieron ganas de hundir la nariz en él como un topillo, pero en su lugar me lancé a sus brazos y él me recompensó con un beso que hicimos durar hasta que la yegua resopló a nuestro lado, como un testigo exasperado.

—¿Hacemos esas fotos? —pregunté.

—¿Qué te parece si primero te llevo a cabalgar por el bosque? —dijo señalando a *Fossey*.

—¿Sin silla de montar?

—Fossey no la necesita. Ven.

Subimos a lomos de la yegua y me aferré a su espalda con las manos. Nunca había montado a caballo y me impresionó todo: lo lejos que se veía el suelo, el modo en que el lomo de *Fossey* se mecía bajo nosotros, el sonido

amortiguado de sus cascos sobre la tierra húmeda. Blake la guió en un trote suave y dejamos atrás el campo para adentrarnos en una zona boscosa. No llevábamos abrigo y aunque nuestros jerseys eran gruesos el frío comenzaba a notarse. Me apreté contra él. El bosque que nos rodeaba comenzó a espesarse, a llenarse de árboles centenarios que se cernían sobre nosotros. Todo estaba en silencio y la atracción que crepitaba entre nosotros era casi tangible.

Al llegar a un claro entre los árboles Blake descabalgó y me ayudó a bajar. Nos miramos en silencio y lo supimos. Saqué la cámara y comencé a hacer fotos: a él, a *Fossey*, a los árboles, a la vida que nos rodeaba. Sin necesidad de pararme a mirarlas supe que esas serían las fotografías de Blake Swanson que vería el mundo, porque en ellas estaba él, puro y duro, sincero y reluciente, lo más cerca posible del hueso. Tal como era.

Después caminamos sin rumbo entre los árboles y él habló. Me contó cosas que yo no sabía y que constituían su mundo, como que esa zona era hogar de alces y de zorros rojos e incluso me indicó el camino hacia una antigua osera en la que una vez, de niño, había descubierto una camada de dos oseznos que parecían de peluche, adorables a excepción de las garras afiladas que ya empezaban a ostentar. Me narró historias del bosque y de las montañas, llenas de lobos, huesos, sudor y batallas y me habló de su infancia, de Tracy y de Lori, aunque no de Caesar. Después nos quitamos la ropa ignorando el frío y lo hicimos una y más veces, mi espalda apoyada contra el tronco de un árbol, mientras lo único que se oía en el aire quieto eran nuestros gemidos y el rítmico golpeteo de la carne contra la carne.

Los días que faltaban hasta el momento de mi regreso a San Francisco pasaron en un suspiro y fueron de los mejores de mi vida. Los dediqué a no hacer nada más que vagar por el rancho, empapándome de los maravillosos paisajes y haciendo el amor con Blake en cualquier esquina, como dos sedientos que no saben saciarse uno del otro.

Las truculentas sospechas de Miranda sobre los Swanson quedaron relegadas en un rincón de mi memoria. Blake y yo nos encontrábamos a cada paso, como si el enorme rancho se hubiera encogido y no tuviésemos más remedio que rozarnos y aprovechar para devorarnos mutuamente.

El día de mi marcha fue triste. Blake me llevó al aeropuerto y el trayecto estuvo lleno de silencios y miradas de reojo. Había ido a Trenton buscando vengarme de Tracy y esperando encontrar una gran noticia y, a cambio, me llevaba algo mucho más grande: el recuerdo de unos días en los que había sido yo misma. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Cuál sería nuestro futuro? Ni él ni yo nos hicimos promesas durante aquel último viaje y lo último que intercambiamos fue una despedida que lo englobaba todo.

—Hasta la vista, devoradora de corazones.

—Hasta la vista, susurrador de caballos.

SOLO UNA PALABRA

Fiona

El reportaje “*Desde el vientre de la montaña: los días de Blake Swanson, el heredero de Bones*” salió publicado en el número de *Madame* del mes de marzo, eclipsando en portada a los consabidos artículos sobre actores adictos a la cocaína e infidelidades en Hollywood. El éxito fue inmediato. La tirada se agotó en cuestión de horas y la edición digital se convirtió en *trending topic* el mismo día. Los textos gustaron, pero las fotografías se llevaron la palma: Blake cabalgando sobre *Fossey*, Blake en el bosque, con su *Stenton* ladeado bajo el que sus ojos azules brillaban con diversión. Estoy segura de que su sonrisa de seductor y los músculos que se intuían bajo su jersey azul contribuyeron al furor, pero lo cierto es que esas fotografías tenían algo más. Estaban vivas.

Tracy me dedicó una amplia sonrisa y una palmada en el hombro.

—Muy bien, Fiona. ¿Lo ves? Desde las tripas. Así me gusta.

Era el mayor elogio que se podía esperar de ella. No dijo nada más, ni siquiera se disculpó por el chantaje que me había hecho y, por extraño que parezca, ni siquiera me importó. La ira parecía haberse extinguido casi por completo durante los días en Trenton, como una vela sobre una tarta de cumpleaños que una multitud soprase a la vez. Por primera vez me sentía en calma. Por primera vez, en mi mundo todo estaba bien.

Miranda, por su parte, no estaba demasiado satisfecha conmigo.

—¿Qué ha pasado con el escándalo que se suponía que ibas a destapar? ¿Has echado un par de polvos y te has quedado obnubilada? No te reconozco, Fiona.

No supe que responder. La Fiona de antes hubiera compartido el asombro y la exasperación de mi amiga, pero yo no era la misma. Me sentía como un

náufrago a la deriva, seducido por una sirena, deslumbrado por la luz de un faro, despojado de la furia y el deseo de prosperar en mi carrera que habían sido mi motor hasta entonces.

—No hay nada de nada, Miranda —le expliqué a mi amiga—. Algunas vacas enfermas, un caso de presunta intoxicación alimentaria muchos años atrás... Todo lleva a callejones sin salida; nadie sabe nada o no quieren hablar. No puedo hacer magia.

—Antes podías —dijo Miranda sin dejarse convencer—. Antes de Blake Swanson eras una maga del periodismo.

No supe qué contestar.

Volver a la rutina me resultó difícil. Mis días transcurrían entre absurdos reportajes de Madame, conversaciones aún más absurdas con mis compañeras de trabajo y vigilancia exhaustiva sobre mi madre, que parecía haber empequeñecido durante mi ausencia y me miraba con miedo y recelo desde los rincones, como temiendo que en cualquier momento le gritase o le soltase alguno de mis exabruptos.

Una mañana, cuando baje a desayunar, me la encontré esperándome en el salón, agarrada a su pequeña maleta de cuadros.

—Me marcho —me dijo cuando la miré alzando las cejas.

—¿Te marchas? ¿A dónde? ¿Has vuelto a beber?

Negó con la cabeza, con infinito gesto de cansancio.

—Durante tu ausencia he estado pensando —dijo—. No he hecho más que causarte problemas todos estos años. No debería haber sido así. Me marcho durante una temporada a casa de una amiga, en Fresno. Quizá cuando vuelva... quizá pueda ser mejor.

No respondí. No podía llevarle la contraria. La vi alejarse con su maleta y volví a quedarme sola.

Lo malo era que ahora la soledad me pesaba, me incomodaba como un

vestido demasiado ajustado. Pensaba continuamente en Blake, en nosotros. Lo echaba de menos, de la forma en que se echan de menos las cosas que sabemos (o creemos) que nos pertenecen, de un modo crudo y descarnado. No esperaba ningún mensaje suyo antes de que volviese a San Francisco para alguna de sus reuniones con los accionistas, así que me sorprendí mucho cuando recibí el primero. No había texto, solo una fotografía de un alce, apenas una cría a la que los cuernos aún le estaban brotando, triscando en un parche de hierba que reconocí como la entrada al bosque donde habíamos cabalgado con *Fossey*.

No decía nada y lo decía todo. Le respondí un día después con la fotografía de un diminuto saltamontes de vientre moteado que encontré entre los hierbajos del jardín.

Se convirtió en algo habitual. Cada día yo me despertaba con una fotografía de un animal en el teléfono: alces, ardillas, novillos, potros, incluso un zorro de cola plateada; toda la fauna de Montana desfiló aquellos días por mi pantalla. Yo le devolvía animales urbanos, más comunes: gorriones, gatos callejeros, el Pomerania peludo y suave que siempre se escapaba del jardín de los vecinos.

Por algún tipo de intuición interna, jamás le mandé fotos de palomas.

Fueron semanas lentas y solitarias. Sus mensajes me mantuvieron cuerda, al igual que las cartas de Becca. Comenzaron a llegar a mi buzón poco después del primer mensaje de Blake, misivas escritas a mano con una caligrafía decimonónica e insertadas en sobres perfumados. Supuse que le habría pedido a él mi dirección y me sorprendió que hubiera dado el paso de escribirme. Becca me hablaba de todo un poco en sus cartas: de sus jornadas en la quesería familiar, de sus días que transcurrían monótonos, de las bodas, bautizos y entierros que parecían ser los puntales básicos de su cerrada comunidad. Jamás mencionaba a Lewis. Yo le contestaba con misivas más apresuradas, explicándole que le había hecho una entrevista a un cantante muy famoso y quejándome del tráfico de San Francisco y de los precios del transporte público. De un modo extraño, su mundo y el mío confluían a través de esas misivas en las que ambas nos desahogábamos.

Un día me llegó una nota suya con solo una frase, escrita apresuradamente con tinta rosada:

“Quizá haya llegado el día de ser valiente”.

Intuí lo que aquello significaba y me alegré por ellos, por ambos. Mi propia valentía estaba en tela de juicio y comencé a verter mis ansias de Blake en un proyecto: un álbum de fotos casero que hice con las instantáneas que Tracy había desechado para el reportaje. Había de todo: fotos de aquel día y otras que había hecho en las jornadas siguientes, trocitos de nuestra historia. Las fui pegando en un cuaderno y decidí que se lo daría a él cuando volviésemos a vernos.

La primavera fue abriéndose paso, adquiriendo su máximo esplendor. Hastiada de la casa cerrada y vacía, me acostumbré a ir en autobús hasta la bahía, para vagar entre los puestos de artesanías y los restaurantes de pescado para turistas, empapándome del aire tan cargado de ozono y de yodo que respirarlo era como limpiarse por dentro.

Estaba ahí cuando recibí un mensaje de Blake. Esta vez no había foto, solo palabras.

“¿Te gustaría venir la semana que viene? Se celebrará la fiesta de la cosecha y Fossey y yo bailaremos en el rodeo. Te he enviado el billete por correo electrónico. Por favor, di que sí.”

La risa estalló en mi boca antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo. Estuve a punto de ponerme a bailar. La respuesta surgió de mis dedos rápida como un fogonazo. Solo una palabra:

“Sí”

LA NOCHE DE LOS MILAGROS

Fiona

El vuelo San Francisco-Helena salió puntual pero esta vez me encontré con una compañera de viaje inesperada. Tracy Swanson en persona. Cuando la vi en el aeropuerto, arrastrando una maleta rosa y parapetada tras unas gafas de sol a lo Anna Wintour, estuve a punto de echarme a correr. No se me había pasado por la cabeza que ella fuese a ir también. Por algún motivo, en mi mente Tracy pertenecía a San Francisco, no a Trenton.

Para colmo teníamos asientos contiguos y empecé a sospechar que Blake lo había planeado adrede. Por si fuera poco, cuando el avión despegó y Tracy cerró el ejemplar de *Madame* que había estado leyendo y se inclinó hacia mí, supe que no me esperaba un vuelo silencioso. No tenía ni idea de qué esperar y le devolví una mirada de recelo. Ella sonrió y esta vez la sonrisa no fue fría y profesional, sino dulce y amable.

—Lo has hecho bien, Fiona. Muy bien.

—¿El reportaje? Sí, ya me lo habías mencionado. Gracias Tracy —dije un poco envarada.

—El reportaje y todo lo demás. El modo en que has lidiado conmigo. El modo en que te has enfrentado a todo esto... y a Blake. —Me dirigió una mirada que me hizo sospechar que probablemente sabía o sospechaba el giro final que había tomado nuestra relación—. Eres de las buenas, Fiona. Me pareció que era justo decírtelo.

Sus palabras me recordaron a Lori describiendo a Blake en la cocina, entre tazas de té humeante. Ella también había dicho que Blake era de los mejores.

—Bien... gracias. Ya sabes que estoy acostumbrada a lidiar con situaciones críticas. Con una madre como la mía...

A Tracy no le pasó desapercibido mi gesto de tristeza.

—¿Sabes que yo también estuve a punto de entregarme a la bebida? Sí, no pongas esa cara —añadió al ver mi gesto de incredulidad— Cuando Caesar murió también me sentí perdida, y como suele decirse, busqué una piedra que colgarme al cuello para hundirme con él. La bebida parecía algo fácil, algo que me permitía olvidar.

—Pero tú no te convertiste en alcohólica —le dije un poco airada—. No conseguía imaginarme a Tracy de ese modo.

—La verdad es que no. No conseguía acostumbrarme al sabor, por mucho zumo de piña que le añadiese. —Suspiró—. Ah, pero me convertí en una adicta al trabajo. Y en una zorra que maltrata y chantajea a sus periodistas. Todas tenemos nuestros demonios. Espero que algún día puedas perdonarme, Fiona.

No dije nada pero correspondí a su sonrisa. Casi la había perdonado ya. Por algún motivo, era mucho más fácil congraciarse con ella que con mi madre.

Cuando aterrizamos en Great Falls empecé a buscarlo inmediatamente y no tardé ni dos segundos en encontrar su mirada, como si ambos llevásemos auestas un imán que nos atase. Llevaba el pelo húmedo y una camiseta blanca que se ceñía a su cuerpo como hecha a medida. Lo que provocó en mí no se puede describir con palabras. Me temblaban las rodillas.

Tracy mostró mucho tacto y después de abrazarlo como si no lo hubiera visto en un año nos informó que se quedaba unas horas en Great Falls para almorzar con una amiga de su juventud y que cogería un taxi más tarde. En cuanto nos quedamos solos Blake me aplastó contra una pared cualquiera y devoró mi boca como si no hubiera un mañana. Nuestros labios se reencontraron, se saborearon después de esas semanas sin vernos. Nos costó separarnos.

Durante el trayecto hablamos de nimiedades, mirándonos de reojo, mientras nuestras manos cobraban vida propia en nuestra necesidad de tocarnos: caricias en la rodilla, en la nuca, en el brazo. Toques instintivos que salían de forma natural y que me hicieron sentir muy bien. Blake me contó que iríamos

directamente al recinto ferial, donde a aquellas horas se celebraba una feria con puestos de artesanías, concursos de tiro y desfiles como preámbulo al plato fuerte: los rodeos que tendrían lugar al día siguiente y en los que él participaría con *Fossey*.

Sus amigos también parecieron alegrarse mucho de volver a verme. Donna y Viola me acribillaron a preguntas sobre San Francisco y me aseguraron que habían agotado entre las dos todos los ejemplares de *Madame* con Blake en la portada que se vendieron en el pequeño quiosco de Trenton. Por la forma en que me miraban, debían pensar que iba a convertirme en la próxima Oprah Winfrey o algo por el estilo.

Busqué la mirada de Lewis, tratando de discernir si su relación con Becca había cambiado en algo, pero sus ojos azules no me revelaron nada. Aún así, pasamos un día estupendo todos juntos. Había conciertos de música ranchera y un puesto de comidas que era el paraíso de los amantes de la carne y en el que se utilizaban recias horcas de campesino para atravesar los enormes chuletones. Todos pasaron un buen rato de risas a mi costa cuando me comí sin darme cuenta un plato que ellos llamaron “ostras de la pradera” y que resultó estar hecho a base de criadillas de novillo. Casi me dio un síncope cuando me lo dijeron.

La noche nos encontró a todos con los rostros enrojecidos frente a las hogueras. Blake me abrazó por detrás, abarcando mi cintura con sus brazos y su aliento en mi nuca me puso los pelos de punta. Estaba deseando marcharme con él y estaba a punto de decírselo cuando llegó ella.

Becca.

Parecía confusa y fuera de lugar entre toda aquella gente, pero avanzó decidida hacia nosotros. Cruzó una breve mirada conmigo y después miró directamente a Lewis. Él se puso inmediatamente en pie y la siguió como si hubiera tirado de él con una correa. Se perdieron entre la multitud.

—¿Qué hacen estos dos? —Viola frunció el ceño, confusa.

—Ser valientes —respondí contenta. Me apreté más contra Blake.

Aquella noche, y esto es algo de lo que me enteré más tarde, Becca y Lewis fueron más que valientes. Esa fue la noche en que lo ganaron todo, en la que decidieron que la vida estaba hecha de errores y aciertos y que el hecho de estar juntos, de ser ellos, se englobaba dentro de los segundos. Muchos meses después, Becca me contaría como fue esa noche y aunque no me dio muchos detalles -siempre ha sido y siempre será muy pudorosa- puedo imaginar el modo en que le estalló el corazón cuando por fin besó a Lewis, o el modo en que la carne se le hizo mantequilla cuando él la llevó de la mano a un viejo granero abandonado y la miró como se miran las cosas más bellas de este mundo. Estoy segura de que la boca se les secó a ambos cuando sus cuerpos se reencontraron por fin, cuando sus manos escribieron en su piel su propia historia.

Fue la noche de los milagros. Esa noche, mientras Blake y yo nos escabullíamos de la fiesta para devorarnos mutuamente sobre la colcha azul de su cuarto, Becca y Lewis también unieron de una vez por todas los dos cabos de una cuerda invisible. Cerraron el círculo. Se convirtieron en más.

Fue la noche en la que las piezas de los puzles encajaron por fin, como un preámbulo a los malos tiempos que estaban por venir, porque cuando por fin me disponía a dormirme, feliz y satisfecha sobre el pecho de Blake, mi teléfono vibró con un mensaje de texto. Lo leí y supe que no podría evitarlo, que no iba a evitarlo. La buscadora de historias que dormía dentro de mí se desperezó como un lobo hambriento que despierta tras un largo sueño y comenzó a aullar.

Barry Brown, el antiguo gerente de los restaurantes *Bones* había accedido a hablar conmigo y me citaba el día siguiente, a una hora de Trenton.

LAS MANOS DE CAESAR

Blake

El aire era como una sopa caliente, aderezada por los gritos de los hombres, los mugidos de las vacas y los resoplidos inquietos de los caballos. Se notaba una gran tensión en el ambiente, como es habitual en este tipo de espectáculos. Siempre es lo mismo: en lugar de aliarse con los animales los rancheros se empeñan en vencerlos, dejando claro su dominio sobre ellos y forzándolos a hacer piruetas desesperadas que nada tienen de heroico ni de hermoso. Donde otros veían a un hábil vaquero derribando becerros, yo percibía un animal aterrorizado, plegando las rodillas en el polvo con la piel del cuello en carne viva por la soga. A su lado, el resto de las vaquillas se agitaban nerviosas, apretujándose entre sí, oliendo el miedo. Me alejé de allí lo más rápido que pude, pero en la zona destinada a los caballos la cosa era todavía peor: potros recién destetados que no habían conocido más que la tranquila compañía de su manada en los pastos, arrastrados a la fuerza, marcados y laceados por hombres ruidosos y burlones.

Foster entre ellos, por supuesto. Allí estaba, paseándose arriba y abajo como un gallo orgulloso tras haber ganado varias cintas azules en el concurso de reses. Parecía un payaso disfrazado de vaquero, con pantalones desteñidos a propósito y unas botas hechas a mano cuyo precio no debía bajar de mil dólares. Un sombrero reluciente protegía del sol ese huevo hueco que tenía por cabeza.

Un relincho conocido me hizo volver a la realidad. *Fossey* bufó y rascó el suelo con los cascos, bajando el morro con actitud entre asustada y confusa. Un hilillo de saliva le resbalaba por los belfos y mojaba el polvo a mis pies. Le puse una mano tranquilizadora sobre la frente, como a un niño al que se le mide la fiebre y ella se agitó, nerviosa. ¿Le afectaban el ruido y la confusión del ambiente o se trataba de algo más? Recordé las palabras del veterinario: hay caballos que se achican ante este tipo de espectáculos, que no valen. Pero *Fossey* valía, siempre había valido. Estaba seguro de ello.

La idea de que las palpitaciones habían regresado cruzó por mi mente como un insecto molesto, pero la rechacé. No, no podía ser. Teníamos que hacerlo. Teníamos que salir a bailar.

—Tranquila —murmuré.

Ella pareció calmarse un poco bajo el tacto de mi mano, como siempre sucedía. Dejó de corcovear y me miró fijamente, con esos ojos que parecían medias lunas. Su mirada era un interrogante.

—Todo va salir bien —le aseguré. Mis palabras sonaron a mentira, pero me dije a mí mismo que esa impresión era producto de los nervios del momento.

Comenzó el ciclo de competiciones de baile. A nuestro lado la música —en su mayoría piezas *country* tradicionales— comenzó a sonar a través de los grandes altavoces y uno tras otro, los caballos empezaron a bailar. Había participantes muy buenos, como el caballo de Jack Danon, el sobrino de Chip, que hizo una interpretación más que digna del clásico “*I am a Pilgrim*”. Pero ninguno era tan bueno como *Fossey*.

Cuando llegó nuestro turno se elevó un murmullo entre la multitud. Todos sentían curiosidad por ver con qué los sorprendería Blake Swanson, el díscolo heredero de Caesar, tan chiflado como para descuidar el negocio de las vacas y dedicarse a dar brincos por ahí a lomos de un caballo. Eso era lo que todos pensaban y el papel que *Fossey* y yo desempeñásemos a continuación sellaría nuestra aceptación o nuestro rechazo.

La yegua se había tranquilizado lo suficiente como para seguirme cuando avancé hasta el centro del cercado. Pude distinguir varias caras familiares entre el público: los rostros animosos de Lewis y Chip, en primera fila, e incluso la sonrisa esperanzada de Lori, que casi nunca va a los rodeos porque odia el bullicio pero había hecho ese esfuerzo por mí. Busqué a Fiona entre la multitud pero fui incapaz de encontrarla, a pesar de que estiré el cuello todo lo que pude. Esa mañana me había comentado que tenía un asunto que resolver en el pueblo y que trataría de volver lo antes posible. Todo muy misterioso. Intenté apartar los enigmas de mi cabeza y concentrarme en lo que tenía entre manos.

Alguien más se acercaba entre la masa de gente, alguien lo suficientemente importante o inesperado como para hacer que todos se apartasen a su paso, como las aguas del Jordán. Yo también me quedé boquiabierto cuando vi por fin de quien se trataba.

Era Tracy.

Hacía años que mi madre no se dejaba caer por los rodeos, porque tanto estos como la feria eran territorio indiscutible de Caesar y los recuerdos eran lo bastante dolorosos como para mantenerla al margen. Sin embargo, allí estaba, hecha un cuadro, con unas botas vaqueras de color rojo chillón, uno de sus caros vestidos de diseño y unas enormes gafas de sol que le ocultaban el rostro. La gente murmuraba y se ponía de puntillas para ver a “la californiana”. Ella no miraba a nadie, solo tenía ojos para mí. La saludé y me dirigió una de sus escasas sonrisas auténticas, sincera y absolutamente maternal.

En ese momento, la música empezó a sonar.

Los primeros acordes de *O Fortuna*, interpretada por Carl Off, resonaron en el aire y fue como si la multitud en pleno hubiese experimentado un escalofrío unánime. Al principio hubo ceños fruncidos, miradas de extrañeza ante las palabras en un idioma desconocido que cruzaban el aire. Sabía que había corrido un riesgo al elegir ese tema, nada menos que un poema medieval escrito por los goliardos, un grupo de clérigos vagabundos que durante el siglo XIII merodeaban por Europa componiendo canciones. Tragué saliva, nervioso. ¿Sería demasiado para los lugareños de Trenton? ¿Para los jueces que me miraban como si me hubieran crecido dos cabezas? Sin embargo, poco a poco, la magia fue calando en el público. Las conversaciones cesaron. La extrañeza dio lugar a admiración. *Fossey*, que había estado siguiendo el ritmo con las corvas, relinchó delicadamente y comenzó a bailar.

Y yo bailé con ella, buscando esa compenetración entre caballo y jinete que solo se consigue con dedicación y confianza. Podía sentir el aire vibrando a nuestro alrededor con la expectación de los que nos miraban, pero ellos habían pasado a un segundo plano, ya no eran importantes.

“Miras al animal a los ojos, acompasas tu paso a su trote, su respiración

a la suya. Te conviertes en una prolongación de su grupa, aprendes su ley. Y ya no necesitarás ni hablarle porque la bestia, sea novillo o caballo, te seguirá para siempre”.

Recordé esas palabras de Caesar, tan lleno de contradicciones que era capaz de amar a un novillo casi tanto como a su esposa y a su hijo y a la vez degollar sin que le temblase el pulso a otros de la misma especie.

Fossey y yo seguimos bailando, hasta que me pareció que no eran mis manos las que sujetaban las riendas, sino otras, más grandes y callosas, las manos de rancho de Caesar Swanson. Él estaba allí conmigo, en ese momento, danzando sobre la yegua.

Y no me di cuenta de que algo iba mal hasta que dirigí de nuevo la vista al público.

LA VERDAD

Fiona

El hogar para ancianos *Golden Living*, en Great Falls, era un edificio enorme bordeado por enormes jardines de estilo inglés. Era un remanso de paz y silencio, pero aún así no me gustó. A pesar de la limpieza y la sensación de comodidad me recordó demasiado a Hillsborough. Edificios estatales para los muy jóvenes o los muy viejos que no tienen otro lugar al que ir.

La chica de recepción pareció alegrarse mucho cuando le dije que iba a visitar a Barry Brown.

—Se alegrará de recibir visita. Es un hombre muy simpático. Sus hijos no suelen faltar los fines de semana, pero ahora en primavera, con la temporada de partos de las vacas...

—¿Son rancheros?

—Sí, de toda la vida. Su familia tiene tierras. Él se dedicó a los negocios durante algún tiempo, en Helena, pero le duró poco. Fue gerente de una franquicia, los restaurantes *Bones*... ¿los conoce?

—Me suenan, sí.

—Los mejores filetes a uno y otro lado del río Missouri.

La habitación de Barry era amplia y soleada y él estaba sentado en una amplia butaca, con una manta sobre las rodillas. Habría sido una bonita estampa de no ser por las gafas nasales conectadas a una bombona de oxígeno y por los pitidos de la maquinaria a su alrededor.

Él era bajito y tenía una espesa cabellera blanca. Las profundas arrugas alrededor de sus ojos se acentuaron cuando me sonrió.

—Señor Brown, muchas gracias por recibirme.

—No todos los días lo visita a uno una periodista —dijo con amabilidad—. Ruth, mi antigua vecina, me contó que había llamado. Era muy amiga de mi Cathy y es la única que entra a veces en nuestra vieja casa para regar las plantas. Hubiera querido llamarla antes pero no he estado muy bien en los últimos tiempos. Esto ya no funciona como antes —. Se dio unos golpecitos en el pecho, a la altura del corazón.

—No se preocupe. Ahora le veo con muy buen aspecto.

Me sonrió como perdonándose la mentira y me señaló una silla frente a él.

—¿Para qué quería verme?

—Verá, se trata de los restaurantes *Bones*. Sé que hace tiempo tuvo usted... problemas con ellos.

Su mirada amable se endureció de repente, se volvió oscura.

—Hace muchos años de eso.

Me incliné hacia él.

—Sé que en su día usted intentó acudir a la prensa con cierta información pero no le hicieron caso. Sé que hubo problemas con el ganado, algo turbio.

El hombre dio un respingo, sus ojos teñidos de alarma. Seguía dudando.

—Yo también soy periodista, señor Brown. Hace años le obligaron a callar, no tiene por qué hacerlo ahora.

Pareció decidirse. Cruzó las manos blanquecinas sobre el regazo.

—Mire, señorita, yo soy un hombre honrado. Provengo de una larga estirpe de rancheros, tan antigua como la del propio Caesar Swanson. Todos mis hermanos se dedicaron a la cría de ganado y se suponía que yo debía hacer lo mismo, pero era ambicioso. Caesar y su hermano Carl me ofrecieron la oportunidad de convertirme en gerente del primer *Bones*, en Helena. Acepté

sin dudarlo.

Asentí para instarle a continuar.

—¿Conoce el slogan de los restaurantes?

—“*Bones, el sabor de lo natural*”

—Exacto. Es una propaganda muy buena y al principio yo me la creí a pies juntillas. Nos traían las piezas de carne directamente de los mataderos, listas para congelar. Solomillos y filetes magníficos, sin apenas grasa. Puro músculo recién salido de los pastos, por decirlo de algún modo. Los restaurantes se hicieron muy populares en poco tiempo.

—Lo sé. Incluso en California son conocidos.

—Tardé en darme cuenta de que algo iba mal —continuó Barry—. Verá, una de mis nueras es de Trenton. Hubo varios brotes de enfermedad entre el ganado de los Swanson y ella me contó que las cosas estaban un poco revueltas... A las vacas se les paraba el corazón de repente, como un reloj estropeado que dejase de funcionar.

—Muy extraño —dije.

—Entonces comencé a ver cosas raras en la carne. Me crié en un rancho, estoy acostumbrado a ver piezas de vacuno, ¿comprende? No soy como esos turistas de ciudad que no saben distinguir un solomillo de una chuleta. Me di cuenta de que, a veces, las piezas de carne que llegaban a *Bones* eran distintas. Raras. Como más oscuras, más... tiesas.

—¿No lo comentó con los Swanson?

—Por supuesto. Carl Swanson me aseguró que eran imaginaciones mías. Además, el restaurante tenía inspecciones periódicas, como establece la ley.

—¿Y no encontraron nada fuera de lo normal?

—No, pero lo cierto es que este tipo de inspecciones suelen centrarse en la contaminación gruesa; ya sabe: productos mal congelados, contaminación por

materias fecales... No encontraron nada. Aún así, hubo varias quejas en aquella época, gente que se sentía mal después de comer en *Bones*. Vómitos, palpitaciones... Síntomas muy extraños. Y jamás hubiéramos averiguado qué ocurría de no ser por la señora Swanson.

—¿Tracy? —pregunté con incredulidad.

—No. La otra señora Swanson, Camille. La ex esposa de Carl.

—¿La madre de Foster! —exclamé— Sé muy poco sobre ella, solo que ella y Carl Swanson están divorciados.

Barry asintió.

—Era veterinaria, una mujer encantadora. Era muy amiga de mi Cathy. Una noche vino al restaurante, cuando ya casi estábamos cerrando. No quería comer, solo emborracharse. “*Cathy, he hecho algo horrible*”, le dijo a mi mujer después de dos whiskys. “*¿Qué has hecho, Camille?*”. Ella nos lo contó todo. Su esposo había estado medicando a las vacas con clenbuterol, que sacaba de *VetLabs* gracias a ella.

VetLabs. El pulso se me aceleró.

—Foster Swanson trabaja ahora en *VetLabs* —murmuré.

—¿Conoce los efectos del clenbuterol?

—¿No es lo que toman los deportistas para rendir más? Es una sustancia prohibida.

Barry asintió.

—También está prohibido su uso con el ganado. Si se les administra, el proceso de engorde se acelera, se vuelven más grandes, más musculosos.

Recordé a algunos de los novillos de los Swanson, tan grandes como crías de dinosaurio.

—Carl Swanson sustraía clenbuterol de los laboratorios gracias a su mujer

y se lo daba al ganado para hacerlo ganar masa muscular —resumí—. Creo que ahora es su hijo Foster el que lo sigue haciendo. ¡Llevan años haciendo esto! ¿Cómo es posible?

—En teoría, en personas sanas, los efectos que produce comer carne contaminada con clenbuterol son sutiles y pasan desapercibidos —continuó Barry—. Nada escandaloso, nada que pueda calificarse de “intoxicación alimentaria” para el ojo poco entrenado. Sin embargo, y como entre sus efectos está el de aumentar la frecuencia cardíaca, pueden ser dañinos en una persona que tenga problemas de corazón.

Recordé lo que Blake me había explicado acerca del niño que había muerto. “Nació con una cardiopatía”.

—Billy Graham —dije con un escalofrío.

—Exacto. Su familia era asidua del restaurante, venían todos los domingos. El niño había nacido con un problema cardíaco grave y ya había sido sometido a varias operaciones. Parecía que todo iba bien, que ya había pasado todo lo peor y entonces...

—Su padre lo supo, ¿verdad?

—Creo que Camille Swanson también se lo dijo. Enterarse de la muerte del niño fue demasiado para ella, teniendo en cuenta que sospechaba exactamente qué tipo de factor había contribuido a ella. Una semana después del funeral, Camille estaba ya divorciada de Carl y en un avión rumbo a Europa.

Miré a Barry. El anciano parecía decaído y las manos le temblaban.

—Tanto Philip, el padre de Billy Graham, como yo, tratamos de que se investigara el asunto, pero todas las puertas se nos cerraron. La sombra de los Swanson, alargada como un día de invierno, parecía seguirnos allí a dónde íbamos. Nos tacharon de locos. Lo perdimos todo y tuvimos que empezar de nuevo. Philip cogió al resto de su familia y se marchó lejos. Sinceramente no lo culpo.

—No puedo creer que un asunto así haya podido enterrarse bajo la

alfombra.

—Quizá hoy en día no habría sido así. Las inspecciones son mucho más exhaustivas en los tiempos actuales. ¿Ha dicho que siguen pasando cosas raras en el rancho?

Asentí confusa. Recordé los brotes de enfermedad de los que Blake me había hablado; vacas que morían sin motivo aparente. También había estado preocupado por Fossey y un par de caballos más habían muerto también. ¿Sería posible?

—¿Caesar Swanson estaba al tanto de todo eso? —pregunté.

—No sé si lo sabía, Sinceramente creo que Carl actuaba a sus espaldas y que Caesar tenía ciertas sospechas. Pero nunca lo sabremos.

Nos quedamos un rato en silencio y me levanté para irme. La cabeza me bullía llena de preguntas y de miedos.

—Tenga cuidado, señorita —me dijo Barry Brown cuando me disponía a salir—. Los Swanson no son trigo limpio.

Miré por última vez al anciano. Sus ojos relucían con el brillo de las lágrimas.

“Blake no”, pensé antes de salir. “Blake no”.

O FORTUNA

Blake

Supé que algo iba mal al ver la cara de mi madre.

Fue como un flashback, un flashback horrible. Tracy es una mujer de pocas expresiones faciales, proclive a esconder lo que está pensando tras una máscara. Hace años, cuando él murió y los paramédicos le dieron la noticia, vi como esa máscara se resquebrajaba ante mis ojos, como si fuese de cera. Ahora, ahí en pleno rodeo, la máscara se quebró de nuevo. Incredulidad, dolor, tristeza.

Entonces lo noté bajo mis muslos. *Fossey* temblaba. Seguía moviendo las patas al ritmo de los acordes, pero eran movimientos rígidos, carentes de flexibilidad.

Las personas que habían estado mirándonos extasiadas fruncieron el ceño. Me incliné sobre el cuello de la yegua para hablarle al oído y en ese momento ella dobló las rodillas.

Como a cámara lenta, vi como Lewis saltaba la valla y se acercaba corriendo. Descabalgué rápidamente y me incliné sobre ella. Sus ojos eran dos lagos profundos y me pedían socorro. Verla caer al suelo fue como contemplar a cámara lenta un árbol tocado por un rayo; primero las rodillas, luego los flancos, hasta que no pudo soportarlo más y se tumbó de costado. Sentí como el pánico me dominaba y le sujeté los belfos: la saliva me empapó la mano inmediatamente. Respiraba muy deprisa, demasiado deprisa.

Una mano me apartó. Brent Jefferson estaba muy serio, sujetando en la mano su instrumental veterinario. A nuestras espaldas la gente se removió, algunos curiosos acercándose para ver más de cerca, otros alejándose para huir de lo feo y lo terrible.

—Cambios en el ritmo cardíaco... sudor frío... Parece una enteritis previa,

tiene el intestino algo inflamado... —Las palabras del veterinario resonaban sobre mi cabeza, huecas, vacías de significado.

Los acordes de O Fortuna seguían sonando, como un presagio oscuro.

*“O Fortuna,
como la luna
cambiante,
siempre creciendo
y decreciendo;
detestable vida
primero oprimes
y luego alivias
a tu antojo... “*

—Apártate, Blake, por favor. ¡Déjame trabajar! —tronó el veterinario.

Cerré los ojos. Apoyé la cabeza en el pecho de *Fossey*, sobre su corazón.

La tenía ahí cuando dejó de latir.

TRAICIÓN

Fiona

Nada más salir de *Golden Living* llamé a Miranda para contárselo todo. Soltó un alarido de excitación.

—¡Te lo dije! ¿Lo ves, Fiona? Es increíble. Tienes en tus manos la historia del año.

Tragué saliva. Me costaba encontrar las palabras.

—No sé... —murmuré.

—¿Cómo dices?

—Cuando todo esto salga a la luz... ¿cómo le afectará a Blake? Está apenas empezando con lo del entrenamiento de caballos...

—¿Te has vuelto loca? —Miranda hablaba con tono chillón, exasperada—. Un asunto así no puede taparse, es gordísimo. Te recuerdo que hace años un niño murió por culpa de los Swanson. ¿Y si sucede de nuevo? ¿Llevaremos eso sobre nuestras conciencias?

Cerré los ojos. Miranda tenía razón. Años atrás, Barry Brown y el padre de Billy habían acudido a la prensa y se les habían cerrado las puertas. Ahora yo era la prensa. Y tenía un gran escándalo entre mis manos. ¿Por qué no me sentía entusiasmada? ¿Por qué sentía ese halo de tristeza?

—De acuerdo —le dije a Miranda—. Pero tengo que esperar antes de publicar el artículo. Necesito hablar con Blake y explicárselo todo.

Noté el desagrado de Miranda como un peso invisible a través de la línea telefónica.

—¿Estás segura de que él no sabe ya lo que sucede en su rancho? —dijo

con impaciencia.

—¡Por supuesto que no! Él es una víctima más de todo esto y no quiero añadir más dolor a este cóctel. ¿Sabes que incluso hubo quien sospechó de él cuando su padre se ahogó? Lo ha pasado fatal durante estos años —dije enardecida.

Tras un silencio, Miranda habló con voz más calmada.

—Está bien. Tómate tu tiempo, pero recuerda que esto tiene que salir a la luz. Cuando estés lista, hablaré con mis contactos en Agricultura y les daré el soplo para que hagan una inspección exhaustiva entre el ganado de los Swanson. Al mismo tiempo, tú publicarás el artículo. Será como una operación en varias fases, no sabrán de donde le vienen los tiros.

Aquello me sonó a estratagema bélica. Pero ¿cómo se clava un cuchillo sin provocar una herida? Miranda aceptaba mi respuesta.

—Está bien —acepté con desgana.

El silencio que siguió fue espeso y pude sentir el eco de sus pensamientos sobre mí, acusatorios.

—Le quieres, ¿verdad?

No respondí. No era necesario.

Cogí un taxi que me llevó directamente al recinto ferial donde se estaban celebrando los rodeos. Me abrí paso entre gente bulliciosa, novillos que tenían cara de desear estar en cualquier otro lugar y vaqueros que se esforzaban por azuzarlos.

Me dirigí a la zona de los caballos, buscando a Blake, y Tracy me salió al encuentro. Su aspecto me sobrecogió: estaba muy desaliñada y tenía los ojos tristes y decaídos.

—Ven —dijo haciéndome señas.

Me condujo hacia una de las carpas. Blake estaba allí y se puso inmediatamente en pie cuando me vio llegar.

—¿Dónde estabas?

—¿Qué ha pasado?

—*Fossey* ha muerto

Me asusté al ver su aspecto. Parecía un desconocido, un fantasma triste y esquivo. Su rostro estaba crispado y parecía un árbol al que le han quitado toda la savia. Lo abracé. A nuestro lado, Chip hablaba con un hombre robusto que reconocí como el veterinario y capté palabras sueltas de su conversación. “Infarto” “Inesperado” “Corazón”.

Contuve las lágrimas. Yo tenía mis sospechas sobre qué era lo que realmente le había pasado a *Fossey* y temía que si las compartía con Blake en ese momento, le destruiría. Le miré. Parecía estar en otro mundo, en un lugar al que yo no podía seguirle.

Decidí esperar para contárselo. Salimos de la carpa cuando ya el sol teñía de rojo el horizonte y se habían llevado el cuerpo de la yegua. En la casa, Lori nos sirvió una cena fría que ninguno quisimos probar y Tracy, con su habitual eficiencia, se encargó de firmar los papeles que le trajo del ayudante del veterinario y de organizarlo todo para disponer del cuerpo de *Fossey*.

Muy lentamente, Blake fue despertando de su extraño sopor y regresando al mundo. Nos sentamos junto a la chimenea encendida. Le escuchamos contar anécdotas sobre la yegua, desde su llegada al rancho cuando era un potrillo torpe como patas como regalices. Lloramos. Reímos. Lori hizo té y nos lo tomamos a pesar de que nos quemamos la lengua, porque necesitábamos calentarnos por dentro, volver a ponernos en marcha. Blake me cogió la mano y no volvió a soltármela, como si necesitase ese ancla para no volver a caer. El amor no es solo pasión, sino ternura y abrigo en los malos tiempos y nosotros lo estábamos aprendiendo.

Mucho más tarde, subimos a su habitación y caímos rendidos sobre su cama azul.

—Aún no me has dicho a dónde fuiste mientras se celebraban los rodeos — dijo Blake.

—Tengo que contarte algo.

—Dime.

Miré su rostro. Sus ojos estaban rodeados de círculos oscuros y su mirada parecía frágil. No fui capaz.

—Mañana —le prometí.

Pero no hubo un mañana.

Nos despertamos con los gritos que provenían de la cocina. La luz se filtraba a chorros por la ventana y Blake y yo nos miramos el uno al otro, pálidos y asustados, antes de bajar corriendo las escaleras en dirección al alboroto. Por algún motivo, el escándalo me recordó a las frenéticas discusiones que se producían de vez en cuando en *Madame*, con Madison y Amber enloqueciendo por alguna noticia especialmente jugosa.

Sin embargo, no era Tracy quien estaba en la cocina, sino Lori, que nos miró con cara de no entender nada. La que gritaba era Viola, muy nerviosa, esgrimiendo un teléfono móvil y gesticulando sin parar. Repetía una y otra vez que tenía que hablar con Blake. Llevaba una chaqueta puesta encima del pijama y parecía haber venido corriendo sin molestarse en vestirse.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Blake.

Viola nos miró. Sus ojos resbalaron por mi rostro, tan fríos y acerados que me dio miedo. No quedaba ni rastro de la chica parlanchina y despreocupada que había conocido.

—¿Qué has hecho, Fiona? —me preguntó con asco.

—¿Yo?

Le entregó el teléfono a Blake y yo me incliné también sobre la pantalla. Lo primero que reconocí fueron los colores azules y verdes de la cabecera de la página web de *Live*, la revista para la que escribía Miranda. Sentí un escalofrío. Comencé a leer el artículo que Viola nos señalaba y el estómago se me cerró, convertido en un puño crispado:

¡Escándalo! Importantes rancheros de Montana sospechosos de drogar a sus reses con clenbuterol

Miranda Walls/ Fiona Archer

Una nueva controversia sacude el mundo de la industria de la carne. Esta vez, el centro del escándalo se encuentra en Trenton, Montana; concretamente en el rancho Swanson, propiedad de la familia que controla la cadena de restaurantes Bones. Fuentes del Ministerio de Agricultura han confirmado a esta publicación que están tomándose muy en serio las filtraciones que les han llegado, y que demostrarían que los Swanson llevan años drogando a sus reses con clenbuterol, una sustancia prohibida por la FDA. Entre los efectos adversos de esta sustancia están el aumento de la respiración y la frecuencia cardíaca, así como lesiones en el miocardio y hepatotoxicidad.

Fuentes consultadas por esta publicación han revelado que las carnes Swanson podrían llevar años afectadas por esta sustancia. El rancho fue creado en los años setenta por Caesar Swanson, ya fallecido, y su gestión actual recae en manos de su hermano Carl Swanson y de su hijo Blake Swanson.

Por ahora, todas las investigaciones siguen abiertas. Fuentes del Ministerio han confirmado que además de las inspecciones y actividades operativas, se mantendrán contactos con las autoridades del condado y se procederá al análisis de más de 1.000 reses de la explotación ganadera.

Dejé de leer y traté de reunir fuerzas para mirarlo a él. Lo que había hecho

Miranda, su traición, me dolió como un puñetazo, pero no fue nada en comparación con lo que vi cuando por fin me enfrenté a sus ojos. Decepción. Desprecio. Una frialdad que me alejaba de él como si hubiese caído por un sumidero.

—Yo no...yo no sabía...—tartamudeé.

—¿Es esto lo que habías venido a buscar, Fiona? —Su voz era tan fría que me dio miedo—¿Tu gran reportaje? ¿Era este tu plan desde el principio?

Quise defenderme, negarlo todo. Abrí y cerré la boca como un pez en la superficie. Tenía razón, era eso lo que había ido a buscar en un principio. ¿Cómo explicarle que ya no me importaba, que mis prioridades habían cambiado por completo?

—No así —dije con tono lastimero.

—Pues ya lo tienes.

—¿Ha sido Miranda! Te prometo que yo no sabía...

Mis palabras quedaron ahogadas por la entrada precipitada de Chip. Tenía un teléfono pegado a la oreja y estaba muy pálido.

—¿Qué demonios pasa, Blake? Hay un montón de camiones de Agricultura en la explotación y lo están precintando todo.

Blake me miró de nuevo. Sus ojos estaban muertos.

—Vete de aquí, Fiona.

—¡No! Necesito explicártelo...

Tracy bajó las escaleras en ese momento. Llevaba su portátil en la mano y su expresión me reveló que ya se había enterado de todo.

—Será mejor que te vayas, Fiona —dijo con cansancio.

Así que lo hice. Me fui. No recuerdo bien como llegué a la habitación, ni

como hice mi maleta a trompicones. Los momentos más felices de mi vida explotaban ante mí, como pompas en el aire.

Me fui y lo único que dejé atrás fue el álbum de fotos casero que había hecho para Blake, en el fondo de un cajón.

Ya no merecía la pena.

MONTAÑAS DE BASURA

Blake

El artículo de *Live* solo fue la punta del iceberg.

Con el paso de los días, la tormenta mediática se convirtió en un huracán mediático. Fue brutal. Trenton pasó de ser un pueblo pacífico y somnoliento, en el que lo más emocionante que sucedía era alguna pelea entre rancheros o el ataque al ganado por parte de algún lobo; a convertirse en el epicentro de uno de los mayores escándalos que habían sacudido la región.

Para nosotros, los Swanson, la caída fue en picado y sin frenos. Los establos fueron cerrados y precintados y las reses trasladadas con el fin de analizarlas. Las acciones de *Bones* cayeron a ras de suelo y la Junta se convirtió en una especie de mesa redonda artúrica, con los accionistas rabiosos clamando venganza como paladines y buscando culpables. El rancho se llenó de extraños- policía, FBI, inspectores del Ministerio de Agricultura- que nos sometieron por turnos a interrogatorios dignos de un episodio de CSI. Carl y Foster fueron detenidos el mismo día de la publicación del artículo y parecía que nadie iba a librarlos de pasarse varios años a la sombra. Yo sospechaba que Brent Jefferson no tardaría en acompañarles en esa nueva aventura.

Por extraño que parezca, las autoridades no sospecharon que yo pudiera estar implicado. Mis años alejado del rancho y mi obvia desvinculación de los negocios de mi tío fueron mis principales bazas.

Con la publicación del artículo salieron a la luz resquemores y viejas rencillas. Aquellos que habían envidiado a mi padre por su éxito, los que habían odiado a Carl por su arrogancia o a Foster por ser un completo gilipollas entraron al trapo. Vecinos con los que no habíamos cruzado una sola palabra concedían entrevistas a las puertas de sus ranchos, asegurando que ellos siempre habían sospechado, que las reses de los Swanson no podían ser

tan fuertes y tan grandes sin que hubiera gato encerrado.

Los periodistas se pusieron las botas. Venían en manada desde Helena, desde Bozeman, incluso desde otros estados como California, donde los restaurantes *Bones* habían sido muy populares. Se apostaban en el límite del rancho, sacando fotos y hurgando en la noticia como coyotes famélicos. Los veía desde la ventana de mi habitación, pisoteando el prado y llamándose entre sí con voces chillonas. Durante varios días seguidos los vigilé como un halcón, siempre temiendo ver aparecer entre ellos una melena roja, aterrorizado ante la idea de que ella hubiese vuelto para reclamar su parte del pastel.

Nunca lo hizo.

Poco a poco, la historia completa fue desvelándose, como una pestilente montaña de basura que no dejaba de crecer. Cuanto más hondo escarbaba la prensa, más detalles desagradables salían a la luz. ¿Cómo era posible que yo hubiese estado ciego durante tantos años a lo que sucedía bajo mis narices? Mi tío y mi primo habían actuado con astucia, como serpientes escurridizas, administrando el clenbuterol a algunas ventregadas de novillos mientras que otras se mantenían limpias para no levantar sospechas. Era una operación calculada, pensada fríamente para incrementar las ganancias del rancho año tras año, pero no de forma tan escandalosa que alguien empezase a sospechar. Al parecer en los últimos tiempos a Foster se le había ido la mano y había empezado a incrementar las dosis a espaldas de su padre, provocando el fallecimiento de varios ejemplares. Mi primo era un idiota hasta para idear maldades.

Todo era tan sórdido que daba miedo. Mi mente hervía como un hormiguero, recalando siempre en la misma pregunta sin respuesta. ¿Estaba Caesar al tanto de lo que su hermano se traía entre manos? Recordé las discusiones entre ellos durante sus últimos días de vida, la insistencia en que yo asumiese mi parte del negocio, en que me implicase más en el rancho. Detalles que me indicaban que, al menos, había sospechado algo. ¿Hasta qué punto? Jamás lo sabría.

Pensar en Caesar ya era doloroso para mí en cualquier circunstancia, pero pensar en un Caesar que hubiese estado al tanto de algo tan horrible y no lo hubiese denunciado era más de lo que podía soportar.

Mientras tanto, el circo mediático continuaba, para deleite de los espectadores a lo largo y ancho del país. Los programas de telebasura despedazaban la noticia como lobos hambrientos y trataban de entrevistar a todos los implicados. El padre de Billy Graham, el niño que había muerto por complicaciones coronarias tras comer en *Bones*, regresó de su destierro y su rostro se convirtió en habitual de todos los platós, en los que recordaba a su hijo y calificaba a los Swanson como monstruos sin entrañas.

A mi pesar, estaba muy de acuerdo con él.

Había otro tema que me escocía, como una arena molesta dentro de mi zapato. *Fossey*. Foster le había administrado el clenbuterol como una especie de jugarreta macabra, un gesto de odio más hacia mí, el impostor que había heredado parte del negocio que de otra forma hubiera sido solo suyo. Quería hundirme, eliminar junto con mi yegua todas mis posibilidades de abrirme camino con el entrenamiento de caballos. Me odiaba, mucho más de lo que yo había imaginado. Al parecer, había estado ensayando los efectos de la droga en los equinos antes de decidir dársela a *Fossey*; la muerte de *Autumn* y de su cría eran prueba evidente de ello.

Mi primo salió en libertad condicional bajo fianza- que sus abogados se apresuraron a pagar- pocos días después de su detención, a la espera de juicio y con la certeza de que esas serían las últimas jornadas que pasaría en libertad en mucho tiempo. Estaba pálido y demacrado y todo su aire de arrogancia había desaparecido. Yo lo esperaba en la furgoneta de Chip y cuando se me acercó, con cara de no entender nada, le di un puñetazo tan fuerte que sentí como su nariz se rompía limpiamente bajo mis nudillos.

No me ayudó a sentirme mejor pero, de algún modo, noté que era lo justo.

—Lo único que siento es que no le hayas dejado también un ojo negro—dijo mi madre con fiereza cuando se lo conté—. No quedaría ni la más mínima duda de su parecido con Fester Adams.

Lo cierto es que ella se lo había tomado todo bastante bien. Se quedó durante unos días en Trenton después del escándalo pero enseguida tuvo que volver a San Francisco ya que, por supuesto, *Madame* también estaba sufriendo las consecuencias del artículo; sobre todo teniendo en cuenta que su

último número me había mostrado en portada como un *cowboy* recién salido de una película de Hallmark. Las redes sociales y el panorama de la prensa rosa eran un hervidero. Los mismos que me habían catalogado como el “vaquero más sexi del siglo XXI” me tachaban ahora de sinvergüenza, de pertenecer a una familia de delincuentes, e incluso algunos dudaban de mi implicación en el caso. Sin embargo, mi madre es toda una leona y pronto tuvo a toda su cohorte de periodistas embarcadas en una ardua campaña para limpiar mi imagen de nuevo. Creo que en el fondo este tipo de misiones frívolas son la sal que da sentido a su vida.

Ni Tracy ni yo habíamos vuelto a mencionar a Fiona desde su marcha, pero cuando la llevé al aeropuerto, mi madre se me quedó mirando por encima de sus gafas de sol, con ese gesto de sabionda que se le pone cuando está a punto de dar algún consejo.

—La echas de menos, ¿verdad?

—¿Cómo? ¡Por supuesto que no! —mentí—. Después de lo que nos hizo...

Ella tardó en responder. Meneó la cabeza y suspiró un poco, como enfrentándose a un niño muy torpe o muy tonto.

—Oye Blake. Cuando ella dijo que no tenía ni idea de que su amiga iba a publicar ese artículo, tú la creíste, ¿verdad? —me soltó como quien anuncia una verdad incuestionable.

—Yo no... —empecé.

—Porque yo sí la creí. Sin asomo de duda.

Tracy me guiñó un ojo y se alejó hacia la terminal, arrastrando tras ella su maleta pija de ejecutiva agresiva. La multitud se la tragó y yo me quedé mirando al vacío, demasiado agitado como para pensar en sus palabras, demasiado confuso para pronunciar en voz alta la única respuesta a su pregunta que me parecía válida.

La única posible.

LAS MANOS DE UNA MADRE

Fiona

Mi padre está enterrado en San Bruno, a unos veinte kilómetros al sur de San Francisco. El autobús me dejó a pocos metros del cementerio, en una parada en la que había restos de flores pisoteadas en el suelo. Las dos mujeres que se bajaron conmigo también llevaban flores, concretamente lirios blancos que dejaban en el ambiente un aroma a bosque y a humedad. Yo, en cambio, solo llevaba una bolsa de plástico con dos botellas cuyo tintineo al entrecrocarse entre sí fue acompañando mis pasos hasta el portón de la entrada.

Hacía mucho tiempo que no iba. La última vez había sido poco después de salir de Hillsborough, en un último acto de despedida antes de iniciar mi vida adulta. Aquella vez no había llorado: tenía los ojos tan secos como arcilla, tan duros como la bola de determinación que crecía en mi interior. En voz baja, le había prometido a mi padre que saldría adelante, que cumpliría todos mis sueños, que escalaría la enorme montaña que la vida había puesto en mi camino hasta llegar a la cima, agotada y triunfante.

Ahora, años después, volvía después de haberme despeñado por un terraplén muy abrupto, posibilidad que en mi ceguera jamás había contemplado. Mis ojos seguían secos pero tenía la cabeza más gacha que antes, más vencida.

Avancé hacia el lugar donde él está enterrado. Su lápida es de las sencillas: una piedra lisa y alargada en la que constan su nombre y las fechas además de tres palabras: “Esposo”. “Padre”. “Amigo”. Yo hubiera añadido una más: “Pegamento”, porque él había sido la cola que había mantenido unida a nuestra familia, cuyos trozos se resquebrajaron como porcelana fina después de su ausencia.

Las lápidas colindantes estaban casi todas adornadas con flores, una explosión de colores y perfumes con la que los vivos trataban de honrar a los

muertos. La de mi padre estaba desnuda de adornos, tan árida y vacía como el hueco que había dejado en nuestras vidas.

Me deje caer sobre la hierba y un par de abejas que habían estado libando en las flores cercanas alzaron el vuelo asustadas. La quietud que reinaba era apabullante, como si aquel lugar fuese un oasis dentro de la ciudad ruidosa. Y a pesar de todo, el silencio no era completo: sobre los muertos la naturaleza bullía de vida, implacable, presente en el zumbido de los insectos, en los trinos de los pájaros, en el murmullo de las hojas agitadas por el viento. Una sinfonía perfecta y salvaje que me recordaba a Trenton.

Y a él.

Desde mi vuelta a San Francisco me había convertido en un despojo de mí misma. Había presentado mi renuncia en *Madame* antes de que Tracy se molestase en despedirme y ni siquiera había tenido que verla o hablar con ella. Lo prefería así: la vergüenza me revestía como un manto, convirtiéndome en una especie de vampiro que temía salir a la luz del sol. Mi madre no estaba; probablemente seguiría en Fresno con su hermana o habría entrado en otro de sus bucles de correrías dignas de una *road movie*; de modo que me dedicaba a vagar por los pasillos desiertos como un alma en pena, contemplando la silueta de mi sombra a la contraluz de las ventanas. Me sentía perdida, como si alguien me hubiese cortado el alma en pedacitos y ahora no supiese como recomponerlos.

Miranda había intentado hacerme “entrar en razón”, llamándome por teléfono al menos dos veces al día en vanos intentos por retomar nuestra relación. Perdonarla no entraba dentro de mis planes: su traición resonaba en mi mente como un tambor de guerra y el abismo que se había abierto entre nosotras era tan grande que no creía que pudiera llegar a cruzarlo jamás. Lo peor era que ella no lo entendía, no comprendía mi cambio de actitud. Para Miranda hundir a los Swanson no era más que un medio para el fin que ambas queríamos conseguir desde que salimos de la Universidad: que nuestros nombres resonasen en la escena periodística. Ellos no eran dignos de nuestro respeto, eran los otros, los que lo tenían fácil, los que no habían crecido en Hillsborough. No merecían más de un pensamiento por nuestra parte.

Meses atrás, hubiera estado de acuerdo con ella. Ya no.

Abrí la bolsa de plástico y saqué la primera de las botellas. *Smirnoff*, uno de los vodkas habituales de mi madre. Había odiado esas botellas toda mi vida. Ellas eran las culpables de todo, las que me los habían arrebatado a los dos- mi padre, atropellado por un camionero borracho, mi madre buceando en ellas como si quisiese perderse en su fondo-. Cuando retiré el precinto el olor penetrante del vodka estuvo a punto de echarme hacia atrás, y sin embargo me la llevé a la boca. El primer sorbo me quemó el paladar, se deslizó por mi garganta como si quisiera dejarla en carne viva. Bebí otra vez. Y otra más.

Allí estaba yo, después de toda una vida censurando a mi madre, haciendo exactamente lo mismo que ella, como si por alguna extraña maldición nuestros destinos estuviesen entrelazados. Incluso mi reflejo, desdibujado en el vidrio irisado de la botella, se parecía cada vez más al de ella: la misma mirada seca, los mismos labios caídos.

Las lágrimas tardaron en llegar pero lo hicieron, como si el alcohol hubiese ayudado a empapar una esponja que llevaba seca demasiado tiempo. Lloré y grité e insulté a todo el mundo: a mi padre, por haber tenido la mala suerte de cruzarse con aquel camión, a mi madre por su abandono, a mí misma. Sobre todo lloré por Blake, por lo mucho que lo echaba de menos. Porque se había metido bajo mi piel y por mucho que rascase y frotase no conseguía borrar su rastro.

Me hice un ovillo con la cabeza entre las manos y la mejilla contra el suelo. Unas briznas de hierba se me metieron en la boca, tenían un sabor húmedo, a vegetal vivo. Probablemente las pocas personas que se acercaron al cementerio a aquellas horas pensarían que era una borracha buscando recovecos sombríos donde dar rienda suelta a mi miseria.

Bueno, no estaban muy lejos de la verdad.

No sé cuánto tiempo estuve allí. El atardecer comenzó a dibujar sombras sobre las lápidas y las temperaturas empezaron a caer en picado. Era incapaz de moverme: sentía las piernas dormidas, la cabeza estaba a punto de estallarme y el regusto a alcohol subía por mi garganta, quemándome. Seguí dejándome caer en el agujero negro al que mi mente parecía querer llevarme hasta que unos brazos aparecieron de la nada y tiraron de mí hacia arriba. Eran unos brazos delgados como ramitas pero parecían tener una fuerza colosal.

Algo en el fondo de mi mente despertó y una mezcla de olores conocidos invadió mis fosas nasales: aliento dulzón y perfume barato. Era mi madre. Abrí los ojos llorosos y me encontré con el manto reseco de su melena idéntica a la mía. ¿Qué estaba haciendo allí? La miré con el ceño fruncido.

—¿Por qué estás aquí? Te habías ido. Como siempre —le dije con una voz pastosa que parecía más suya que mía. Ella me miró con expresión neutra.

—He vuelto —dijo antes de inclinarse de nuevo y poner sus brazos alrededor de mi cuerpo, en una especie de abrazo maternal que a las dos nos resultaba ajeno.

Al principio me resistí. No me acurruqué contra ella como una hija buscando consuelo porque el pecho magro de mi madre, con costillas que sobresalían como los barrotes de una jaula, jamás había sido mi sitio. Pero ella, con una terquedad que no le conocía persistió en su empeño. No se alejó cuando la aparté a empujones, ni cuando empecé a darle con los puños en los brazos, gritándole que me dejase en paz. Aceptó impasible cada embiste, mientras yo chillaba y le decía todo lo que había callado durante tantos años. La acusé por haber bajado a los abismos, por ser tan cobarde, por haberme forzado a convertirme en alguien duro y fuerte, cuando yo también hubiera querido ser frágil muchas veces. Ella siguió sujetándome, resistiendo hasta que, agotada, acabé apoyada en su hombro, sintiéndome extrañamente aliviada y vacía.

Después me ayudó a ponerme en pie y nos fuimos a casa. Me apartó el pelo de la cara las diez veces que me agaché a vomitar por el camino y cuando llegamos me metió en la bañera y me frotó con una esponja caliente hasta que entré en calor. Me arropó y se quedó con la mano en mi frente, una mano fría y un poco áspera, hasta que me quedé dormida.

Mucho más tarde me confesaría que el haberme encontrado ese día en el cementerio había sido una casualidad, un golpe de suerte. Yo no lo sabía, pero después de cada correría por todo el país, cada vez que el abismo tiraba de ella y le impulsaba a huir de mí — de nosotras- mí madre recalaba en San Bruno como un perrillo agotado, para contarle sus miserias a la lápida lampiña de mi padre. Debió ser un shock para ella el encontrarme allí, en la misma postura que ella había adoptado tantas veces, con idéntico hedor a

alcohol.

Mientras me quedaba dormida en mi cama, tras la primera borrachera de mi vida, sintiendo el tacto torpe de sus caricias, recordé la frase que Blake me había dicho no hacía tanto tiempo.

“Llega un día en el que todos necesitamos una madre”.

Tenía razón.

SANGRE Y NIEVE

Blake

La primavera terminó con un alud.

Es un fenómeno poco habitual, presente solo en las zonas muy altas y frías, como los picos más elevados de Mount Glacier. La nieve, después de haber estado presente casi dos estaciones seguidas, se da por vencida y se precipita ladera abajo, barriéndolo todo a su paso. Hubo varios aludes ese año, pero el más grande, el más terrible, se estaba produciendo justo ante mis ojos. El alud mediático quebró las raíces de la familia Swanson, que hasta entonces se habían mantenido firmes y bien afianzadas.

Los aludes suelen dejar tierra nueva a su paso, lo limpian todo. Todavía tenía mis dudas de que en nuestro caso fuera así.

Fiona ocupaba mis pensamientos día y noche, su imagen no me abandonaba. Pensaba en el artículo, en sus protestas de inocencia en mi frialdad cuando la eché del rancho. ¿Pensaría ella en mí? ¿Echaría de menos lo que habíamos empezado a construir? No supe en qué momento ella se había convertido en una pieza tan importante de mi puzle, pero sí sabía que su ausencia le quitaba sentido a todo.

Mil veces pensé en llamarla pero algo me detenía. Creo que tenía miedo a que ella ya hubiese pasado página, a que siguiese nadando en pos de sus grandes sueños mientras yo me ahogaba en Trenton. ¿Y si yo era el único que me había involucrado de verdad? ¿Y si ella ya estaba demasiado lejos de mí?

Tampoco me sentía capaz de hablarlo con nadie, ni siquiera con Lewis. Mi amigo solía pasarse todos los días a verme, aunque no hablábamos mucho; nos limitábamos a sentarnos en silencio en los establos desolados y vacíos como cascarones. Todos los caballos habían sido trasladados junto con las vacas para analizar la presencia de clenbuterol en su sangre y a pesar de que ya nos

habían avisado de que estaban limpios y se preveía que nos los devolviesen pronto, su ausencia era un recordatorio constante de lo poco que había durado nuestro sueño. Por supuesto, pasaría bastante tiempo antes de que en los cerrados circuitos de los rodeos del estado de Montana se olvidase el escándalo que rodeaba a los Swanson; del que la muerte de *Fossey* solo había sido el desgraciado aperitivo.

El humor de Lewis era extraño, mucho más calmado de lo que hubiera sido de esperar teniendo cuenta que él también lo había perdido todo. Sin embargo también era *todo* lo que había ganado, pues la presencia de Becca en su vida actuaba como un bálsamo que matizaba el dolor y la incertidumbre ante el futuro. La chica no había regresado con su familia, ahora se alojaba con los Trotter y acudía a nuestro rancho varias horas al día porque Tracy la había contratado para ayudar a Lori con las tareas domésticas, alegando que con su edad ya no estaba para demasiados trotes. Por supuesto, era una excusa: Lori tenía energía de sobra. La maniobra de Tracy, facilitándole a Becca un medio de ganarse unos dólares, no era más que su forma de involucrarse en esa historia de amor que había tocado su parte más tierna y sensible, la que se escondía bajo capas de desparpajo y frivolidad.

Cuando los malos tiempos amenazan con consumirnos, uno debe encontrar una balsa salvavidas, un talismán. En aquellos días Becca fue el talismán de Lewis, el motivo por el que mi amigo se quedó en la superficie en lugar de acompañarme al pozo en el que yo estaba sumido.

—Pareces un lobo dándose un festín de alce después de pasarse todo el invierno hambriento —le dije un día.

Él sonrió, con esa expresión de complacida somnolencia que le acompañaba desde que Becca estaba en su vida. Lewis siempre ha sido un tío noble, transparente, pero en esos días relucía como una arista de hielo. Brillaba tanto que a veces yo sentía que debía apartarme, porque su brillo contrastaba de una forma dolorosa con mi tremenda oscuridad.

—¿Sabes? —dijo—. He pensado que si ya no puedo dedicarme al entrenamiento de caballos quizá pueda empezar como aparcerero en alguno de los ranchos de por aquí. Es decir, si alguien me contrata.

—Te contratarán —le aseguré. No me cabía duda de ello. Lewis era honrado, un gran trabajador, entendía a los animales. No me imaginaba que alguien no quisiera contratarlo—. De todos modos, no demos por perdido el tema de los caballos. Quizá, cuando todo termine de aclararse podamos volver al negocio. Ningún rumor dura para siempre, ya lo sabes.

Se encogió de hombros.

—Quizá. De todas formas no es bueno aferrarse a las cosas.

¿Cuándo se había convertido Lewis en un filósofo?

—No estoy tan seguro. Becca y tú os aferrasteis el uno al otro como dos lapas durante años y aquí estáis —le piqué.

Él alzó un dedo en el aire, como un profesor sabio.

—Nos *conservamos*, que es distinto. Siempre merece la pena conservar aquello que amas, aunque se haya ido lejos.

Me miró significativamente y yo me encogí un poco bajo su escrutinio. ¿Seguíamos hablando de él?

Pasaron las semanas. El verano entró en su apogeo y los campos de Trenton se convirtieron en un mar amarillo, cuajados de mazorcas que crujían y murmuraban como si tuvieran vida propia. Los caballos regresaron, las vacas tardaron un poco más. El rancho se convirtió en uno de esos caserones fantasmagóricos de las novelas góticas, solo que en vez de estar rodeado por jirones de niebla lo estaba por el polvo de la farfolla.

En aquellos días de soledad y tristeza, sin nada que hacer, Caesar se convirtió en un fantasma constante en mi mente. Su recuerdo regresó con más fuerza que nunca, se adueñó de la casa como un espíritu que regresase para recordar pecados pasados, los suyos y los míos propios. Las pesadillas, que se habían mantenido alejadas durante meses y habían desaparecido por completo en los días que compartí con Fiona, volvieron con más fuerza que nunca. Pájaros, sangre, nieve, Caesar pidiendo auxilio mientras el lago se lo

tragaba. Me despertaba sudoroso, tanteando la almohada a mi lado, en busca de un pelo rojo y una peca en forma de corazón que me tranquilizasen. No los encontraba.

Los papeles comenzaron a aparecer como por arte de magia. El primero de ellos lo encontré sobre mi escritorio, cuidadosamente colocado en el centro. Era una simple hoja arrancada de un cuaderno de espiral, pero fueron las fotografías las que me dejaron sin habla. Éramos nosotros, *Fossey* y yo, aquel día en el bosque. Estas fotografías no habían salido en el reportaje de *Madame*, y podía entender por qué, ya que no tenían valor periodístico alguno; eran simple retazos de nosotros, de ese día, captados con una sensibilidad que me puso los pelos de punta: el pelaje brillante de la yegua, sus flancos que parecían moverse incluso en el papel. Su hocico húmedo después de haber bebido en el arroyo. También yo estaba fragmentado en aquellas imágenes: mis manos sobre las riendas, mi perfil captado a contraluz, con una apariencia de seguridad en mí mismo que no tenía ni idea de que poseía. Otras eran simples instantáneas de la naturaleza, pero captaban perfectamente todo lo que había sido ese día para nosotros: las huellas de los cascos de *Fossey* sobre el camino, parches de hierba verde por entre la escarcha del suelo, el tronco nudoso del árbol contra el que habíamos hecho el amor, aquellos momentos en los que, juntos, nos sentimos dueños del mundo.

El nudo de emociones que me provocó contemplar aquellas fotografías fue de los gordos, de los que se atascan en la garganta y no te permiten tragar durante mucho tiempo. Fue una sensación casi física, como si me hubieran cortado una mano. O peor, porque vivir con una sola mano hubiera sido un paseo en comparación con el tremendo vacío que sentí entonces, el que la ausencia de Fiona me provocaba. Mi anhelo por ella era tremendo.

Agarré el folio, dispuesto a romperlo en pedazos pero en el último momento mi mano pareció actuar por voluntad propia y decidió alisarlo y guardarlo en un cajón.

Siguieron llegando a mi escritorio, una cada día. Hojas de papel con fotografías pegadas en las que Fiona había ido plasmando un cuento en imágenes, nuestra historia secreta. Había más instantáneas del día en el bosque, pero también otros momentos captados: *Fossey* y yo ensayando en el cercado, yo riendo con el rostro alzado bajo el sol invernal, Lori trasteando en

la cocina, Lewis en el fondo del prado, oteando el horizonte como un soldado cansado, el tractor de Chip perfilado por el crepúsculo... Aquella era nuestra historia, la historia del rancho y la nuestra y estaba plasmada de un modo especial y único. La manera en que su lente transformaba la realidad era increíble. Hacía que todo pareciese auténtico. Que pareciese mejor, que pareciese *más*.

Una mañana volví a mi habitación a por el sombrero que había dejado olvidado y la sorprendí a ella allí, colocando sobre mi escritorio una de las páginas. Becca. Desde que ayudaba a Lori con la limpieza de la casa, tenía entrada franca en todas las estancias pero jamás hubiera imaginado que era ella la artífice de esas sorpresas.

—Así que eras tú —le dije desde la puerta.

Ella me miró un poco sobresaltada. Tiempo atrás hubiera huido como un ciervo asustado, pero ahora me sonrió con timidez. Su relación con Lewis la había convertido en alguien más fuerte, más valiente.

—Pensé que te gustaría tenerlas.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué pensaste eso?

Ella se encogió ligeramente de hombros y comenzó a caminar hacia la puerta, dejándome con un montón de preguntas. Le hice un gesto para que se detuviera.

—¿De dónde las has sacado?

—Estaban en uno de los cajones de la habitación donde ella durmió. Estoy segura de que le hubiera gustado dártelas.

Miré la primera de las fotografías del conjunto que estaba sobre mi escritorio y me quedé sobrecogido. Era un *selfie* de los dos que Fiona había hecho mientras yo dormía. Aparecíamos con las cabezas muy juntas, ella dedicando una sonrisa traviesa a la cámara mientras apoyaba la cabeza en mi hombro. De mí solo se veía mi boca, con esa expresión floja que se me pone al dormir, y un trozo de mi pecho, con el tatuaje de la jaula en primer plano. La

peca de su mentón se ensanchaba por efecto de su amplia sonrisa, cobrando protagonismo. Recordé el otro *selfie* que aquella chica, Paris, había hecho dando origen a todo. Dos fotografías muy similares que en el fondo no podían ser más diferentes.

Su sonrisa me hizo pensar en calor, en hogar, en ella. El corazón de su barbilla me hizo recordar de nuevo a Caesar.

Becca me observaba desde la puerta, tratando de evaluar mi reacción. Le hice un gesto para que volviese a entrar en la habitación y ella se sentó muy tiesa en la esquina de mi cama. No sé que me pasó en aquel momento, ni por qué decidí sincerarme con ella. Dicen que hay personas que son como baúles, se prestan a resguardar palabras y secretos en su interior. Sin duda Becca era una de ellas.

—¿Alguna vez te han contado cómo murió mi padre?—pregunté.

—Sé lo que sabe todo el mundo. Que se ahogó en el lago durante una jornada de caza. También sé que tú estabas con él.

Me senté sobre la esquina del escritorio. Tomé un canto rodado, uno de los muchos objetos que se amontonaban en las estanterías, y lo hice girar entre mis manos. Lo sucedido aquel día, tantos años atrás, volvió a mi mente con la claridad de un fogonazo, mientras yo le ponía palabras a la verdad por primera vez en todo ese tiempo.

—Aquel invierno fue horrible para mí. Caesar y yo no dejábamos de discutir a todas horas. Él insistía en que tenía que curtirme, repetía hasta la saciedad que un buen rancharo debe estar por encima de la vida y de la muerte y yo no lo estaba. Eso le ponía furioso.

—¿Qué es lo que le molestaba tanto? ¿La piedad? —preguntó Becca con un hilo de voz.

Me encogí de hombros

—Las cosas que yo hacía, como entristecerme cuando un ternero nacía muerto o dudar a la hora de sacrificar a un animal débil o herido. Tampoco le

gustaban mis palomas. Durante años las crié en la pajarera del jardín; palomas buchonas. Las criaba desde que salían del huevo hasta que se ponían gordas y arrogantes y entonces las soltaba. Caesar odiaba que me dedicase a eso, lo consideraba un pasatiempo inútil, casi una blasfemia...

Becca asintió en silencio. Por supuesto, ella sabía mucho de familias que ponen trabas a los sueños antes de que les crezcan las alas.

Seguí dándole vueltas a la piedra entre mis manos, seguí hablando:

“Como te decía, aquel invierno fue horrible. Mi primo Foster había cazado su primer alce unas semanas atrás y mi padre y mi tío insistían en que yo debía hacer lo mismo. Un ritual de iniciación, una especie de prueba de fuego para convertirme en un hombre hecho y derecho. Recuerdo muy bien cuando mi padre me lo dijo; fue una tarde, en la pajarera, mientras yo alimentaba a las palomas. Se acercó a mí y me miró con esa mueca de disgusto que parecía no abandonarle nunca en esos tiempos.

—Mañana vamos de caza —dijo con un tono que no admitía réplica.

Al día siguiente salimos muy temprano. Las temperaturas habían caído en picado y la pista de tierra que subía hacia el bosque estaba casi congelada, tanto, que la furgoneta llegó a resbalar en más de una ocasión. El cielo era un mapa despejado, extrañamente claro y los carámbanos goteaban de los árboles como lágrimas brillantes. El viaje se me hizo muy largo. Mi padre y Carl iban en silencio, sumidos en sus pensamientos, y solamente Foster parloteaba de cosas sin sentido, muy en su línea.

El objetivo estaba claro: que yo matase mi primera pieza. Llevábamos rifles automáticos y, además, mi padre y mi tío lucían cuchillos de sierra sujetos al cinturón, como un par de mercenarios. Yo preveía que iba a ser un día horrible.

No imaginaba cuánto.

El bosque estaba extrañamente tranquilo ese día, y cuando pasaron dos horas sin que viésemos ningún alce comencé a sentirme esperanzado. Sin embargo, mis ilusiones duraron poco. A media mañana mi tío inclinó el cuello,

aguzando el oído y nos guió a todos hacia un claro entre los árboles. Estaban allí. No eran alces, sino venados de cola blanca; una familia completa que hociqueaba en las pocas hierbas que no estaban congeladas. Tenían los ojos amarillos y brillantes y parecían recién salidos de una película de Disney.

Caesar me entregó uno de los rifles con ademán imperioso. A través de la mira telescópica los venados parecían más desvalidos y frágiles. Me fijé en la hembra, en sus cuernos cortos y romos y en su vientre cóncavo, en el que en un par de meses comenzarían a crecer las crías de la próxima primavera.

—No puedo —le dije a mi padre.

—Claro que puedes. Vamos, Blake. Los tienes en la línea de tiro —me animó.

Fue la risa burlona de Foster la que me hizo decidirme. Disparé, pero no a los venados sino a un árbol a unos pocos metros. El ruido fue ensordecedor y los animales se asustaron y echaron a correr todos a la vez, buscando refugio en las profundidades del bosque. Mi padre me miró: sus ojos estaban teñidos de decepción y vergüenza.

—El chico no sirve. Ya te lo dije —comentó Carl entre dientes.

—¿Por qué? —le grité a mi padre—. Tú amas a los animales más que cualquier otra persona que haya conocido, tú les entiendes. Te he visto curarles cuando están heridos, cuidarles como a tus hijos. ¿Por qué quieres que haga esto?

—Porque nunca serás un buen rancharo si no eres capaz de ponerte por encima de la vida y la muerte —me dijo con rabia—. Foster, ve a la furgoneta. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Mi primo se apresuró a cumplir la orden, con un regocijo que me alarmó. Estaba preparado para cualquier cosa pero no para lo que vi en sus manos cuando regresó diez minutos después. Era una jaula de transporte de gran tamaño y no me hizo falta devanarme los sesos para adivinar lo que había dentro.

Mis palomas. Sentí un escalofrío de pánico.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté a Caesar.

Él me miró con rabia.

—Si algún día vas a hacerte cargo de tu parte del rancho, tienes que aprender. No puedes asustarte de la sangre como una niña.

—No pienso dispararles —dije—. Estaba tan tenso que mi espalda parecía haberse convertido en una arista de hielo.

Caesar hizo un gesto con la mano y mi primo sacó de la caja a la primera de las aves, un pichón blanco y redondo que parecía un copo de nieve tembloroso. Antes de que mis ojos hubieran tenido tiempo de registrar la escena, le retorció el cuello con un golpe limpio de muñeca.

—¡No! —grité—. Quise lanzarme hacia él, pero entre Carl y mi padre me sujetaron. Me obligaron a mirar como Foster iba sacando las palomas una a una y les iba retorciendo el cuello para después dejarlas caer como ovillos desmadejados.

Una, dos, tres. Revoltijos de plumas sobre la nieve. Mi primo hizo una pausa y se puso a descuartizar los pequeños cuerpos con tajos limpios de su cuchillo. La nieve se llenó de sangre y un olor metálico y nauseabundo se coló por mis fosas nasales. Cerré los ojos.

—Vamos, Blake. ¡Hazlo! —gritó mi padre—. ¡Acaba con esto de una vez!

Le miré y vi que un par de lágrimas brillaban en sus mejillas. Dolor y crueldad a la vez. Me volví loco. La sangre me palpitaba en los oídos y el mundo se había convertido en un lugar extraño, lleno de colores y sonidos que me enardecían. Les hice un gesto para que me soltaran y cuando Foster agarró la siguiente paloma, me puse el rifle sobre el hombro. Disparé a ciegas, justo cuando ella levantaba el vuelo y la vi caer dando un par de giros en el aire, con un agujero rojo brillante entre las plumas del pecho.

Cuatro, cinco, seis. Las palomas alzaban el vuelo, esperanzadas, para

volver a caer a tierra en cuestión de segundos. No fallé ni un tiro. El olor de la sangre y la pólvora me mareaban, el mundo vibraba en torno a mí.

Cuando no quedo ninguna dejé caer el rifle al suelo. El silencio del bosque nos envolvió como un manto, mientras todos nos erigíamos sobre un mar de pájaros muertos.

—¿Lo ves? No era tan difícil —aportó Carl como quien comenta una jugada en un partido de fútbol. Caesar se adelantó hacia mí, quizá quería darme una palmada en la espalda o un abrazo de reconciliación. No lo sé porque no le di la oportunidad.

Eché a correr. Lo único que sentía en aquel momento era furia, una rabia sorda que destilaba de todos los poros de mi cuerpo. Era una sensación cercana a la euforia, que me hacía avanzar a ciegas, veloz como un lobo furioso. Lo único que quería era alejarme de todos ellos.

Tropecé. Quizá fue una raíz torcida o quizá mis pies dejaron de responderme, nunca lo sabré. Me precipité rodando por un terraplén empinado, rompiendo las capas de escarcha con mi peso y levantando nubes de tierra y ramitas rotas. Fue una caída larga y dolorosa y sentí casi alivio cuando me detuve con un último golpe seco que me dejó un costado en carne viva.

Entonces me di cuenta de donde estaba y de lo delicado de mi situación. Había ido a parar al lago, el mismo lago en el que Caesar y yo habíamos pescado durante tantos veranos y que ahora, en invierno, se había convertido en un espejo congelado y letal. Me quedé muy quieto, mientras notaba como las vetas de hielo se iban resquebrajando bajo mi peso, con un chasquido que me puso los pelos de punta.

Fui hundiéndome poco a poco. En el último momento conseguí agarrarme a una rama desnuda que se inclinaba sobre el agua; un asidero tan frágil que no tardaría en romperse también. Notaba que las fuerzas me fallaban, el frío se adueñaba de mis extremidades, abriéndose camino hacia mi corazón.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Una extraña somnolencia fue apoderándose de mí y mi respiración comenzó a hacerse más lenta. Recuerdo haber alzado la

vista hacia el cielo blanco, como una cúpula helada, y me pareció ver una bandada de palomas que venían a mi encuentro; hasta que me di cuenta de que solo era fruto de mi imaginación.

El mundo perdió sus confines, se concentró en una única grieta helada.

Caesar apareció corriendo de repente, sin resuello. Me había seguido por el bosque y la tierra removida en el terraplén le había dado la pista de mi caída. Cruzamos una mirada y en la suya pude ver lo asustado que estaba, lo rápido que se había percatado de la gravedad de mi situación. No lo dudó. Comenzó a arrastrarse boca abajo por la orilla congelada del lago, tratando de llegar hasta mí sin provocar más fisuras en la superficie.

Nuestros dedos se tocaron. Durante un instante pensé que íbamos a conseguirlo. Con un gran esfuerzo, mi padre tiró de mí hacia la orilla, impulsándome hacia tierra como quien lanza a un salmón recién pescado. Trató de arrastrarse detrás de mí, pero el hielo bajo su cuerpo era ya una capa llena de estrías que seguían abriéndose como heridas sangrantes. Pude ver en su mirada el momento exacto en el que comprendió que no lo conseguiría.

Se hundió. El hielo crujió y crepitó como una enorme boca hambrienta. Me quedé mirándolo mientras trataba de asirse al vacío, mientras un grito, que no se si era mío o suyo, resonaba en el aire helado. Después salí corriendo lo más rápido que pude, en busca de ayuda, sabiendo que ya era tarde. Los equipos de rescate lo sacaron una hora después, encogido sobre sí mismo, como descansando después de un duro día de trabajo. Recuerdo que la ambulancia aparcó en el mismo claro del bosque donde habían muerto las palomas, entre los cuerpos que parecían diminutos a la luz de los faros. En medio de las brumas que nublaban mi cerebro no pude dejar de reparar en ellas de nuevo: los cuerpos desmadejados que Foster había destripado con su cuchillo. Había restos y vísceras de pájaro por todas partes”.

Miré a Becca. No se había movido. Su respiración era como un murmullo pausado. Apenas podía creer que se lo hubiera contado todo a ella.

—Nada de eso llegó a los periódicos —añadí

—Lo sé.

—¿Sabes? Una vez le dije a Fiona que su lunar se parece al corazón de una paloma. Lo que no le dije es donde había visto uno: en el suelo helado, sucio de tierra y plumas, mientras los paramédicos trasladaban el cuerpo de mi padre en una camilla.

Becca no contestó. Apreté el canto rodado en mis manos con tanta fuerza que me hice daño.

—Sigo viéndolo continuamente, como una película que no pudiera dejar de reproducir una y otra vez —dije.

Becca asintió, como si supiese de lo que estaba hablando.

—Hay imágenes mentales que son peores que los monstruos de los cuentos. No podemos borrarlas, pero está en nuestra mano el intentar sustituirlas con otras más bonitas —dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia mi escritorio. Después se levantó y caminó hacia la puerta sin hacer ruido.

Volví a mirar las fotografías de Fiona. Todos los buenos fotógrafos son capaces de capturar un instante y de detener el tiempo. Esas fotos eran más. Me costó, pero acabé comprendiéndolo. La manera en que ella me veía- en que nos veía- era mi salvavidas, el tronco al que agarrarme si sentía que volvía a hundirme. A través de su lente nos convertíamos en especiales, en únicos.

En nosotros.

En ese momento cogí el teléfono para llamar a la compañía aérea.

EL CAPARAZON ROTO

Fiona

Después del estallido fui volviendo en mí muy poco a poco. Fue un proceso lento y gradual, como si me estuviese recuperando de una grave enfermedad. Mi madre, por una vez en su vida, ejerció de cuidadora, manteniendo la casa limpia y presentándose en mi habitación con tazas de un consomé de color extraño que, sorprendentemente, sabía bien.

Yo me dejaba cuidar, demorando el momento- que sabía que estaba cada vez más cerca- en que debería coger de nuevo las riendas de mi vida, colocarme otra vez el caparazón que me defendía del mundo. Estaba como en un limbo, en una especie de cruce de caminos sin tener muy clara la dirección a tomar.

Mi arrebató en el cementerio había sido como una catarsis, había reabierto viejas heridas y me había convertido de nuevo en la niña aterrada que había visto como su mundo se desmoronaba. Volví a tener cuatro años, volví a sentirme perdida y sola y, paradójicamente, esta vez mi madre sí estuvo ahí, para cuidarme a su manera. Poco a poco la herida comenzó a cerrarse por dentro, a coagularse.

Y todavía seguía viviendo ese extraño proceso de recomponerme a mí misma cuando Blake regresó.

Era sábado. Yo dormía todavía, porque en esos días había adquirido la costumbre de levantarme muy tarde, cuando el sol ya hacía rato que trazaba dibujos sobre la colcha. Entre sueños, noté que alguien me acariciaba el pelo. Al principio pensé que era mi madre, a pesar de que desde el día que me encontró en San Bruno no habíamos vuelto a intercambiar muestras de cariño. Ella se limitaba a atender mis necesidades básicas con un dinamismo poco habitual en ella, como si de algún modo floreciese en ese nuevo papel que

había adoptado. Por primera vez en su vida, ya no parecía un fantasma mustio sino alguien tangible, real.

Me removí bajo ese contacto tan cálido que me provocaba un agradable cosquilleo. Creo que incluso ronroneé un poco, como un gatito. Poco a poco, conforme las brumas del sueño se iban disipando, me di cuenta de que esa mano no era la de mi madre. Era una caricia más firme, más urgente. Más viva.

Abrí los ojos de golpe y allí estaba él, mirándome con esos cristales veteados: estalactitas en proceso de derretirse.

—Blake. —Mi voz sonó como un graznido y me aclaré la garganta—. Estás aquí.

—Aquí estoy.

—¿Por qué?

El sonrió un poco, de medio lado, como disponiéndose a revelar un secreto. Así es como funciona la verdad: como un tronco a la deriva que a veces se aleja arrastrado por las olas, se mece sin que podamos darle alcance, llega incluso a hundirse por momentos; pero siempre acaba regresando a puerto. Cuando Blake abrió la boca para hablar supe que era la verdad lo que me estaba ofreciendo, tan simple y tan desnuda que logró derrumbarme por completo.

—Porque no puedo evitarlo —dijo sin más.

Abrí la boca para decir algo. Cualquier cosa. Una disculpa más, porque todo lo que había sucedido- el artículo, el engaño, su ira- todavía revoloteaba en mi mente como una bandada de murciélagos furiosos. Pero él puso su dedo índice sobre mis labios, instándome a callar, y después lo hizo descender hasta mi barbilla, hasta llegar al lunar, que acarició con cariño, con esmero, como quien saluda a un viejo amigo al que no ve desde hace tiempo.

Tuve tanta hambre de él en ese momento, tantas ganas de acercarme que lo sentí de un modo físico, un cosquilleo en la yema de mis dedos que querían, *necesitaban*, acariciarlo, dibujar las líneas de su mandíbula que parecía

trazada con un cincel, disminuir la distancia que nos separaba.

Blake fue más rápido. Se inclinó hacia mí y el beso llegó tranquilo y pausado, como un punto y seguido a nuestra historia. Enlacé mis manos en su nuca y me dejé llevar mientras sus labios cubrían los míos con vehemencia. En ese momento me sobró hasta la piel, quise fusionarme con él de un modo tan íntimo que me dio miedo. Mi lengua invadió su boca, un soldado valiente volviendo a casa, y el sabor de nuestras salivas se mezcló con algo más, algo salado.

Tardé un poco en darme cuenta de que era una lágrima.

Y fue en ese momento cuando las últimas lascas de mi caparazón estallaron, se rompieron en pedazos.

EPILOGO

(Un año después)

Blake

—Pareces un flan, tío.

Lewis me dedicó un ceño muy fruncido y un gesto disimulado con el dedo corazón. Estaba nerviosísimo. Yo me reí entre dientes, resistiendo la tentación de burlarme un poco más de él y me coloqué bien la flor rosada que llevaba en la pechera. Tracy había insistido en que el rosa y el magenta eran los colores de la temporada y nos había llenado a todos de ramilletes floridos que hacían juego con la decoración de la casa y del jardín.

Mi madre se lo había pasado de miedo organizando la boda.

—¿Y si no viene? ¿Y si se echa atrás? —preguntó Lewis cambiando su peso de un pie al otro.

—¿Estás loco? Vendrá. No lo dudes ni por un segundo.

Lewis asintió mecánicamente y tragó saliva. Él, por supuesto, también llevaba un ramillete en la solapa y además, en su caso era enorme.

—¿Qué flor es esta? ¿Peonías? Tú madre ha debido acabar con las existencias de todos los invernaderos del condado.

No podía quitarle la razón. Tracy se había empeñado en decorar el jardín como el escenario de un cuento de hadas, con arcos florales que se elevaban al cielo, pabellones de colores pastel y un altar que más bien parecía la ofrenda a algún dios salvaje y en el que el señor Anderson, el pastor, parecía sentirse un poco fuera de lugar. Por si fuera poco, se le había ocurrido la genial idea de que la novia hiciese su entrada a lomos de un corcel blanco.

Estaba en su salsa.

—Cierto. Debimos haberle prohibido la entrada

Un tumulto nos hizo girar la cabeza. Becca acababa de hacer su entrada y el murmullo de admiración fue unánime. En parte porque los esfuerzos de mi madre como organizadora de bodas habían dado su fruto pero sobre todo porque ella estaba preciosa. La magia no provenía del caballo blanco de cola repeinada, ni de su vestido que parecía un festival de rasos blancos; sino de sus ojos. De la alegría que toda ella trasmitía.

A mi lado, Lewis dejó escapar un largo suspiro. Se estiró y pareció florecer como un árbol en primavera.

Busqué con la mirada a Fiona. Estaba entre los invitados, preciosa con un vestido de color morado pálido que hacía que su piel blanca resaltase como mármol. Kelly, su madre, estaba con ella. Había llegado al rancho unas semanas atrás, con la excusa de ayudar con los preparativos -como si Tracy y su locura necesitasen ayuda- y su relación con Fiona seguía discurriendo por senderos estrechos, a veces tortuosos, pero que se empeñaban en llegar a un lugar común.

El pasado siempre está ahí, como agua estancada. Nunca llega a olvidarse de todo.

Con el escándalo pasó algo similar: el cauce de habladurías fue decreciendo, condensándose en un pequeño arroyo. Carl y Foster cumplían condena y los periodistas dejaron de prestarnos atención. Día tras día, todo fue volviendo a la normalidad.

Todos estábamos de acuerdo en una cosa: los restaurantes *Bones* ya eran historia. El rancho Swanson había dejado de ser un imperio, el sueño de un granjero con nombre de emperador romano, para convertirse en algo más pequeño: una explotación más que volvía a empezar de cero, resurgiendo de las cenizas. Por supuesto, lo primero que Lewis y yo hicimos cuando las aguas empezaron a calmarse fue traer más caballos. Fue un alivio volver a escuchar el eco de los relinchos en las paredes de los establos.

Fue una boda de cuento, una de las más espectaculares que se habían visto en Trenton, además de ser la primera que se celebraba con el rancho de los Swanson como telón de fondo. La noche nos sorprendió a Fiona y a mí recostados contra el heno del granero, mientras unos metros más allá la música y la fiesta continuaban. Ella se apoyó contra mí y yo hundí la nariz en su pelo; su aroma desbordó mis fosas nasales. Era como volver a casa.

—Todo está bien, ¿verdad? —preguntó Fiona en un murmullo somnoliento.

Sus dedos desabrocharon un par de botones de mi camisa y jugaron en mi pecho, acariciando el tatuaje de la jaula. La sombra de su mano se perfiló sobre las tablas del techo, oscura y ágil, como un pájaro que hubiese encontrado su camino a través de los barrotes.

Todo estaba bien.

FIN.